

LAS LÍNEAS PROHIBIDAS

Todo el mundo miente

JUAN YUBERO



Contents

[TÍTULO](#)

[CITA](#)

[PRÓLOGO](#)

[PRIMERA PARTE](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[SEGUNDA PARTE](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[CAPÍTULO 34](#)

[CAPÍTULO 35](#)

[TERCERA PARTE](#)

[CAPÍTULO 36](#)

[CAPÍTULO 37](#)

[CAPÍTULO 38](#)

[CAPÍTULO 39](#)
[CAPÍTULO 40](#)
[CAPÍTULO 41](#)
[CAPÍTULO 42](#)
[CAPÍTULO 43](#)
[CUARTA PARTE](#)
[CAPÍTULO 44](#)
[CAPÍTULO 45](#)
[CAPÍTULO 46](#)
[CAPÍTULO 47](#)
[CAPÍTULO 48](#)
[EPÍLOGO](#)

**LAS LÍNEAS
PROHIBIDAS**

JUAN YUBERO

Las palabras resuenan con la fuerza de mil cañones, cuando su significado es tan puro como para perpetuarlas en el tiempo.

Nadie conoce verdad tan oscura como la que permanece metros bajo tierra, para no ser encontrada por la crueldad que lleva grabada en su memoria.

Tan solo unas líneas determinan el camino que llevamos recorrido, pero las palabras se escriben con la misma tinta con la que se escupe la mentira.

Todo el mundo miente.

-PRÓLOGO-

En la fiesta de su undécimo cumpleaños, Chuso correteaba impaciente por la casa, esperando a que llegaran todos sus amigos. Era un día soleado de octubre. El otoño estaba siendo muy caluroso y le permitía celebrarlo en el jardín, para alivio de sus padres.

Los niños comenzaron a llegar sobre las seis de la tarde. Una larga espera, teniendo en cuenta que aquel sábado había amanecido por una única razón. ¡Ya no tenía diez años!

Los regalos se amontonaban en el sofá. Según iban llegando, los nervios se iban apoderando de él, con el problema añadido de que hasta que no llegara el último de sus amigos, no le estaba permitido comenzar a desgarrar el papel de forma compulsiva. Normas de la casa.

Por fin, se acabó el suplicio y llegó el momento de soltar la adrenalina que llevaba horas segregando. Las ansias con las que abría cada regalo casi no le permitían disfrutar de los juegos de mesa, casco, monopatín y un largo etcétera de juguetes con los que llevaba soñando durante un tiempo.

Cuando acabó la fiesta, sus padres le regalaron una bicicleta Orbea Furia, que detonó en una felicidad que solo es propia de un niño. Lo mejor que le ha ocurrido en su vida. De seguido, su padre sacó un paquete envuelto en papel naranja. Chuso pensó que se trataría de algún juego de consola y comenzó a abrir el regalo con una ilusión que se difuminó al instante, al ver que se trataba de un libro.

—Muchas gracias. Es un poco grande —dijo, con gesto cabizbajo.

—No te preocupes. Tu regalo es la bici. Esto es tan solo un gran libro que apreciarás con el tiempo. Es mi novela favorita. Guárdala para cuando llegue el momento en el que estés preparado —respondió Pablo con la ternura de un padre al que no le sorprendía aquella reacción.

Chuso se marchó a su habitación a jugar con sus regalos, sin percatarse del fondo de aquellas palabras, ni de las lágrimas que resbalaban por las mejillas de su madre. Aquel regalo significaba mucho para Pablo.

Unos meses antes, le habían diagnosticado cáncer y le restaba poco tiempo de vida. Sabía que, si algún día leía aquel libro, les acercaría un poco más y podría transmitirle una de sus pasiones. La lectura.

Unas semanas después, volvía del colegio dispuesto a merendar y salir corriendo con la bicicleta en busca de sus amigos. Encontró a su madre llorando. Estaba tumbada en el sofá, con la cabeza zambullida entre los cojines.

—¿Mamá, te pasa algo? —dijo, sorprendido.

No obtuvo ninguna respuesta. Se incorporó rápidamente y rompió a llorar con mayor intensidad. Durante unos segundos, permaneció asustado sin poder articular ni una sola palabra. Nunca había visto a su madre tan desconsolada, y tampoco era capaz de imaginar que la vida le acababa de asestar el golpe más fuerte que iba a recibir nunca.

Tras unos instantes de absoluto desconcierto, su madre acertó a pronunciar las palabras que se le grabarían a fuego de por vida.

—Tu padre nos ha dejado, cariño. Estaba muy enfermo y ahora se ha ido al cielo.

No era capaz de asimilar aquellas palabras. Tan solo tenía once años y no estaba preparado para digerir que ya no iba a volver a ver a su padre. Tampoco se dio cuenta, en ese mismo

instante, que les reprocharía siempre no haberlo sabido antes. No haberse despedido de su padre. Que su padre no se hubiera despedido de él. Lo supo mucho más adelante. En sus últimos días, le dijeron que se encontraba en un viaje de trabajo. A pesar de lo ocurrido, siguió con su vida, aunque sentía que cada año que pasaba perdía un poco más de él.

Un día cualquiera, recordó aquel cumpleaños. El último que vivió cerca de su padre. Como un relámpago, se instaló en su cabeza una imagen. El instante en que le regaló el libro. En aquel momento no significó nada para él. ¿A quién se le ocurre regalar a un niño un libro de mil ciento treinta y seis páginas, sin otra razón que para ocupar un lugar en la estantería? Pero comprendió su finalidad. Despedirse de su hijo con un regalo que significaba mucho más que unas líneas. Era una despedida con su libro favorito. El que recordaba haber leído cuando era joven y su forma de transmitir la lectura a la persona que más quería. Su único hijo.

Sin perder un solo instante, se dispuso a coger *“El Conde de Montecristo”* entre sus manos y, acariciando las tapas, dio un pequeño golpecito a la portada, con lágrimas asomando por los ojos. Abrió el libro por la primera página, suspiró y comenzó a sumergirse en la lectura. Pasaba horas y horas entre palabras que cobraban vida propia y las letras empezaban a esculpir su futuro sin darse apenas cuenta.

No solo no le costó terminar de leerlo, sino que, a pesar de sus más de mil páginas, había conseguido terminarlo en menos de un mes. Todo su tiempo libre lo dedicó a aquella obra maestra. La obra que se introdujo en su mente para despertarle la pasión por la lectura. Creció en él la inquietud por poder llegar a escribir de aquella forma. Sabía que era prácticamente imposible, pero al menos soñaba con poder transmitir a otras personas los sentimientos que aquellas letras habían despertado en él.

El primer paso lo tenía muy claro. Hasta aquel día, no había leído demasiados libros. Tan solo los que eran obligatorios en el colegio y algún otro no demasiado extenso, pero este había conseguido devorarlo como si llevara toda la vida haciéndolo. Con paso lento fue a la planta baja, se colocó delante de una estantería repleta de libros y la emoción se apoderó de él. Los músculos de la cara temblaban de una forma tan intensa como cuando se desgarran tus sentimientos repentinamente. Su padre había leído todos y cada uno de los libros que poblaban la pared de aquel cuarto, y ahora sentía la necesidad de descubrir cada historia que se escondía tras cada portada. Tenía dieciséis años y todo el tiempo del mundo para conseguirlo.

Desde el día en el que comenzó la facultad, se prometió a sí mismo que publicaría una novela. Había escrito algunos relatos, pero su ambición iba mucho más lejos. No paraba de darle vueltas a la cabeza buscando un tema original, pero sabía que hacía mucho tiempo que se había escrito todo. Solo tenía que buscar una historia y contarla lo mejor que supiera. Durante las clases, en ocasiones se evadía por completo y no era capaz de centrar la atención en lo verdaderamente importante. Sus estudios.

Había comenzado a estudiar Periodismo. No era un alumno especialmente concienzudo, pero logró acabar la carrera. Continuó con sus estudios hasta conseguir la oportunidad de trabajar como profesor en la universidad.

Durante el tiempo que estuvo estudiando, consiguió acabar una novela de la que estaba profundamente orgulloso. Probablemente no era la gran novela que soñaba escribir, pero creyó que era suficientemente buena como para ser publicada. Por desgracia para él, no lo consiguió. Contactó con una larga lista de editores y de todos ellos recibió la misma decepcionante respuesta: *“Sigue intentándolo. Es una buena novela, pero no es lo que estamos buscando”*.

Con el tiempo, desistió de la idea de cumplir su sueño y no volvió a escribir. Tenía impresos varios ejemplares, que regaló a su madre y amigos, con la única motivación de poder compartir su

obra y que al menos fuese leída. Todas las respuestas eran parecidas: “¿Cómo no han publicado este libro? Nos encanta”. Verdad o no, se sentía reconfortado.

- PRIMERA PARTE-

“HEBREOS 13:4”

Las luces podían verse desde el fondo de la calle. Se acercaba un coche de policía. Pasaban diez minutos de las nueve de la noche, cuando los agentes se disponían a entrar en la casa. Una llamada de un vecino había alertado sobre una fuerte discusión en la vivienda individual ubicada a su derecha. Cuando salió a tirar la basura, vio salir de la casa a un hombre con la cara oculta tras una capucha.

La casa se elevaba tres pisos, con un gran jardín vallado desde el que se accedía a la vivienda. Las dos puertas estaban abiertas. Tanto la de la valla como la de la entrada a la casa, por lo que uno de los agentes la empujó cuidadosamente con la mano izquierda, mientras sujetaba su arma con la derecha.

—Policía ¿Hay alguien en casa? —gritó, ladeando la cabeza, haciendo un gesto a su compañero para que le siguiera.

No hubo respuesta.

Continuaron caminando hacia la puerta principal, escrutando la zona ajardinada. El hall de entrada no presentaba signos de violencia. A la derecha se divisaba la cocina y a la izquierda dos grandes puertas correderas que parecían llevar al salón. Abrieron una de las puertas con sumo cuidado y tras ella encontraron el cuerpo sin vida de una mujer.

Cuando la zona fue asegurada, uno de los agentes hizo uso de su walki talki y unos minutos más tarde, acordonaron la vivienda y comenzaron a llegar policías.

Los vecinos salían a la calle para ver lo que estaba ocurriendo.

—¡Por favor, vuelvan a sus casas! —sugirió uno de los agentes a las personas que iban saliendo de todos los rincones—. No hay nada que ver aquí.

A unos veinte metros, se hacía hueco entre la multitud un Mercedes negro con los cristales tintados. Se detuvo en el cordón policial. Bajó la ventanilla y mostró una placa.

—¡Buenas tardes, Inspector! Abran cordón. Ha llegado el inspector —acertó a decir uno de los agentes de forma apresurada.

La fama del inspector no era la de un hombre afable y no convenía hablar demasiado con él.

El coche se detuvo a unos metros de la puerta, donde fue recibido por uno de los agentes que había entrado en la vivienda.

—¡Buenas tardes, caballeros! —saludó el inspector con cierta prepotencia—. ¿Quién me pone al día? ¿Luis?

—¡Sí, señor! —respondió con voz temblorosa—. Recibimos una llamada en comisaría de un posible altercado en esta dirección. Las dos puertas, tanto la que da acceso al jardín, como la puerta principal, estaban abiertas. Accedimos a la casa y encontramos el cuerpo de una mujer desnuda, tendida en el suelo. Nadie ha tocado nada. Todo está tal cual lo encontramos.

Continuó dando el parte al cogote del inspector mientras caminaba hacia la entrada.

El inspector entró en la casa. Se puso dos botines de plástico, que cubrían sus pies para no contaminar la escena del crimen. Uno de los agentes señaló con el dedo en dirección al salón e inmediatamente se dirigió hacia el cuarto. Inmutable ante la escena que se presentaba ante sus ojos, se reclinó hacia delante, flexionando levemente las rodillas, y miró fijamente al cuerpo de la mujer. Estaba totalmente desnuda. Una mujer que rondaría los cincuenta años, pelo moreno y una

estatura de metro sesenta aproximadamente. Su cuerpo habría recibido cuatro puñaladas y tenía tatuado en su pecho una palabra y unos números, presuntamente realizados con el mismo cuchillo con el que fue apuñalada.

«*Hebreos 13:4*»

Volvió a retomar una posición natural y con paso lento recorrió el salón, guardando una imagen mental de la estancia. Se acercó a una cómoda que portaba un marco de fotos digitales. Cada cinco segundos cambiaba la fotografía y pudo ver que la persona que aparecía en ellas era la misma que tenía ante sus ojos.

Volvió la vista hacia atrás.

—¿Alguien sabe qué significa esto? No parece un crimen pasional. Informad ahora mismo del caso y que determinen las competencias. ¡Hasta entonces nos ponemos a trabajar! —gritó el inspector a los hombres de su equipo—. Quiero cualquier grabación que podamos obtener de la zona. Las fotos nos indican que debe tratarse de la persona que vive aquí y aparece acompañada de un hombre que podría ser su marido y también de sus hijos. Localizadlos. ¡Ah! Interrogad a los testigos y me informáis.

Se marchó hacia el coche sin esperar respuesta.

—¡Bien, ya habéis oído! No entra nadie en la escena del crimen hasta que nos informen —ordenó el agente al mando.

Colocó la cinta de nuevo para clausurar la entrada a la vivienda.

Media hora más tarde, realizó su aparición la Policía Judicial. La unidad central de delincuencia especializada y violenta (UDEV CENTRAL).

—¡Buenas noches! Soy el Jefe de Unidad, Saúl Ros, de la brigada central de delitos, sección homicidios. Hemos hablado con el inspector José Robles y nos hacemos cargo del caso desde este mismo momento. Por favor, pónganos en situación.

Una vez recibidos todos los detalles, tocaba el turno a la Policía Científica. Tras tomar fotos de la víctima y de todo el escenario del asesinato, comenzaron a recoger las pruebas, clasificándolas una a una e introduciéndolas en bolsas de pruebas estériles y selladas posteriormente. Seguidamente, recogieron las huellas de todas las estancias de la vivienda y de la propia víctima. Iba a ser una noche muy larga.

En las inmediaciones de la casa, el equipo de Saúl comenzaba a realizar el trabajo policial. Saúl se acercó al único testigo confirmado.

—Buenas tardes, señor...

Paró de hablar, esperando a que continuara informando su nombre completo.

—Mi nombre es José Llanas.

Se presentó con intención de continuar hablando.

—De acuerdo —interrumpió—. ¿Usted es la persona que informó telefónicamente?

—Así es.

Esta vez fue más escueto para no volver a ser interrumpido.

—¿Podría decirme cómo han ocurrido los hechos?

—Pues serían cerca de las ocho y media de la tarde cuando escuchamos una fuerte discusión. Sobre esa hora llegaba de trabajar. Mi mujer y mis hijos estaban en casa y me dijeron que llevaban discutiendo unos minutos.

—¿Quién vive en esta casa? ¿Tiene relación con ellos?

Volvió a interrumpir.

—Vive un matrimonio. Llevan muchos años viviendo aquí y tienen dos hijos, pero ya no viven con ellos. El mayor tendrá unos 25 años y vive con unos amigos, por lo que tengo entendido, y su hija tendrá tres años menos y está estudiando en Inglaterra. El padre se llama Julio y trabaja en una multinacional. Se pasa buena parte del tiempo viajando. Ella se llama Luna y es profesora.

—De acuerdo —masculló Saúl, mientras apuntaba en su libreta—. Volvamos a lo que escuchó.

—Estaban discutiendo. Se oían gritos, pero no era lo habitual. Escuché alguna bronca de vez en cuando, pero esto sonaba diferente. Dejé de escuchar los gritos y no le di mayor importancia. Fui a sacar la basura y vi salir corriendo de la casa a aquel hombre. Dejé la puerta abierta y salió disparado. Me asusté y cogí el teléfono para llamar a la Policía. Serían las nueve menos diez más o menos. Espere un momento —sacó el teléfono móvil para ver la hora exacta de la llamada—. Y cincuenta y dos, para ser concretos.

—¿Puede describir a ese hombre? ¿Qué ropa llevaba? ¿Estatura...?

—¡Buff! Es difícil. Soy muy malo fijándome en esas cosas. Diría que llevaba unos pantalones vaqueros o unos chinos, ¡Qué se yo! Lo que sí recuerdo es que llevaba una sudadera oscura con capucha y no le pude ver la cara. ¿La estatura? Podría ser metro setenta o metro ochenta, pero no le podría decir con exactitud. No era un hombre muy alto ni tampoco muy bajo. ¡Lo siento! Es difícil darle datos más concretos.

—¿Vio si era el hombre que vive en la casa?

—Estaba nervioso e iba tapado, por lo que no pude ver si era Julio o no, pero no tendría sentido que saliera corriendo así de su casa. ¿Qué ha ocurrido?

Iba apuntando todo en la libreta y se hizo el silencio durante algunos segundos. No respondió a su pregunta.

—Muy bien. Le agradezco su colaboración. Le llamaremos para ampliar su declaración, si fuera preciso. Si recuerda algo más, aquí tiene mi tarjeta. Cualquier detalle puede ser importante.

Se despidió con un gesto con la mano y dio media vuelta para volver a la vivienda.

Con la mano derecha, sujetó la cinta para pasar por debajo. Antes de entrar a la casa, se aseguró de no contaminar pruebas y cubrió sus pies con unos botines de plástico y sus manos con guantes de látex. Accedió por el hall para dirigirse al salón. La Científica no paraba de realizar fotos del cadáver y de toda la estancia, mientras Saúl se percataba de que no había ningún objeto roto ni fuera de lugar. Parecía que no se había producido ningún forcejeo, y la discusión que al parecer había mantenido antes de su muerte indicaba que podría tratarse de una persona de confianza, o quizá sus músculos se agarrotaron y no se movió del sitio hasta que fue demasiado tarde. De cualquier forma, el asesino habría permanecido dentro de la casa tras concluir su crimen. Se llevaría la ropa de la víctima y tendrían que aclarar si subió a los pisos superiores a coger lo que venía buscando, o todo se había producido en aquel salón. Tenía muchas preguntas y, por el momento, ninguna respuesta.

Terminó con el salón y subió al primer piso. A simple vista, la escena era parecida. Nada revuelto y ninguna señal de violencia.

La UDEV era la unidad que reunía las competencias de capítulos violentos y desapariciones. Como dijo el inspector de policía, no se trataba de un caso más de violencia de género o crimen accidental. A juzgar por la inscripción en el torso de aquella mujer, el caso iba mucho más allá.

A primera hora de la mañana, entró Saúl por la puerta.

—¡Muy buenos días! ¿Habéis descansado bien? Pues al lío. En diez minutos en la sala de reuniones.

Acudió todo el equipo. Sara Vega era su mano derecha en el departamento. Tenía treinta y cinco años y una carrera en la Policía muy destacada. Cuando nombraron a Saúl jefe de la unidad, reclamó a Sara sin pensarlo dos veces. Habían trabajado juntos durante diez años y sus trayectorias habían ido de la mano. Cada ascenso de Saúl significaba un ascenso para Sara.

—Como sabéis, tenemos un nuevo caso. Ayer se produjo un asesinato. Algunos habéis dormido poco, así que un cafelito y a marchar. ¿Comenzamos? Sara, ¡adelante!

—Teniendo en cuenta que ayer fue martes, esperamos tener el viernes los primeros datos de la autopsia. Sobre las ocho y media de la tarde de ayer, un vecino de Las Rozas, concretamente en Las Matas, que vive en la Calle Francisco Alonso, en una casa individual, escuchó gritos en la casa contigua. Parece que era habitual alguna discusión de la víctima, Luna Campos, con su marido, pero no tenemos constancia de maltratos. No ha habido denuncias e interrogando a los vecinos, nos lo confirman. La víctima estaba desnuda, con cuatro incisiones, presuntamente realizadas con un cuchillo de cocina. Nos confirmará este dato el informe de la autopsia. En el torso tenía escrito, también con un cuchillo, «Hebreos 13:4» Este es el dato clave por el que nos han pasado la investigación. El agresor es un hombre que puede medir entre metro setenta y ochenta, que salió de la casa con la cara tapada por una sudadera. Hay un único testigo que vio al hombre salir de la casa y es el vecino que realizó la llamada. Estaba con su mujer y sus dos hijos. Salió a tirar la basura y mientras volvía, lo vio. Por ahora es todo lo que tenemos. A partir de ahí, comenzamos con las conjeturas.

Pasó la palabra a su compañero, Ernesto Acosta.

—He estado intentando ponerme en contacto con su marido. Su nombre es Julio Saz. Trabaja para un grupo enorme. He llamado y me dicen que está de viaje en Pekín. Supuestamente está a punto de aterrizar en Madrid. He comprobado su vuelo y llega a las nueve de la mañana. En media hora deberíamos localizarlo. He dejado mensajes en el contestador con nuestro teléfono, para que se ponga en contacto cuanto antes.

—¿Tenía más familia? ¿Padres, hermanos...?

—Todavía no sabemos nada. Sólo que tiene dos hijos.

—Es para ayer. ¿Qué sabemos sobre los hebreos? —sonrió Saúl.

—Suponiendo que te refieras a «Hebreos 13:4», por ahora solo he sacado una interpretación. Si no hay algo que se nos escape, es un versículo de la Biblia que dice: *«Sea el matrimonio honroso en todos, y el lecho matrimonial sin mancilla, porque a los inmorales y a los adúlteros los juzgará Dios»*

—Pues ya tenemos algo con lo que empezar. Quiero respuestas. Necesitamos algo que pueda relacionar a la víctima con lo que acabamos de escuchar. Quiero saber quién es el adúltero en esta

historia.

—Ya estoy tardando. Lo sé.

—La víctima se llamaba Luna Campos, era profesora en la Universidad Complutense. Tenemos que ser rápidos y saber si hay motivos personales o es algo más. No quiero ir recogiendo cadáveres con más mensajes de la Biblia.

—¡Versículos! No mensajes —dijo Blanca, con sorna.

—Pues para la listilla hay otro trabajito. Métete en sus redes sociales e investiga amigos, compañeros de trabajo, familia...

—Me pongo ahora mismo —respondió sonriente.

Blanca Rojas era una de las patas básicas en la investigación. Tenía apenas treinta años. Desde muy joven, llevaba la informática en las venas. Su padre era uno de los peces gordos de la Policía Nacional y se había encargado de transmitirle su pasión. Blanca tenía una personalidad arrolladora y decidió tomar su propio camino. No iba a ser simplemente una policía. Sabía que los tiempos habían cambiado y no le llamaba especialmente la atención jugarse el cuello en la calle. Podía hacer mucho más tras un ordenador, donde se escondían, en la mayoría de los casos, muchos indicios a los que no se podía acceder abriendo puertas con pistola en mano.

—Resumiendo. En cuanto recibamos la autopsia, ponemos en común toda la información. Hay que localizar a su marido; Ernesto, te encargas. Redes sociales, Blanca, pide una orden para acceder tanto a sus redes como a su ordenador o dispositivos electrónicos que se encuentren en su casa, y sobra decir que te pones desde ya. Cuando llegue la autorización, la registras. Por último, Sara y Nacho se ponen a trabajar ya en testigos presenciales y entorno que nos pueda aclarar algo. Si puede enterarse primero su marido, mejor —dio por terminada la reunión—. ¡A trabajar, chicos!

Sobre las nueve de la mañana, estaba previsto que aterrizara el vuelo de Air China procedente de Pekín. Eran más de trece horas de viaje. Ernesto había telefoneado a su empresa unos minutos antes de entrar a la reunión. La noche anterior no había sido capaz de localizarlo y tampoco había obtenido respuesta en las oficinas donde trabajaba.

—Buenos días. Preguntaba por Julio Saz.

—El señor Saz no se encuentra en la oficina. ¿Quiere que le deje algún mensaje?

—Si fuera tan amable, necesito saber la forma de localizarle. He llamado en repetidas ocasiones a su número y tiene el teléfono apagado. Soy policía. Es muy urgente que hable con él.

—Perdone, le paso con el director.

Comenzó a sonar una melodía que le resultaba familiar. Unos segundos después, escuchó una voz con acento británico.

—Buenos días. Mi nombre es John Boyce. Me dice mi secretaria que es usted policía. ¿En qué puedo ayudarle?

—Disculpe, pero ha ocurrido un desafortunado incidente y debo contactar con Julio Saz. Hasta ahora no me ha sido posible.

—¿Qué ha ocurrido?

—Me perdonará, pero no puedo darle esa información.

—Por supuesto. Mi secretaria está marcando el teléfono de su móvil de trabajo. Su vuelo llega esta mañana procedente de Pekín. Tiene una cita a las... ¿doce? —preguntó alejando el teléfono—. ¡Sí! Me confirman que a las doce está citado. Volaba en horario nocturno, para llegar descansado a Madrid a primera hora de la mañana y tomar un taxi a la oficina. Ayer mismo hablé con él. ¡Espere! Me dicen que tiene el teléfono apagado.

—¿Podría confirmar el vuelo? Necesito...

No pudo continuar.

—No se preocupe. Si me da un correo electrónico, le mandaremos la información de nuestra agencia de viajes. Billetes confirmados, horarios y todo lo que necesite, pero le aseguro que ha estado en Pekín. Teníamos reuniones muy importantes allí y yo mismo participé por videoconferencia desde Madrid. No se qué es lo que ha podido ocurrir, pero espero que no sea nada grave.

Su intención era poder obtener alguna información de lo que había ocurrido, pero Ernesto no dio pie a seguir por ese camino.

—Por favor, en cuanto sepa su paradero, dígame que me llame urgentemente.

Le facilitó su correo electrónico y un número de teléfono antes de colgar.

Sin miedo a sonar repetitivo, volvió a dejar el mismo mensaje por segunda vez en el contestador.

—Es un mensaje para el señor Julio Saz. Mi nombre es Ernesto Acosta. Soy agente de policía. Siento decirle que ha ocurrido un lamentable incidente en su casa. Por favor, póngase en contacto conmigo en cuanto le sea posible.

Informó despacio y uno a uno los números de su contacto.

No era la primera llamada que realizaba dando noticias tan desagradables, pero lo peor de todo era ponerse cara a cara para comunicar que su pareja había sido asesinada. En muchos casos, observaba cómo se derrumbaba y en otros, ponía en situación a un sospechoso.

Unos minutos más tarde recibía la información de los vuelos y hoteles confirmados antes de dirigirse a la reunión de equipo.

Coincidiendo con el final de la reunión, Julio accedía al mensaje del contestador. Marcó los números de forma precipitada y necesitó más de un intento para poder hacerlo correctamente ante el estado de ansiedad que se apoderó de su cuerpo, pero finalmente acertó con los números adecuados.

—Buenos días —dijo, con un hilo de voz prácticamente imperceptible—. Mi nombre es Julio Saz. Acabo de bajar del avión y he escuchado un mensaje de Ernesto Acosta —esta vez consiguió decirlo todo seguido, aunque sensiblemente acelerado—. El mensaje dice que ha ocurrido algo en mi casa.

—Buenos días, Don Julio. Le paso inmediatamente —espetó la señorita, sin darle más información.

Pasó la llamada. Tardó en responder unos veinte segundos, que parecieron minutos.

—Hola, señor Saz —saludó Ernesto—. Ha ocurrido un terrible incidente en su hogar...

Julio sintió un pinchazo en el hombro, mientras subía por todo su cuerpo una sensación de velocidad, que paraba en seco provocando dolor.

—¿Qué ha pasado?

—Preferiría darle toda la información personalmente. Le podríamos pedir un taxi en el aeropuerto.

—No quiero un taxi. Aquí hay miles de ellos. Por favor, dígame qué ha ocurrido.

Su voz se hacía eco de su desesperación, que se ahogaba antes de terminar cada frase.

—Podríamos tener una reunión en la que podamos hablar. Entiendo su preocupación, pero no me parece adecuado tratarlo por teléfono. Le mando la ubicación vía whatsapp.

Sabía que en ese momento no podría ni apuntar la dirección.

—Voy para allí ahora mismo —respondió, sin insistir ni una sola vez. Quería darse más tiempo para asimilar lo que, por otra parte, tomaba claridad en su mente. Cogió el teléfono de nuevo.

Marcó el número rápido de su mujer y recibió por respuesta el mensaje del contestador. Se derrumbó.

Por experiencia, Ernesto sabía que no era lo más inteligente, dar la noticia de un asesinato por teléfono. Aunque el estado de nervios ante la incertidumbre pudiera resultar insoportable, aún era peor decir que su esposa había muerto. No solo por la reacción que pudiera tener. Era importante decirlo cara a cara para interpretar las señales y dilucidar si sabía algo más que le aportara sentido a la investigación.

Había podido comprobar, por la agencia de viajes que gestionaba los trayectos de los trabajadores, que había embarcado en Madrid, destino Pekín, y Blanca le había facilitado los cargos de tarjeta, que confirmaban que se encontraba allí.

A pesar de los años que llevaba comunicando la fatal noticia a sus familiares, no era capaz de acostumbrarse. Se dispuso a bajar al bar para desayunar y coger fuerzas para lo que le venía.

—Vuelvo en diez minutos —comunicó a la secretaria mientras se dirigía al ascensor—. Si pregunta alguien por mí, que me llame al móvil o espere. He quedado con el marido de la víctima para comunicárselo.

Su mentón se arrugó de repente, mientras surgía un suspiro de su boca.

-3-

—¿Alguien se toma un cafelito? —canturreó Blanca, mientras tecleaba el ordenador.

—Yo me tomaría uno —respondió Saúl, desde su despacho.

Siempre dejaba la puerta abierta.

—¡Oh, perfecto! Yo cortado, por favor. ¡Gracias, jefe! —volvió a intervenir con la alegría habitual que emanaba y su poca vergüenza.

Saúl comenzó a carcajearse, sabiendo que había vuelto a picar.

—¡Marchando, un cortado para la niña! Pero esto te va a costar información. Vuelvo con los cafés y me dices lo que has encontrado.

Sonrió de camino a la cocina.

Saúl no era un jefe cualquiera. Sabía marcar los límites, pero también creaba un buen ambiente de trabajo. Blanca era la felicidad personificada y le gustaba cachondearse de sus compañeros para amenizar los momentos de silencio.

Volvió con los cafés y se situó a la derecha de Blanca sin tomar asiento.

—Aquí tienes tu café. Cuéntame. ¿Tenemos algo?

—¡Joder, jefe! ¿Crees que en una horita he tenido tiempo para algo? —respondió con una mueca que imitaba a una sonrisa, la cual se desvaneció dando paso a un levantamiento de hombros —. ¡Pues claro que sí! ¿Qué te creías?

—Déjate de historias.

Levantó las cejas pidiendo que continuara.

—He entrado en las redes sociales de Luna. Tiene Facebook, tiene Twitter y tiene Instagram. ¡Como todo el mundo! Ahora bien, ¿lo usa? —La cara de Saúl decía que se dejara de bromitas y tratara el tema con seriedad—. ¡Perdón! —se dio cuenta al instante—. No tenemos nada muy relevante. No cuelga fotos en Instagram ni utiliza Twitter. Donde tiene cierto movimiento es en Facebook, pero la mayoría de las publicaciones son para destacar publicaciones de otros. También le da a algún "me gusta" en Instagram, pero sin más. He estado mirando los últimos meses, y ha sido etiquetada en cenas de navidad con los del trabajo y ese tipo de cosas. Hay algunas fotos de unos cuantos que deben hacer sus cenas de grupito. Cuatro aparecen en todas las fotos: Óscar García, Usue Ibarra, Daniel Santos y Mario Osuna. Amigos en redes de fuera del trabajo hay muchos, pero tendré que comprobar si suele tener contacto con alguno de ellos. Respecto a los cargos de la tarjeta, he accedido a las de la víctima y a las de su marido, incluidas las de empresa. Ella no realizó ninguna compra en el día de ayer, y confirmamos que él ha estado en Pekín. Hay cargos diversos de comidas y se ha gastado una pasta. He pasado los cargos a Ernesto.

—¿Tienes sus llamadas de los últimos días?

—Las he solicitado. En cuanto tenga acceso te pido otro café.

Sonrió, ladeando la cabeza como un perrito.

—¡Anda, anda! Si tienes algo, me traes tú el café y así hacemos ver a la gente quién es el jefe.

Regresó a su despacho.

El tráfico en Madrid a horas tempranas incrementaba mucho el tiempo en recorrer unos pocos kilómetros. Ernesto sabía que Julio todavía tardaría en llegar del aeropuerto.

El trayecto en taxi se convertía en un suplicio para Julio. De forma compulsiva, la pierna derecha cobraba cada vez más velocidad, hasta llegar a poner nervioso al conductor del taxi, que miraba por el retrovisor central con la esperanza de que parara. Probablemente, no había reparado en la presencia del taxista y en ese momento no sabía ni cómo había llegado hasta allí. Nada más parar, pagó con un billete de cien euros y salió corriendo sin esperar a que le devolvieran el cambio.

Sonó el teléfono de la mesa de Ernesto.

—Ha llegado. Le hago pasar a la sala.

—Gracias, Rocío. Voy enseguida.

Se incorporó de un respingo e inspiró y espiró repetidas veces como si se tratara de un ejercicio de relajación.

—¿Señor Julio Saz? —preguntó, mientras señalaba con el brazo, invitándole a sentarse—. Siento comunicarle que ayer por la noche recibimos un aviso de un incidente en su casa. Los agentes que acudieron encontraron a su mujer sin vida.

Había aprendido que no hay forma acertada de comunicar una cosa así, por lo que lo hacía de la forma más directa posible y sin dar detalles.

Durante unos segundos esperó a que estuviera preparado para continuar. No decía una sola palabra. Sus manos cubrían sus ojos, mientras las lágrimas se hacían hueco entre ellas para caer lentamente encima de la mesa. Sacó un pañuelo y se secó las lágrimas, dejando a la vista unos ojos enrojecidos.

—¿Cómo ha pasado?

—Hasta que no tengamos los resultados de la autopsia, es difícil aventurarse a sacar conclusiones, pero lo que sabemos es que no fue una muerte accidental. —Julio sufrió un ataque de ansiedad. Se levantó rápidamente y, ante la falta de fuerza en las piernas, estuvo a punto de caer al suelo—. Julio, por favor, siéntese. ¿Quiere que le traigamos algo? —dijo, mientras le sujetaba y le acompañaba de nuevo a su silla.

Negó con la cabeza.

Tras unos minutos para asimilarlo, consiguió sacar fuerzas.

—¿Ha sido un robo o...?

Gesticulaba con las manos sin entender nada.

—Todavía no lo podemos confirmar, pero me gustaría hacerle unas preguntas cuando se sienta preparado —asintió—. ¿Es posible que alguien conocido quisiera hacer daño a su mujer?

—No, que yo sepa.

—¿Han recibido últimamente, o en cualquier otro momento, alguna amenaza de cualquier tipo?

—Nunca hemos tenido ningún problema con nadie. Tiene que haber sido un robo.

—Hasta que no tengamos todos los datos, no queremos hacer ninguna conjetura, pero a priori, no creemos que se trate de un robo. No había señales de que se hubiera removido nada, pero es usted quien nos deberá decir si falta algún objeto, dinero... La Policía Científica está en su casa en

este momento. Me gustaría que una vez haya reconocido el cuerpo de su esposa, vayamos a su casa para comprobarlo.

—¡Claro! —El tono de su voz pasaba cada vez más desapercibido.

—Entiendo que es muy difícil para usted responder preguntas en este momento tan complicado, pero si recuerda algo, cualquier cosa que se salga de lo habitual, puede ser muy importante.

—Viajo mucho. Suelo estar fuera de casa como mínimo dos o tres días por semana. Desgraciadamente, no veía demasiado a mi mujer. Teníamos una relación que se había enfriado, pero cuando estaba en casa, salíamos a cenar, al cine... Lo que hace el resto de la gente. Supongo.

—¿Qué quiere decir?

—No hablábamos como al principio. No me preocupaba por si estaba bien, como debería haber hecho. Nunca preguntaba por el trabajo; por sus amigas; por nada. De hecho, desde que mis hijos no viven en casa, empezamos a discutir con mayor asiduidad. Nada que tenga importancia. Solo discutíamos. Supongo que cada vez nos conocíamos menos. Lo que quiero decir, es que no sabría decirle ni con quién quedaba cuando yo no estaba en casa.

—¿Cree que puede haber algo importante que no le haya dicho?

—No lo sé. Ese es el problema. No estoy diciendo que me engañara. No me refiero a eso. De hecho, podría jurar que no es así. Solo digo... que no estaba involucrado y si tuviera algún problema, puede que no me lo dijera por no molestarme o por no sentirse ignorada. ¡Buff! —suspiró sorprendido—. No lo había pensado antes y ahora la he perdido.

Sus ojos volvieron a cubrirse por las lágrimas.

Ernesto no estaba acostumbrado a algo parecido. Estaba abriéndose con él y no tenía duda. Aunque en ese momento no hubiera estado de viaje, sus sensaciones le decían que no era el culpable.

—Tienen dos hijos, por lo que tengo entendido.

—Sí. Tenemos dos hijos. Los dos están fuera de casa.

—La relación con ellos, ¿diría que es normal?

—Por supuesto. Estamos muy unidos —respondió, ofendido.

—¿Los padres de Luna viven? ¿Tiene hermanos?

—La madre de Luna murió hace mucho tiempo de una enfermedad. Su padre sigue vivo. Tendrá más de setenta años, pero no tienen ningún tipo de relación desde hace muchos años. Perdieron el contacto desde que se fue de casa. Tiene una hermana menor que ella, Iria. Ninguna de ellas tenía relación con su padre, pero entre ellas se llevaban bien.

—¿Me podría dar sus contactos?

—Le podría dar el de Iria, pero el de su padre no lo tengo. Ya le he dicho que no tenemos ninguna relación con él.

Ernesto apuntó el teléfono e invitó a Julio a que le acompañara.

El Instituto Anatómico forense realizaba una media de dos mil autopsias al año, lo que significaba que se hacían cinco necropsias al día. Una de cada tres se debía a causas violentas. Causas que abarcaban accidentes de tráfico, suicidios y el cinco por ciento, venía acompañado de un asesinato. Una de aquellas víctimas del año dos mil diecinueve salía en aquel momento de la cámara frigorífica para ser conducida a la sala de anatomía patológica. Quizá uno de los momentos más impactantes que puede sufrir el familiar del fallecido es reconocer el cadáver, y Julio estaba a punto de sufrirlo en primera persona.

—Buenos días, doctor —saludó Ernesto, dando una palmadita en la espalda con gesto cariñoso.

Desgraciadamente, conocía a los tres forenses que se solían encargar de sus casos. El Instituto es un organismo dependiente de la Consejería de Presidencia, Justicia y Portavocía del Gobierno de la Comunidad de Madrid, y daba servicio a la UDEV con mayor frecuencia de la deseada.

—Como todos —respondió, con cara de pocos amigos—. Estamos a tope. Pero hay que trabajar con lo que nos dan.

Sonrió.

—Vengo con el marido de la víctima a identificar el cadáver. Está fuera esperando.

—Muy bien. Hemos realizado una primera exploración externa. Si quieres, te informo en cuanto se marche el familiar. Comenzaremos con el examen interno cuando tengamos firmada la autorización.

—Perfecto. Lo hago pasar.

Salió del despacho del forense y se dirigió hacia Julio, que estaba esperando impaciente a terminar de una vez.

—Julio, por favor.

Acompañó sus palabras con un ladeo de cabeza.

La víctima estaba tapada con una sábana blanca, posicionada sobre una camilla, para ser conducida a continuación a la mesa de autopsia. Se acercó lentamente con la vana esperanza de que levantaran aquella sábana y se tratara de otra persona. No fue así. A medida que se iba descubriendo su rostro, el corazón se aceleraba paulatinamente hasta sentir que le faltaba la respiración. ¡Era ella! Se había acabado todo. No hizo falta pedirle confirmación verbal para saber que se trataba de su esposa. Cayó sobre sus rodillas y permaneció en el suelo durante unos segundos. No había lágrimas esta vez, tan solo un derrumbamiento generalizado de todo su cuerpo. La cara desencajada, como si hubiera envejecido repentinamente diez años. Ernesto lo arrojó con su brazo derecho, acompañándole fuera de aquel cuarto. Del resto se encargó uno de los psicólogos.

Ernesto volvió a entrar para hablar con el doctor Cañas.

—Uno no se acostumbra a esto, ¿verdad? —dijo el forense.

—Yo no, desde luego. Supongo que, si tú no lo hicieras, tendrías que tirarte por un puente. Cuéntame.

—El examen externo. ¡No te emociones! Hasta que no acabe, no podemos sacar conclusiones. Como digo, el examen externo nos deja cuatro puñaladas. Cualquiera de ellas podría ser mortal, pero el examen revela que recibió un golpe en la cabeza. Concretamente en la parte posterior. Tenemos que ver si las puñaladas causaron la muerte o fue el golpe. No hay precisión en las puñaladas. Parecen haberse realizado al azar, y lo que lleva escrito debajo de los pechos se realizó con un cúter. El corte es mucho más fino que cualquier cuchillo. Desde luego, no es lo que produjo la muerte. Como ves, el sangrado es mínimo. No hubo hemorragia porque ya estaba muerta. Hemos hallado restos debajo de las uñas y lo he enviado a analizar, pero podrían ser suyos. Lo que me ha parecido relevante es que limpió el cuerpo de la víctima con agua y jabón. Como sabes, es posible hallar huellas sobre el soporte cutáneo, pero el resultado nunca es certero. Aún así, parece que quiso borrar sus huellas o eliminar algún resto que le pudiera incriminar. Algún pelo, por ejemplo. Por otro lado, me dicen que no se encontró la ropa que llevaba puesta cuando fue asesinada. Es una pena, porque habría sido más fácil encontrar algo. Por ahora es lo que tenemos. En cuanto tenga el resto, te mando el informe.

—Te dejo que trabajes. Estamos en contacto.

Salió del cuarto y estuvo esperando a que hubieran terminado con Julio. Salieron hacia su casa y, durante todo el trayecto por la carretera de La Coruña hasta Las Matas, solo se escuchó el

sonido de la carretera. A esas horas ya no había tanto tráfico y llegaron en veinte minutos.

Todavía no habían concluido con su casa. El tamaño de la vivienda era de más de cuatrocientos metros cuadrados y el jardín constaba de mil metros. Había mucho trabajo por hacer. La Científica estaba trabajando en las plantas superiores. La planta baja estaba habitable de nuevo y echaron un vistazo.

—¿Ve algún cambio? —preguntó Ernesto.

Siguió mirando durante un tiempo antes de responder.

—Está todo más o menos igual. No falta nada.

—¿Alguna caja fuerte?

—No. No me gusta tener dinero en casa.

Ernesto se quedó mirando las fotos que tenían repartidas por el salón. Se volvió a dirigir a Julio.

—¿Ve esta foto?

—Sí. Es de unas navidades.

—¿No ve nada extraño?

Julio se quedó pensativo, intentando descifrar dónde quería ir a parar.

—Lo veo todo igual.

—En la chimenea falta una figura de un huevo. Hay solo uno y en la foto puede ver que había dos huevos.

Miró la foto y después la chimenea, y se giró hacia Ernesto sorprendido.

—¡Sí! Falta uno. No me había dado cuenta.

Ernesto entendió que era un detalle que posiblemente no era perceptible a los ojos de una persona que acaba de perder a su mujer.

Sin más, Julio salió de la casa sin mirar hacia atrás, como si no tuviera intención de regresar.

—Por favor, ¿puede pedirme un taxi? Voy a casa de mi hermano.

—Por supuesto. ¿Ha hablado ya con sus hijos?

—Voy a asimilar todo esto y más tarde les daré la noticia. Mi hija vive fuera de España y mi hijo está de viaje con su novia en Estados Unidos. Está recorriendo la Costa Oeste y llega mañana. Esperaré a decírselo en persona.

—Como quiera. Suba, que le acerco yo mismo.

A menos de dos kilómetros y medio del Instituto Anatómico Forense, donde se encontraba el cuerpo de Luna, Sara se disponía a estacionar en el aparcamiento de la facultad de Ciencias de la Información. El campus de Ciudad Universitaria estaba repleto de chavales paseando por la calle y aparcar se hacía misión imposible.

Era el segundo miércoles de mayo y la ropa comenzaba a escasear entre los jóvenes, destapando los cuerpos que llevaban escondidos todo el curso.

—Por lo que veo, aquí lo de estudiar se acaba con el buen tiempo. Aparcamos aquí mismo.

Dejó el coche en la puerta principal con dos ruedas por encima del bordillo y bajaron del coche.

—Hola. A ver si nos puedes ayudar, ¿nos podrías indicar dónde se encuentra Secretaría? —preguntó al primer alumno que encontró a su paso.

—Primera planta a la derecha y al fondo a la izquierda.

—¿No se le caerán nunca los pantalones? Debería ponerse unos tirantes o algo.

Su compañero sonrió mientras miraba como los calzoncillos asomaban en su gran parte.

—Buenos días —enseñó su placa por el hueco de la ventana de Secretaría—. Mi nombre es Sara Vega y mi compañero, Nacho Álamo. Hemos venido a hablar con los profesores de Periodismo que trabajan con Luna Campos. —les hizo pasar a la sala de profesores y les instó a esperar—. Si alguno de ellos está dando clase en este momento, hacerle salir. Solo serán unos minutos.

No quería que mientras uno de ellos fuese interrogado, el resto pudiera saber que se encontraba allí, por lo que prefirió dar la noticia a todos a la vez para ver cómo reaccionaban, entre otros motivos. Ya tendría tiempo de hacerlo de uno en uno.

Iban entrando en la sala. En el ambiente se respiraba cierto desconcierto y se miraban entre ellos mientras tomaban asiento bajo un silencio sepulcral.

—Buenos días a todos. Soy la inspectora Sara Vega. Según tengo entendido, sois compañeros de Luna Campos.

Recibió por respuesta algún gesto afirmativo con la cabeza.

—En la noche de ayer, encontraron su cuerpo sin vida —dijo su compañero.

Los dos agentes analizaban cada gesto, buscando las reacciones de sus compañeros. Nadie dijo una sola palabra, pero algunos de ellos se tocaban la cara mientras daban un respingo en su silla. La respuesta generalizada era la de cruzar miradas con gestos de sorpresa y Sara continuó hablando.

—Nos gustaría poder charlar individualmente con cada uno de vosotros para arrojar luz sobre los últimos días de Luna. Si notasteis algo raro; si os contó algo fuera de lo normal. Cualquier cosa.

No dio más detalles sobre su muerte, a expensas de que alguno de ellos pudiera meter la pata. No fue así. Los murmullos se abrieron paso en el silencio, pero nadie se atrevía a tomar la palabra hasta que finalmente uno de ellos se animó a hacerlo.

—¿Qué ha pasado? —dijo, sorprendido.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó Sara.

—Mi nombre es Fabián.

—Fabián, no se preocupe. Ya les informaremos de todo en su debido momento. Por ahora no podemos dar más información. Deberían ser ustedes los que nos aporten cualquier dato que crean que pueda ser relevante. Ustedes conocían a Luna.

La respuesta de Sara dejó descolocado al grupo y ninguno de ellos se atrevió a participar de nuevo.

—De acuerdo. Os voy a dar mi tarjeta a todos, para que me llaméis si hay algo que pueda ser de interés. Mi compañero os irá llamando para tomaros declaración.

Sin más, salieron del edificio.

Solía hacer este tipo de cosas para buscar reacciones grupales. Había escuchado más de una vez que, de esa forma, les daba tiempo para pensar y se desvirtuaba la investigación, pero llevaba muchos años en esto. Cuando alguien comete un crimen, se está preparando para dar su versión, pero no espera que se les reúna en bloque y sacarle de su zona de confianza puede deparar mejores resultados. Ya tenía encima de la mesa las reacciones de cada uno y lo más importante era que hablarían entre ellos y podría sonsacar las impresiones que cada uno había tenido en lo más íntimo. Sin la Policía interrogándole.

Habían pasado diecisiete horas del asesinato y no tenían absolutamente nada. Por otro lado, era lo habitual.

Cada integrante de la UDEV iba llegando a cuentagotas al bar que se encontraba debajo de la sede, para picar algo antes de reunirse de nuevo. Los primeros en hacerlo fueron Saúl y Blanca, ya que llevaban allí toda la mañana.

—¡Ros y Rachel! —dijo el camarero, al verlos cruzar la puerta.

—Está muy manido, Cayo. No me hagas entrar en el juego de los nombres —respondió Saúl.

Desde que se estrenó Friends en España, había sufrido ese tipo de bromas. Su apellido se había vuelto más significativo. Las llevaba con naturalidad, pero había días en los que no estaba de humor para escucharlo por milésima vez.

—¡Está bien...! Yo ya tengo suficiente con lo mío. ¿Dos cañitas?

Levantó el dedo pulgar y se dirigieron a una mesa que se escondía en un rinconcito del local. Allí estaban más tranquilos.

Poco a poco, fue llegando el resto del equipo.

—¡Cayo! Nos pones otras cinco cañas y algo de picoteo rápido. Lo que tú veas, pero no te lées mucho, que te conozco.

—Marchando, jefe.

Cayo provenía de Honduras. Llevaba más de diez años en España y había encontrado su sitio. Un hombre dicharachero, bromista y que sabía guardarse sus comentarios para cuando fueran oportunos. Hacía dos años que conocía a Saúl y supo a qué se dedicaba en el momento en que uno de sus clientes comenzó a tirarle de la lengua, para que hablara de lo que escuchaba. Se trataba de un cliente que en las últimas semanas se había hecho habitual y se dio cuenta rápidamente por dónde iban los tiros, cuando comenzó a preguntar más de la cuenta. Cayo pensaba que debía ser periodista y finalmente acabó obteniendo más información sobre Saúl. El periodista le ofreció ciertos incentivos por indagar en los casos que estaban llevando, para tener una fuente que le proporcionara información para publicar. Cayo se negó. Era un hombre honrado y no quería comprometer su trabajo. Decidió informar a Saúl y con aquel gesto se ganó su confianza.

Nunca hablaban de un caso mientras comían. Aunque estuvieran en una zona apartada, todos sabían quiénes eran y de vez en cuando se dejaba caer por allí algún periodista con la intención de dar un pelotazo y esperar a escuchar algo que pudiera publicar. Acabaron de comer y subieron a trabajar.

Las instalaciones de la UDEV se encontraban en pleno centro de Madrid. Tres plantas enteras totalmente remodeladas de un edificio antiguo. El portal lucía dos grandes puertas de madera. Cada una de ellas tenía una pequeña ventana de cristal, cubierta por barras de hierro para protegerla. Aunque poco a poco estaban desapareciendo este tipo de puertas en el centro de Madrid, este era uno de esos edificios castizos que respetaban la fachada.

A simple vista, nadie diría que allí se encontraba el cuartel general de una división tan prestigiosa. No había carteles, ni aparecía ningún nombre en el telefonillo. Al entrar, unas escaleras cubiertas con una gran alfombra y, nada más subirlas, un ascensor con solera a cada uno

de los lados. En la cuarta, quinta y sexta planta, se encontraban las divisiones. En la quinta trabajaban dos equipos. Los administrativos disfrutaban de la última planta del edificio. En la cuarta estaba el equipo de Saúl. El espacio era prácticamente diáfano en el ala izquierda, con tres despachos, al que se accedía desde un hall de entrada. Uno de ellos era la sala de reuniones. El ala derecha constaba de tres salas de interrogatorios.

—Rocío, por favor, ¿nos traerías cinco cafés a la sala de reuniones? —dijo Saúl.

—Por supuesto.

—Muchas gracias.

Guiñó un ojo y todos fueron directos a la sala.

—¿Impresiones?

Blanca fue la primera en tomar la palabra.

—Os pongo al día. Ya lo he hablado con Saúl. La víctima no tiene mucho movimiento en redes sociales. Está dada de alta en varias, pero no es muy prolífica en sus contenidos. He investigado las suyas y las de otra gente que la ha etiquetado en alguna de sus publicaciones. Parece que se relaciona bastante con la gente del trabajo, pero como digo, por ahí no vamos a encontrar mucha cosa.

—Hemos visitado a sus compañeros —dijo Sara.

—Pues ahora nos cuentas. También he trabajado con su teléfono y estoy esperando a recibir el registro de llamadas de la compañía telefónica, para ver las llamadas que recibió —repartió a cada uno los documentos con toda la información—. Como veis, ahí están todas las llamadas de la última semana. No son muchas. Una llamada al día a su marido, más o menos. No parece que hablaran demasiado.

—Eso me dijo su marido —intervino Ernesto.

—En los dos últimos días, solo efectuó cinco llamadas. Es la información de su móvil. Repito que, con el registro telefónico, tendremos más datos. El día antes de su muerte, llamó una vez a su marido, otra a una mujer que se llama Ruth Llorente. He comprobado que la tiene agregada en Facebook como amiga. El día D, tres llamadas a Usue Ibarra. Es una compañera de trabajo.

—Hemos estado con Usue esta mañana —dijo Nacho—. Me dio la impresión de que era de los más afectados.

—Si es la persona más cercana, hay que apretarla un poco, a ver qué nos cuenta —dijo Saúl.

—En grupos de whatsapp, tenía varios, como todo el mundo, pero solo estaba activa en tres de ellos. El que más movimiento tiene es nuevamente el del trabajo. ¡Que si nos tomamos unas cañas esta tarde! ¡que hoy llego justa porque hay atasco! y soplapolleces que se suelen mandar. Videos de gatitos, de Trump... historias de esas. ¡Vamos, lo típico! Los otros dos grupos son de nuevo de su amiga Ruth y de su compañera Usue. De nuevo, conversaciones sin chicha ni limoná. ¡Un despelote de vida!

Se mofaba de la insulsa vida que, a su parecer, llevaba la víctima.

Se acababa el speech de Blanca y tomó el turno Sara.

—Nacho y yo hemos estado en la facultad. Hemos cogido a todos por banda y hemos soltado la noticia.

—Seguimos igual, por lo que veo —reprochó Saúl.

—Funciona, y lo sabes. Sigo. Aparentemente, la sorpresa fue generalizada, pero hubo dos personas que dieron un respingo en la silla. Usue y Óscar.

—¿Cómo reaccionó el resto?

—A mi entender, son compañeros de trabajo. Unas cañas y demás, pero no me dio la sensación de que fueran amigos del alma, aunque si alguno es el asesino, interpreta muy bien aparentando

sorpresa. Hemos citado a todos entre esta tarde y mañana.

—Pues a ponerles nerviosos, a ver si así canta alguno. ¿Ernesto?

—He estado esta mañana con Julio. Su marido. Está destrozado. Confirma que no tenían una relación muy estrecha. No pudo hacerlo porque estaba de viaje y si decía Sara que sería una buena actuación lo de los compañeros de trabajo, esta sería de premio. Mientras estábamos allí he estado mirando las fotos y puede que tengamos algo. Me pareció que algo estaba distinto y vi que encima de la chimenea había varias figuras de mármol. En las fotos se ven dos huevos de gran tamaño y, sin embargo, solo vi uno. Puede que sea el arma con el que fue golpeada.

—Buena observación. Esperaremos a que nos lo confirmen. Comprueba coartada de todas maneras. Quiero vuelos confirmados y toda la pesca.

—Claro. La agencia de viajes me mandó toda la documentación y tenemos pagos con la tarjeta en Pekín. Por si fuera poco, desde su empresa me han confirmado las reuniones.

Recibió un gesto afirmativo con la cabeza.

—Concluyendo. Le acompañé a su casa al salir del Anatómico y parece que no falta nada. Lo vio todo normal.

—¿Huellas?

—Esperemos tenerlas cuanto antes.

—¡Hay que apretarles, Ernesto! que no podemos perder más tiempo.

Solía poner una marcha más sobre Ernesto y Nacho. Eran buenos policías, pero en alguna ocasión, dejaban algún hilo sin coser por excesiva prudencia y no se podían permitir errores.

En unas horas, la prensa se haría eco del asesinato y para entonces, o tenían algo, o empezarían a llover llamadas de arriba para ponerse delante de un micrófono con algo de carne para calmarlos.

Ernesto continuó relatando su mañana ajetreada.

—Cuando le dejé en casa de su hermano, llamé a Blanca para que investigara la dirección del padre de Luna. Mientras tanto contacté con su hermana y hablamos por teléfono. Vive en Segovia. Va a venir a Madrid mañana y hablaremos con ella detenidamente.

—Perfecto. ¿Finalmente, habéis localizado a su padre? —preguntó Saúl.

—Sí. He estado con él.

—Cuéntanos.

—Hola, Blanca. Quiero escuchar que tienes la dirección del padre de Luna —dijo Ernesto, con la seguridad de que era así.

—Pues claro, querubín —respondió Blanca, mostrándose competente.

—Apunto, dime.

La casa donde había llevado a Julio era un chalé adosado situado en Aravaca, muy cerca del estadio de fútbol Antonio Sanfiz. Allí vivía su hermano. Lo dejó en la puerta y se marchó.

De camino a Madrid, cogió la carretera de La Coruña. Giró, dejando a su izquierda el intercambiador de Moncloa y a su derecha el Parque del Oeste, hasta llegar al fondo de la calle, donde entró en el Paseo del Pintor Rosales, hasta que el GPS le indicó que había llegado a su destino. Bajó del coche y presionó la tecla del telefonillo, con la esperanza de encontrar a Arturo Campos en casa.

—¿Sí? —resonó una voz maltratada por los años y el tabaco.

—Preguntaba por Arturo Campos.

—¿Quién pregunta?

—Soy Ernesto Acosta. Policía. Necesito hablar con usted de un tema importante.

—Bajo.

Se sentaron en una terraza de las tantas que cubrían los bajos de la calle.

Encontró a un hombre con bastón, cara demacrada y dificultad para hablar por el alcohol ingerido. Había que estar muy atento para seguir su conversación.

—Vengo a visitarle para comunicarle que su hija Luna ha fallecido.

—¿Cómo?

Agachó la cabeza con cara de incredulidad.

—Lo siento mucho. Sé que no es buen momento, pero me gustaría hacerle algunas preguntas.

No recibió ningún gesto de confirmación. Ernesto dejó unos segundos para que tomara la palabra.

—¡Mi niña! ¿Qué le ha ocurrido?

—Todavía lo estamos investigando. La encontramos sin vida en su casa.

—Hace mucho tiempo que no hablaba con ella. Desde que murió mi mujer, no me supe hacer cargo de ellas y poco a poco dejamos de tener relación.

—¿Dónde estuvo ayer por la tarde?

—¡Hijo! —dijo, con condescendencia—. No me muevo nunca de aquí. Voy de casa al bar y del bar a casa. No recorro muchos metros al día. Ayer por la tarde no me moví de casa. Estuve viendo la televisión y durmiendo, supongo.

—¿Estuvo con alguien?

—¿Con quién voy a estar? Mis amigos son todos estos que ves —señaló a los camareros—. Y esos viejetes que ves apoyados en la barra.

Rio a carcajadas, correspondido por uno de los camareros que pasaban por delante en ese momento.

—Le agradezco que me haya atendido. Muchas gracias.

Se marchó hacia su coche para volver al trabajo. No había visto a un hombre muy afectado, lo que le había sorprendido sobremanera. Por mucho que no veas a tus hijos, siempre son tus hijos. En todo caso, no le había aportado mucha información.

La primera persona en pisar las instalaciones de la UDEV fue Usue Ibarra. Parecía que era la persona que más relación tenía con la víctima. Al menos, en el ambiente laboral.

Iba vestida con una falda verde por encima de las rodillas, blusa blanca y unas sandalias planas que no hacían desmerecer su metro setenta de estatura. Sara se dio cuenta al instante que no llevaba la misma ropa que en su encuentro en la universidad.

—¡Se ha cambiado! ¿Ha ido a casa a cambiarse para venir a declarar? —dijo, sorprendida.

—¿Iba vestida de otra manera? —respondió Nacho con otra pregunta—. No me estaba fijando precisamente en eso.

—¡Sois todos unos cerdos!

Tras picar el anzuelo, vio que su compañero estaba bromeando y sonrió.

Se dirigieron hacia ella.

—Buenas tardes. Soy Sara Vega. Supongo que me recuerda —asintió—. Si es tan amable de seguirme, vamos a un sitio más tranquilo.

La sala de interrogatorios no era la típica sala de las películas. Se trataba de una amplia habitación con cuadros en las paredes y una mesa central ovalada. Lo importante es que se sintieran lo más cómodamente posible. Si había que volverlo incómodo, se encargaría ella.

—¿Está bien? ¿Quiere beber algo?

—No, gracias.

Se sentía muy incómoda. Lo único que quería era salir de allí lo antes posible.

—Si no te importa, nos tratamos de tú desde este momento. ¿Te parece bien?

—Claro, claro. Me parece perfecto.

—De acuerdo. ¿Hace cuánto que conocías a Luna?

—Puede... que unos diez años, más o menos.

—¿Qué tipo de relación teníais? ¿Os llevabais fuera del trabajo?

—Sí. Bueno, hablábamos de vez en cuando. Tenemos todos muy buena relación.

—¿Conocías a su familia?

Casi no dejaba tiempo para respirar entre respuesta y respuesta.

—Alguna vez vino con su marido a alguna cena, pero de eso hace ya mucho tiempo. No lo he visto desde hace un par de años o así.

—Si hablabais de vez en cuando, igual te comentó qué relación tenía con su marido.

—No hablaba mucho de sus cosas, pero siempre hacía todo sola. Él siempre estaba viajando.

—¿Te comentó algo últimamente? Si estaba preocupada por algo...

—No. No he hablado con ella en los últimos días. Ha habido mucho trabajo.

Comenzó a ponerse nerviosa y a moverse en la silla.

—¿No has hablado con ella? Qué raro. En su teléfono hemos podido ver que ayer te llamó tres veces.

Cambió el tono, volviéndose más agresiva.

Usue retorció el gesto abruptamente y los músculos de la cara se tensionaron como si hubiera visto un fantasma.

—¡Ah, sí! Es verdad. No lo recordaba.

—¿No recordabas tres llamadas que se produjeron ayer mismo? Te conviene que nos lo cuentes todo si no quieres que pensemos que has tenido algo que ver.

Se inclinó ocupando la mitad de la mesa, lo que hizo retroceder a Usue.

—Yo no sé nada. De verdad. Ella me llamó por algo que no tenía nada que ver. No quiero echar mierda encima de nadie.

De repente, la conversación se había vuelto más interesante. Lo que esperaba oír era que había hablado con ella. Que hablaron de lo cabrón que era un compañero, de cualquier cosa mundana y, sin embargo, encontraba a una mujer insegura, contradiciéndose.

—Vamos a empezar de nuevo. Ayer te llamó tres veces...

Arqueó su mano hacia adelante esperando a que continuara.

—Realmente fue la misma conversación. Llamaba desde el coche y se cortó en dos ocasiones, por falta de cobertura, supongo.

—Continúa.

—Llevaba un tiempo saliendo con alguien...

—¿Pensaba que no te contaba esas cosas!

Siguió azuzándola.

Usue agachó la cabeza en señal de vergüenza, antes de continuar.

—Realmente, no me contó quién era. Llevaba unos meses saliendo con él, pero no tenía muy claro lo que iba a hacer y me decía que hasta que no supiera lo que quería, no estaba preparada para que se supiera.

—¿Hay algún motivo para creer que podría ser el asesino? ¿Tuvieron alguna discusión importante?

—No. Me decía que era muy dulce, que hacía mucho tiempo que no sentía nada parecido. Siempre estaba pendiente de ella. Pero no le conocía. No puedo decir más que lo que ella me contaba.

—¿Y crees que esto debías guardártelo para ti? ¿No has pensado que podría ser relevante?

—No. Sinceramente. Seguro que soy una estúpida, pero sin saber lo que ha ocurrido, no puedo decir mucho más.

—Tu amiga y compañera de trabajo ha sido asesinada en su propia casa y nos ocultas algo así —dio un golpe encima de la mesa—. ¿Y para qué te llamó ese día?

—Me dijo que estaba pensando en dejar a su marido, pero que no tenía fuerzas para hacerlo. Nada diferente a otros días. Divagaba, pero en ningún momento vi que tuviera miedo de nada. Me decía que le conocía desde hace mucho tiempo y que, poco a poco, se habían ido enamorando.

—¿Puede que su marido se enterara?

—Según me decía ella, ni siquiera le preguntaba cómo le había ido, al llegar de sus viajes. Que yo sepa, no sabía nada.

—¿Era agresivo?

—Tenían discusiones por tonterías, pero según tengo entendido, no lo era.

A pesar del comienzo tan ambiguo del interrogatorio, no parecía que fuera a sacar mucho más de aquella mujer. Cambió el paso de golpe.

—¿Dónde te encontrabas ayer entre las ocho y las nueve de la noche?

Volvió a ponerse nerviosa ante la pregunta.

—Estaba en casa. Salí del trabajo sobre las seis, recogí a mi hijo de fútbol a las seis y media y nos fuimos a casa. Sobre las siete y pico llegó mi marido y ya no salimos de casa.

—¿Quedaba alguno de tus compañeros trabajando a esas horas?

—No lo sé. Creo que fui la última en marcharme, o al menos no los vi.

El interrogatorio no daba más de sí. Sara se despidió de Usue, instándola a que llamara si se acordaba de algo más.

Cuando Usue abandonaba las instalaciones, en la sala contigua estaba esperando otro de los compañeros más cercanos de Luna.

—Espero que no lleve mucho tiempo esperando, señor García —dijo Sara, amablemente.

—No se preocupe —respondió Óscar, forzando la sonrisa.

Sara no tenía una sola forma de tratar a sus interrogados. Sabía exactamente cómo tenía que hacerlo nada más sentarse delante de ellos. Con Usue comenzó rápidamente a tratarla de tú y con Óscar prefirió distanciarse un poco más, a ver qué ocurría.

—Su nombre es Óscar García, ¿verdad?

—Así es.

—Usted era compañero de Luna. ¿Qué clase de relación diría que tenían?

—Precisamente eso. Compañeros. Teníamos una buena relación. Era una mujer muy sencilla. Nunca se enfadaba con nadie. No entiendo cómo le ha podido ocurrir algo así.

—¿Algo así? ¿Qué nos puede contar de lo que le ha ocurrido?

Sabían que había muerto, pero en ningún momento había entrado en detalles de cuáles fueron las causas.

—Perdóneme, pero nos dijo que había muerto y, si fuese por causas naturales, no creo que estuviera declarando en este mismo momento. ¿No cree?

Esperaba conseguir alguna duda en su respuesta, pero resultó de lo más lógica.

—Por su forma de hablar de ella, parece que era una mujer que no tenía conflictos...

—No. No creo que nadie la quisiera hacer daño, si es eso lo que me está preguntando.

Se expresaba con una seguridad que no era habitual en ese tipo de situaciones.

—Por favor, dígame qué estaba haciendo ayer entre las ocho y las nueve de la noche.

—Ayer llegué de trabajar sobre las siete, más o menos. Cuando llegué, estaban en casa mi mujer y mi hijo. Bajé con él al jardín a jugar al fútbol. No recuerdo la hora en la que subí de nuevo a casa, pero me di una ducha y me fui de casa sobre las nueve y cuarto, que es cuando me vino a buscar Daniel.

—¿Su compañero de trabajo?

—Sí. Daniel vive en Las Matas, y Mario y yo en Majadahonda. Es por eso por lo que hemos hecho más relación. Quedamos uno de cada dos martes por Majadahonda a tomar algo, para partir la semana. Daniel nos suele venir a buscar. Primero pasa a por mí, que vivo cerca de la salida de la M-503, y luego a por Mario, que no vive mucho más lejos. Me vino a buscar, fuimos a por Mario y de ahí al bar de siempre.

—¿Alguno de ustedes ha tenido algún roce, relación...?

Hizo saltar a Óscar por primera vez.

—Perdone, pero tengo mujer e hijo y no he tenido ninguna relación con nadie. Del resto, no puedo hablar. Siempre hay habladurías. Alguna vez, Luna se marchó a casa con Daniel. De vez en cuando, ahorran en un coche, sobre todo para poder coger el carril VAO y quitarse de atascos, pero aparte de tener una buena relación, nunca he visto nada que me lleve a pensar que tuvieran una aventura. Los dos estaban casados.

—¿Y Mario?

—Lo mismo. Todos nos llevábamos bien, pero ninguno hablaba de ella más de la cuenta. No le puedo decir mucho más.

Mientras Sara hablaba con Óscar, Nacho se encontraba en la casa del interrogado, haciendo

una visita a su mujer. Era habitual hacer las mismas preguntas y en algunos casos se comunicaban por whatsapp, si había que hacer alguna pregunta que hubiera surgido en el interrogatorio.

Cuando acabaron se pusieron en contacto para cambiar impresiones. La coartada cuadraba. Su mujer corroboraba lo dicho y los vecinos le vieron en el jardín jugando con su hijo. Lo relevante era que les había dado datos importantes para seguir buscando.

Al mismo tiempo que Sara interrogaba a Óscar García y Nacho hacía lo propio con su mujer, para contrastar versiones en tiempo real, Saúl había ido a visitar a una de las dos personas que había cruzado llamadas con Luna en los últimos dos días. Ruth Llorente era la amiga con más antigüedad. Se conocieron en el colegio y, por lo que parecía, seguían mantenimiento el contacto.

El tráfico volvía a recuperar intensidad a esa hora de la tarde y Saúl cogió el metro. Se apeó en la estación de Príncipe de Vergara y continuó caminando a la calle Jorge Juan, donde residía Ruth. Nada más entrar a la vivienda, se dio cuenta de que su nivel de vida no distaba demasiado del de Luna, aunque no era capaz de imaginar si una casa tan enorme en Las Matas tendría un precio mucho mayor que un piso de trescientos metros en una buena zona de Madrid.

Ruth recibió a Saúl amablemente, mientras daba una voz a dos niños que discutían por ver quién iba a ser el primero en utilizar la tableta.

—Perdóneme —se excusó Ruth—. No suelo dejarles jugar entre semana, pero pensé que así podríamos estar tranquilos. Por lo visto, me he equivocado —sonrió.

Ruth extendió la mano pidiendo un minuto para encargarse de los niños. Les invitó a entrar en una de las habitaciones y tan solo con un gesto, dejó claro que, al primer grito, se acabaría la tableta.

—Ya estoy con usted.

Sus labios se arrugaron en señal de tristeza.

—Tan solo quiero charlar unos minutos con usted. Veo que está ocupada y no quiero robarle mucho tiempo.

—No hay problema. Me da mucha pena lo que ha ocurrido. Eramos amigas de toda la vida.

Una lágrima resbaló por su mejilla y sus ojos se cubrieron con una fina capa de llanto.

—¿Desde cuándo eran amigas?

—Hace tanto tiempo que no lo recuerdo. Probablemente desde los doce o trece años. ¡Toda la vida!

—¿Ha hablado con ella últimamente? —preguntó, como si no supiera la respuesta.

—Hablamos de vez en cuando. No es una relación de quedar muy a menudo. Nos llamamos cuando hace un tiempo que no nos vemos y salimos a cenar para ponernos al día. Hablé con ella hace unos días, dos o tres, no lo recuerdo.

—¿Notó que le preocupara algo? ¿Vio algo distinto?

—No. Todo fue como siempre. Dijimos que podríamos quedar la semana que viene. Quedó en buscar un día y ver si podíamos cuadrarnos. Lo normal.

—¿Eran muy íntimas? Me explico, ¿le contaba detalles de su vida personal?

Quiso ir un poco más allá, para conocer en que escalafón de amigos se encontraba. Si lo sabía una compañera de trabajo, puede que también lo hubiera hablado con Ruth.

—Sí. Nos contábamos prácticamente todo. Nos conocíamos muy bien.

—¿Le dijo si tenía problemas con su marido?

—No lo llamaría problemas. Simplemente se habían distanciado. Ninguno de ellos hizo nada para arreglarlo y, según me decía ella, ya no estaba enamorada de él.

—¿Tenía pensado dejarle?

—Yo creo que no. No se atrevía a dar el paso. Creo que estaba un poco perdida y...

Paró de hablar, sin querer ir más allá, y Saúl se dio cuenta que conocía la relación que tenía con otro hombre.

—Entiendo que le contó algo más. Conocemos cierta información. Puede hablar con claridad.

—Desde hacía un tiempo, salía con otro hombre. Me preguntaba a menudo qué haría yo, pero no podía responder a esa pregunta. Le decía que era ella quien tenía que responderla, pero que tuviera cuidado, porque por mucho que conociera a ese hombre, con el tiempo sale realmente la persona que somos cada uno. Tenía miedo a equivocarse y no poder volver atrás.

—¿Usted conocía a ese hombre?

—No. Ella prefería mantenerlo en el anonimato. Se lo había pedido él. Puede que estuviera casado. El caso es que yo intentaba sacárselo y ella reía y me suplicaba que no insistiera, así que cambiaba de tema y hablábamos de otras cosas. Como amiga, solo le decía que tuviera cuidado, porque se estaba metiendo en algo que se le podía ir de las manos.

—¿Tiene algo más que pueda contarme y que pueda ser útil?

—Lo siento. No sé qué más puedo decirle. Era una persona maravillosa y no me cabe en la cabeza que alguien pudiera hacerle daño. No conozco a ese hombre, pero siempre me habló de él como una persona dulce y entregada, lo que no quiere decir que sea así. Supongo que al principio todo es explosivo y por eso le dije que tuviera cuidado, porque ese no era el mundo real, tan solo una huida hacia adelante.

La impresión que sacó Saúl de aquella persona no había podido ser más agradable. Una mujer culta, sincera y con los pies bien puestos en el suelo. «Lástima que estuviera casada», era el pensamiento que le pasaba por la cabeza mientras sonreía para sí mismo.

Vivía casi en exclusiva para el trabajo, y cuando salía de vez en cuando, lo hacía con sus compañeros. Desde que se trasladó de Salamanca a Madrid, lo único que hacía era trabajar. Sus amigos habían quedado a doscientos kilómetros y su exmujer y sus dos hijos habían vuelto a Salamanca unos meses después de divorciarse. Como se decía continuamente, «un policía es un hombre divorciado desde su primer día de trabajo». Sobre todo, en una unidad que absorbe tu tiempo vorazmente. No hay una hora del día ni un día de la semana para que se cometa un crimen.

—¡Buenos días! —dijo Blanca entre bostezos.

Incluso bostezando, sus frases tomaban tonos alegres.

Saúl intentó responder mientras tragaba el sorbo de café, pero optó por levantar el brazo para corresponderla.

—El viernes tendremos la autopsia, ¿verdad?

—Así es. Estoy expectante.

Esta vez sí pudo responder, y su cara expresaba la impaciencia que le devoraba por recibir el informe.

—Perfecto. A ver si encuentran algo. ¿También tendremos el informe de la Científica?

—Hay demasiado trabajo en esa casa. Tardarán en analizar todo. Espero que sepan lo importante que es para nosotros.

—¡Seguro que sí! —sonrió Blanca, mientras se acercaba a la cafetera.

—Te quedas sola un rato. He quedado en media hora con Nacho para ir a visitar a dos amigos. Tenían que venir esta tarde, pero quiero ir a la universidad, a ver qué nos cuentan.

—¡Suerte, jefe! Si tengo algo nuevo, te llamo.

Nacho se encontraba esperando en la entrada de la facultad de Ciencias de la Información. Saúl salió del metro de Ciudad Universitaria, cruzó el paso de peatones y sacó el teléfono para llamar a su compañero. Solía viajar en metro cuando le era posible. Madrid era un absoluto caos y a pesar de llevar más de quince años viviendo allí, echaba de menos la vida algo más tranquila de su Salamanca natal.

—¡Vamos, adentro! —dijo, nada más llegar.

Nacho asintió con la cabeza.

Tomaron la puerta principal, subieron al primer piso e hicieron llamar a Mario en primer lugar.

—Señor Osuna. Por favor, siéntese. Siento molestarle en su trabajo, pero esta tarde la tenemos un poco liada y me gustaría hablar con usted.

—No hay problema.

Accedió con gesto de sorpresa.

—Como podrá comprender, tenemos que hacer nuestro trabajo y hablar con todos los que tuvieran algún tipo de relación con Luna. En cuanto tengamos toda la información que pueda darnos y nos cuente dónde estaba mientras ocurrían los hechos, habremos terminado.

Sus métodos eran muy distintos a los de Sara y alternaba la corrección con un mensaje muy directo.

—Luna era muy querida por todos.

—¿Han hablado entre ustedes de lo que ocurrió?

—¿Con mis compañeros?

Quiso asegurarse.

—Sí. Con sus compañeros. No sé si conocía que fue asesinada.

—Esta mañana hemos hablado tomando café. Estuvimos hablando ayer y nadie sabía muy bien lo que había ocurrido, pero ahora sabemos que fue asesinada. ¡Es terrible! No nos explicamos

muy bien cómo alguien podría querer hacer daño a Luna. Era una mujer maravillosa.

—¿La conocía bien? Ya sabe a qué me refiero.

—Perdóneme, pero no le entiendo.

—Me refiero a si era solo una compañera de trabajo o eran amigos.

—Simplemente amigos. Como le pasa a todo el mundo, con cada persona tienes una relación diferente. Amigos con más trato son Óscar y Daniel. Solemos quedar juntos muy a menudo. Con Luna la relación era más de grupo. Quedábamos de vez en cuando todos, pero no era habitual. La relación se reduce al tiempo que estamos aquí.

—El día del asesinato, usted estuvo con los dos compañeros que acaba de nombrar, ¿verdad?

—Sí. Salimos a tomar unas cañas.

—¿Podría especificar las horas y qué hizo antes y después?

—Salí de trabajar sobre las seis de la tarde. Me fui a casa y estuve allí hasta que me vinieron a recoger Óscar y Daniel.

—¿Estuvo solo?

—No. Mi mujer puede confirmarlo. Estuve con ella toda la tarde.

—¿Tiene familia?

—No. Solo somos mi mujer y yo. Desgraciadamente, no podemos tener hijos.

Saúl arrugó el ceño sin saber qué decir. No le había pedido tanta información y tampoco resultaba relevante.

—¿No salió de su casa en toda la tarde?

—No. Como le he dicho, no salí de casa. Estuvimos realizando tareas del hogar, hasta que me vinieron a buscar sobre las nueve y veinte, más o menos.

Sentía como iban desgranando su vida y no se encontraba muy cómodo.

—¿A qué se dedica su mujer?

—¿Mi mujer? Trabaja en casa —respondió, sin comprender a qué venía esa pregunta.

—¿Suele ayudar a su mujer en las tareas de la casa cuando llega de trabajar? —preguntó Saúl, con suspicacia.

A Mario no le gustaba el cariz que estaba tomando la conversación y decidió tomar parte.

—Si quiere preguntar directamente por algo que esté buscando, no tiene más que hacerlo, pero mi mujer también tiene derecho a vivir. Dejó de trabajar hace unos años. Tuvo tres abortos de tres procesos de inseminación. El último hace un año, y nos está costando mucho superar su depresión. Cuando puedo, echo una mano para que no haga ella todo el trabajo.

Saúl se había quedado de nuevo sin palabras. Su intención no era otra que buscar alguna incongruencia y, sin embargo, se había llevado un golpe de derecha que le había dejado fuera de combate.

—Le pido disculpas. No quería ofenderle. Siento mucho lo que les ha ocurrido.

Asintió con la cabeza, pero no con la intención de aceptar sus disculpas. Sus facciones se habían endurecido, mostrando el enfado que tenía en ese momento y Saúl decidió cambiar de tercio.

—¿Notó algo distinto en sus compañeros cuando fueron a buscarle?

—No. Fue como cualquier otro día. No noté nada extraño. Le puedo asegurar que todos nosotros estamos destrozados. Me da la impresión de estar viendo una película, y me cuesta comprender cómo estamos viviendo algo parecido.

—Me ha dicho que su relación con Óscar y Daniel es de amigos.

—Eso es.

—¿Han hablado esta mañana del tema?

—¿Del tema? Para nosotros no es un tema, pero hemos hablado. Claro que lo hemos hecho. Todos lo hablamos.

—¿Hay algo que le haya podido llamar la atención? ¿Alguien está haciendo demasiadas preguntas?

—Todos nos hacemos preguntas. Nos gustaría saber cómo ha sucedido todo, pero lo importante es que ya no está con nosotros. Yo no soy policía, pero si conociera a Luna, sabría que nadie que se haya relacionado con ella tendría ningún motivo para hacerle daño.

—Está bien. Le agradezco que nos haya dedicado su tiempo. Por favor, necesitamos el teléfono de su mujer para hacerle unas preguntas.

Cogió un bolígrafo, escribió el contacto, su nombre y volvió a sus clases.

Saúl llamó a Sara.

—Buenas. Te voy a mandar el número de teléfono de la mujer de Mario Osuna. Su nombre es Isabel Ruiz. No trabaja, así que es probable que la encuentres en casa. Nos dice que estuvo con ella toda la tarde, desde que llegó de trabajar. Por favor, comprueba su coartada. Nacho le ha acompañado a su clase para comprobar que no habla con ella. Hay que darse prisa.

—Entendido. Me pongo con ello.

Saúl esperó unos minutos antes de llamar a Daniel, hasta comprobar que Mario había vuelto a sus clases.

Sara consiguió localizar a Isabel y se desplazó a su casa. Vivía en una zona de pisos en la zona sur de Majadahonda. Accedió por la M-503, celebrando ir en sentido contrario. Los carriles de bajada a Madrid estaban saturados por la incorporación a la M-40 y un accidente en el carril derecho que implicaba a tres coches. Aparcó en la Avenida de la Oliva y se acercó a la urbanización.

—Buenos días —saludó al portero, mientras presionaba el tercero C del telefonillo.

—¡Diga! —respondió Isabel.

—Soy Sara Vega. Hemos hablado por teléfono.

Accedió a la urbanización, llamando de nuevo al telefonillo que daba acceso al portal, y se abrió la puerta sin recibir contestación.

Cuando se abrió la puerta de la casa, vio a una mujer con gesto triste, ojeras marcadas y voz suave. Su ropa le hizo pensar que no tenía pensado salir de casa esa mañana. Vestía con pantalón elástico, que debía utilizar solo para estar en casa, una camiseta descolorida y zapatillas de casa. Había tenido tiempo para cambiarse antes de recibirla, pero no parecía importarle demasiado su aspecto.

—¿Puedo pasar? —preguntó Sara, tras mirarla de arriba a abajo.

—¡Claro! Pase. ¿Quiere tomar algo? —dijo con una media sonrisa que no conseguía transmitir más que tristeza.

—Supongo que sabe que vengo a hacerle unas preguntas sobre el asesinato de una compañera de trabajo de su marido. Luna Campos. Son pura rutina.

Aquella mujer parecía estar en otra parte y tardó en reaccionar.

—Disculpe, pero tomo medicación y me cuesta concentrarme. Mi marido me lo ha contado. Es una pena.

—¿Conocía a Luna?

—No mucho, la verdad. La vi alguna vez, hace tiempo.

—¿Su marido le hablaba de ella?

—No especialmente. Me contaba cómo le había ido en el trabajo y me hablaba de sus

compañeros. En casa han estado muchas veces Daniel y Óscar. ¿Los conoce?

No respondió a la pregunta.

—¿Recuerda lo que hizo el pasado martes?

—Hoy es jueves, ¿verdad? —Sara asintió con la cabeza—. Estuve aquí, como todos los días, con mis tareas, hasta que llegó mi marido de trabajar. Estuvimos juntos hasta que vinieron a buscar a Mario. Se toman unas cervezas de vez en cuando. Se lo pasan bien.

—¿No salió en toda la tarde de casa?

—No. Estuve aquí toda la tarde. No salgo mucho.

Estaba siendo complicado expresarse de una forma que le siguiera la conversación.

—Me refiero a su marido.

—¡Ah! Perdóneme. Cuando viene, siempre estamos juntos. Tenemos un pinar aquí mismo — señaló hacia una ventana—. Nos vamos a pasear o nos quedamos en casa. Depende del día.

—Me refiero al martes.

—Un martes de cada dos suelen quedar a tomar algo. Estuvo conmigo, ayudándome con la casa para ganarse unas cervezas. —sonrió—. Seguro. Estuvimos toda la tarde hasta que vinieron sus amigos. ¿Sabe? no me gusta hablar de mis cosas, pero no estoy pasando un buen momento y mi marido me cuida mucho. Es muy buena persona y pasa todo el tiempo que puede conmigo. Hemos intentado tener hijos y Dios no nos los ha querido dar. No me queda otro remedio que pensar así, pero gracias a él estoy intentando seguir con mi vida...

El interrogatorio se había convertido en una terapia de apoyo, y esperó al momento adecuado para poder salir de allí sin ser grosera. Cuando bajó, fue a visitar al portero, que le confirmó que vio llegar a Mario aquella tarde y que la siguiente vez que lo vio fue para salir con unos amigos que le estaban esperando en la puerta. Estuvo allí toda la tarde en la caseta y lo aseguró tajantemente. Su coartada se confirmaba. Le mandó un whatsapp a Saúl y arrancó el coche.

Cuando Nacho volvió, confirmando que Mario no había llamado a nadie y se encontraba dando clase, llamaron a Daniel para tomarle declaración. En aquel momento, Sara se estaría dirigiendo a hacer una visita a la mujer de Mario.

—Buenos días, señor Santos. Por favor...

Extendió su mano, posándola en la silla.

—Buenos días.

Aceptó la invitación a sentarse.

—Entiendo que ya está al tanto de todo. Sus compañeros le han informado. Luna fue asesinada y queremos conocer su versión de lo que ocurrió.

—¿Disculpe?

Se sintió atacado y el nerviosismo se apoderó de su voz.

—Me refiero a que necesitamos conocer su relación con Luna.

—¿Mi relación con Luna? No sé a qué se refiere. Luna y yo teníamos una relación de compañeros de trabajo. Vivimos cerca y nos llevábamos bien.

—¿Volvían del trabajo juntos en ocasiones?

—Así es. Como le he dicho, vivimos cerca y cuando coincidíamos en horarios, íbamos juntos, pero nunca ha existido nada entre nosotros —respondió, enfadado.

—¿Podría decirnos qué hizo al salir de trabajar?

—No recuerdo bien la hora en la que salí, pero debían ser la seis. Tenía que recoger un paquete en Correos. Se lo confirmarán. Luego me fui a casa. Tengo un pequeño gimnasio en la planta de abajo y estuve haciendo ejercicio. Me duché y fui a buscar a Óscar y Mario para tomar algo.

—¿Alguien puede confirmarlo?

—Cuando llegué a casa estaba mi hijo, pero se marchó al poco tiempo. Había quedado con su novia.

—¿Alguien más? ¿Está casado?

—Sí, estoy casado. Mi mujer es médico y estaba trabajando, llegó sobre las doce de la noche, y mi hija estaba en clase. Tiene turno de tarde.

Comenzó a ponerse aún más nervioso.

—Es decir, que no tiene ninguna coartada.

Decidió atacarle y provocar alguna reacción.

—Supongo que no, pero es la verdad. Algún vecino puede que viera mi coche aparcado.

—Vive cerca de la víctima, ¿verdad?

—No me gusta lo que está insinuando. Yo no he hecho nada. Tenía una buena relación con Luna y estoy muy afectado con lo que le ha ocurrido. Puede pensar lo que quiera, pero estoy muy tranquilo. ¡Por favor! Si va a seguir cuestionando lo que digo, no estoy dispuesto a escucharle. Si quiere detenerme, ¡adelante!

—No hemos venido a detener a nadie. Tan solo buscamos respuestas.

—Entiendo que busquen respuestas, pero no entiendo qué pinto en todo esto.

—Le voy a explicar cómo funciona esto. Ha habido un asesinato y debemos hablar con todos

los que tienen relación con la víctima, y usted parece que es bastante cercano a ella. Cuanto menos colabore, más suspicacias despertará. Eso depende de usted.

Daniel intentó relajarse. Suspiró profundamente y colocó las manos encima de la mesa, entrelazando los dedos de las dos manos en señal de colaboración.

—Luna y yo nos llevábamos bien, pero tan solo teníamos relación dentro del trabajo. Eso incluye desplazarse desde casa y vuelta. Nunca quedamos solos, ni nos llamábamos por teléfono. Cuando podíamos cuadrar horarios, lo hablábamos en el trabajo y ahí se acababa todo. Nadie comienza el día buscando una coartada por si ocurre algo. No la tengo, pero tampoco consiento que se dude de mi palabra.

—Que quede claro que no le estoy acusando de nada, pero entenderá que, si no tiene coartada, tenían cierta relación y vive muy cerca, debemos investigar para descartarle.

—Pues busquen pruebas. Le he dicho todo lo que sé.

Volvió a sentirse atacado. Empujó la silla bruscamente y salió de la sala.

Blanca fue a por el tercer café de la mañana. Cuando volvió a su mesa, se dio cuenta que llevaba un rato sin escuchar nada. El silencio le desconcertaba, pero no se había dado cuenta de que había acabado la lista de reproducción que tenía puesta en Spotify. Introdujo la clave de su teléfono móvil y comenzó a escuchar una lista de radio de uno de sus grupos favoritos. “Theory of a Deadman”. Lo había descubierto gracias a este tipo de listas y le gustaba seguir escuchando nuevos grupos, para llenar las horas que se pasaba sentada frente al ordenador.

Volvió a retomar el trabajo y a repasar cada punto. Tenía las llamadas telefónicas de Luna; las redes sociales tampoco le daban mucho con lo que trabajar, al margen de los contactos que tenía agregados; el whatsapp no le proporcionaba más información; tampoco tenían imágenes de cámaras en la zona donde residía y no tenía cámaras de seguridad en la casa. Tan solo una alarma que se encontraba desconectada. No entendía muy bien cómo, alguien que tenía ese casoplón, no invertía más dinero en seguridad. La casa del testigo que llamó a la Policía sí tenía cámaras en su casa, pero estaba prohibido que grabaran hacia la calle. No tenía absolutamente nada.

Esa mañana les habían dado acceso a sus llamadas telefónicas y a las de su marido. Línea a línea, accedía a cada una de ellas. El extracto de Luna cuadraba perfectamente con lo encontrado en su teléfono. Desde luego, si quería mantener en secreto su relación con el hombre misterioso, lo había conseguido. Puede que borrara los mensajes de whatsapp, o que tuviera otro teléfono para comunicarse.

Su marido, sin embargo, tenía una extensa lista de llamadas. En el teléfono del trabajo, era imposible detenerse en un número para comprobarlo. Cientos de llamadas a la semana. Con su número particular, prácticamente no tenía ninguna.

—¡Vaya mierda de caso! Aquí no hay nada —refunfuñó, repleta de impotencia.

La cafetería de la facultad de Ciencias de la Información rebosaba de chavales con espíritu primaveral. Muchos de ellos, tan solo entraban para comprar un bocadillo, salir a la calle con sus amigos y acompañar el bocata con un no tan improvisado botellón. Parecía que no había huecos para colocarse, pero no podía compararse con lo que ocurriría la noche siguiente. El viernes, la plaza y los jardines de la estación de metro de Ciudad Universitaria se convertirían en un macrobotellón, que dejaría todo lleno de botellas vacías y algunos desperfectos.

En una mesa de la cafetería se habían reunido varios profesores, entre los que se encontraban Óscar, Usue, Mario y Daniel. Comentaban con tono moderado lo ocurrido. Era la comidilla del profesorado.

—Han pasado menos de dos días y todavía no me lo creo.

Comenzó la tertulia Fabián, uno de los profesores.

—Parece de película. ¿Por qué no nos dicen qué ha pasado exactamente? Me parece lamentable que nos hagan preguntas como si fuéramos asesinos.

Continuó otro profesor sensiblemente ofendido.

—Parece lógico que no nos den ningún detalle. Si lo hicieran, darían información al que lo hizo —intervino Mario.

—¿Estás diciendo que alguno tenemos algo que ver? —respondió, nuevamente ofendido.

—¡Sí que estamos susceptibles! Lo único que digo es que están realizando su trabajo. Si no tienes nada que esconder, no debería molestarte. Responde a sus preguntas y a seguir con tu vida. A mí también me han molestado, pero no vale de nada enfadarse.

—Hablas como si no te importara Luna —acusó Usue.

—Sabes muy bien que no es lo que he dicho. Claro que me importa. No estamos hablando de Luna, sino de la Policía. Estoy alucinado y también muy triste. Lo que espero es que pillen a ese hijo de puta.

—Me preguntaron de todo. Hablé con ella ese mismo día y les mentí —irrumpió Usue, agachando la cabeza.

—¿Cómo? Cuenta, por favor.

Se incorporó Óscar a la conversación.

—Hay algo que no sabíais ninguno. Luna me llamaba de vez en cuando para desahogarse. Ese mismo día hablé con ella, pero no noté nada raro. No paro de darle vueltas y no consigo ver nada que me llamara la atención. Fue como cualquier otro día.

—¿Qué es lo que no sabemos? —dijeron varios a la vez.

—No sé si debo decirlo hasta que no se aclare todo, no vaya a ser que la líe otra vez y al final me busque un problema.

Todos se quedaron callados en un primer momento, pero la naturaleza de cada uno siempre se abre paso y no consiguieron controlar las ansias de preguntar.

—No saldrá de aquí, te lo prometo —dijo una de las profesoras.

La cara de Usue reflejaba que un ángel le aconsejaba no hablar de ese tema, y un diablillo quería que soltara todo lo que tenía dentro, para quitarse un peso de encima.

—Luna tenía una aventura.

Lo soltó de repente y en ese mismo momento supo que había cometido un error, pero ya lo había dicho.

—¡No jodas! —dijo Fabián—. ¿Luna tenía una aventura? ¿Con quién?

—No lo sé. Nunca me dijo el nombre. Quería llevarlo en secreto.

—¿Y se lo dijiste a la Policía?

—Sí. No tenía intención de hacerlo, pero me contradije negando que había hablado con ella ese día y no quería que pensarán que podría haber tenido algo que ver. Mi intención era no echarle mierda encima, pero cuando lo pensé más detenidamente al salir del interrogatorio, supe que había sido una imbécil. Puede que sea ese hombre, y me iba a guardar su historia para mí.

—Te entiendo —consoló Mario a su compañera—. Pero has hecho bien, así pueden investigar quién era ese hombre y que se haga justicia. Supongo que encontrarán llamadas entre ambos, o algo que le involucre.

—Espero que sea así. ¡Pobre Luna! No me creo que no la vaya a volver a ver.

Pasaban unos minutos de las tres de la tarde, y toda la plantilla se encontraba de nuevo en las instalaciones. Llegaba la hora de volver a poner encima de la mesa todo lo que tenían. Saúl hizo un repaso rápido para ponerse en situación.

—Comenzamos. A las ocho y media de la noche del martes, el único testigo que por desgracia tenemos, deja de oír la discusión que se mantenía dentro de la casa. A las ocho y cincuenta y dos minutos, mientras vuelve de tirar la basura, ve a lo lejos salir corriendo de la casa a un hombre, con una sudadera oscura que impide verle la cara. Suponiendo que el momento en que dejaron de oír la discusión fuera el momento en el que se ejecutó el asesinato, aquel hombre estuvo dentro de la casa durante veintidós minutos. Hasta que no aporte datos la Científica, no sabemos qué pudo hacer durante esos minutos, pero vamos a lo que sí sabemos. El asesino dejó un mensaje que no podemos pasar por alto. ¿Hemos investigado esto durante la mañana?

—He pedido informes de otros casos que puedan tener similitudes. Estoy esperando a que me los manden para revisarlos —dijo Ernesto—. Mientras tanto, he estado leyendo versículos de la Biblia, concretamente de *Hebreos*. La verdad es que me ha causado sorpresa. He encontrado muchos versículos diciendo que el tiempo se ha cumplido, arrepentíos; el que no crea en el evangelio será condenado, y cosas así. Sé que parece que estoy soltando algo encima de la mesa sin ningún sentido, pero en mi opinión, es un versículo que hace clara alusión a una infidelidad. Comprobemos si hay algún caso que tenga similitudes, pero teniendo en cuenta que tenía una relación y que su marido no estaba en casa, estoy algo confundido.

—Esperemos entonces. Ojalá que no sea así, pero si atamos cabos con un nuevo cadáver con otro mensaje, sería una mala noticia. Hay que ver si esa infidelidad es la causante de todo esto.

Ernesto respiró ante la respuesta de Saúl.

—¿Alguna imagen de cámaras de tráfico? ¡Dadme algo, por Dios!

—Nos han enviado todas las imágenes de tráfico de la Carretera de la Coruña. He repasado las imágenes desde las ocho y cincuenta dos —dijo Blanca—. Es difícil saber qué coche estamos buscando, si es que lo hay, pero hay uno que sí he podido localizar. Es el coche de Daniel Santos. La primera imagen que le ha captado es a las nueve y diez minutos. Iba solo en dirección Madrid, pero tampoco es un dato relevante, puesto que no llevaba sudadera. Ampliando la imagen, parece que llevaba camisa.

—No, no lo es. Podría haberse quitado la sudadera. En todo caso, iba hacia Majadahonda a reunirse con sus compañeros. Necesitamos algo más —Saúl se sentía impotente. No había pasado mucho tiempo, pero las primeras horas eran muy importantes y no tenían nada sólido para llevarse a la boca—. La vivienda está muy cercana al tren. ¿Has podido obtener las imágenes de Cercanías?

—También las tengo. No he encontrado nada. Ninguna imagen que coincida con caras conocidas. Seguiré con ellas, pero por ahora no tenemos nada.

—Seguimos. A las nueve y diez de la noche llegaron los dos agentes que encontraron a Luna sin vida. ¿Qué más?

—Del día del asesinato, estamos a la espera de que hayan encontrado pruebas —dijo Sara—. A partir de ahí, hemos interrogado a sus compañeros de trabajo que, a excepción de Daniel, todos

tienen coartada. Al igual que Arturo, el padre de Luna, que no tiene coartada, pero no le veo echando una carrera para huir.

—Tampoco hemos sacado nada de las malditas redes sociales —intervino Blanca—. Ni llamadas, ni nada de nada.

—¡Algo tiene que haber, joder! —exclamó Saúl, desesperado.

—Todavía nos queda por delante hablar con su hermana, Iria —recordó Ernesto—. Mañana por la mañana viene a Madrid.

Se hizo el silencio ante la falta de pruebas.

—Seguid buscando —inquirió Saúl—. Tenemos toda la tarde, y recemos porque mañana la autopsia y la Científica nos den más información.

El movimiento frenético que había acompañado a los dos primeros días fue ralentizándose aquella tarde. Habían interrogado a gran parte de su círculo más cercano y se encontraban en un punto muerto, que les impedía avanzar.

—Las ocho y media —dijo Saúl en voz alta, para que le escucharan todos desde sus mesas—. Mañana será otro día. ¿Quién se toma unas cañitas?

—Yo me apunto —respondió Ernesto.

—¿Por qué no? Necesito que vuelvan las neuronas a mi cabeza —bromeó Sara.

—¡Vamos para dentro! ¿Nos vamos a un karaoke? —preguntó Blanca, mientras cogía un bolígrafo con la mano, abriendo la boca de forma exagerada como si estuviera cantando.

—Cuando salgas con chavalitos te puedes ir al karaoke. Aquí estás con gente seria —rio Saúl, echando por tierra su plan—. Nacho, ¿te apuntas?

—Claro, pero yo tampoco me meto en un karaoke.

—¡Pringaos! —exclamó Blanca, ante la falta de ritmo de sus compañeros.

Bajaron a la calle, cruzaron a la otra acera y caminaron unos diez minutos, hasta llegar a un bar de copas llamado “La Nuit”. Los jueves tenía buen ambiente desde horas más o menos tempranas de la noche. Un bar bien decorado, con cuadros de películas francesas y vitrinas que contenían botellas de champagne, ginebras francesas y todo tipo de bebidas. Solían ir cuando necesitaban reestructurar la cabeza. Un poco de entretenimiento aclaraba las ideas y les proporcionaba la desconexión que anhelaban.

—Ustedes primero —dijo Saúl indicando la puerta de entrada.

—Gracias, caballero —respondió Blanca, reclinando la cabeza.

Entró bailando, dejando claro quién era la más juerguista del grupo. Se dirigió a una mesa alta en el centro del local, mientras Saúl y Ernesto se acercaban a la barra para pedir las consumiciones. No necesitaban preguntar lo que quería tomar cada uno. Blanca siempre pedía London nº1 con tónica Fever Tree; Sara era más de whisky y su preferencia era Black Label; Saúl era algo más exquisito y su favorito era uno japonés, Nikka From the Barrel; Ernesto y Nacho tan solo pedían gin tonic así que, para no marear al camarero, tres London.

A pesar del nombre del local, la música era muy variada, cosa que agradaba a todos. Tenían estilos muy distintos y el volumen permitía hablar sin tener que dar gritos y acercar la oreja, en una escena muy típica en otros bares de la zona.

—¿Qué tal tus hijos? —preguntó Sara a Saúl.

Tenían la costumbre de no hablar de temas personales mientras estaban trabajando, ni del día a día del trabajo en los momentos de ocio.

—Bien. Como siempre. Hablamos todos los días por videollamada, así que no me puedo quejar. Se están haciendo muy mayores.

Sara sonrió, mostrando su empatía hacia él. Sabía que no vivir con ellos fue un palo muy duro y todavía no lo había superado.

—Hay más trabajo en Madrid. Cuando crezcan, puede que se vengan a vivir aquí —opinó Ernesto, queriendo animar.

—Para eso queda mucho tiempo. El mayor tiene quince años y, además, prefiero que se queden allí. Aquí hay demasiada gente, demasiados atascos, demasiada contaminación, demasiado de todo. Me gustaría que pudieran vivir la vida sin sentir que el hígado se te sale por la boca.

—¡Cómo te gusta vivir aquí! —dijo Blanca.

—No te lo puedes ni imaginar. A veces me planteo cómo sería mi vida en un sitio más tranquilo, y no tengo claro si al bajar el ritmo de trabajo me daría cuenta de que no tengo una vida o, por el contrario, me daría cuenta de que es lo que he deseado siempre. Así que, como la mayoría de los mortales, no hago nada y dejo que la vida decida por mí.

—Estamos muy trascendentales. Espera a resolver el caso y ya me dirás si se te ha pasado —sugirió Sara.

Blanca se levantó de su silla y decidió parar la conversación.

—Yo no tengo ni pareja. No os quejéis tanto. Llevo toda mi vida en Madrid y aquí hay de todo. ¿Dónde tendríais esta marchita un jueves en otro sitio?

Comenzaron a sonreír con caras de complicidad. Sara sabía muy bien cuándo la noche se iba a volver aburrida y no quería salir de trabajar para lamerse las heridas en una terapia de grupo.

—¡Venga! Que estamos de marcha.

—Estoy con la del karaoke —intervino Nacho, que solía ser el más callado de todos —Un brindis por nosotros.

Chocaron las copas unos con otros.

Ninguno de ellos tenía una familia, a excepción de Saúl. Sara estuvo casada durante dos años, pero su ritmo de trabajo no le permitía tener hijos. Este fue el detonante de su ruptura y desde entonces se había centrado, casi en exclusiva, en lo que más le gustaba. Ser policía. Realmente, no le afectó la separación. Prácticamente no hablaban y cuando lo hacían, era para ser recriminada por la relación tan lejana que habían creado. Siempre supo que no era el hombre de su vida y lo olvidó sin mayores problemas.

Blanca era un espíritu libre. Nunca tenía pareja estable. Decía que no había nacido para aguantar a otra persona todos los días de su vida. Cuando alguna de sus relaciones sugería un paso más, daba un golpe encima de la mesa y dejaba claro que no era el camino que quería seguir.

—Otra copita, ¿a quién le traigo una? Ofreció traerles una más a sus compañeros, mientras su cuerpo se movía al ritmo de la música.

—Yo no quiero más, Blanca. Todavía no la he terminado.

—¡Vamos, jefe! Que veo que te piras en diez minutos. ¿Ernesto?

—Venga, pídemme otra.

Ernesto pasaba de los cuarenta. Tenía una relación que duraba dos años. Se compaginaban bien, aunque no se vieran todo el tiempo que querían. Su pareja era policía en una comisaría del centro de Madrid. Se conocieron en uno de los casos que llevaron y acabaron viviendo juntos.

—Aquí la tienes. ¿Qué tal Cristina? Dile que se pase un ratito.

—Todavía está trabajando. Está con mucho papeleo en la comisaría. Me ha dicho que la llame cuando vuelva a casa y nos vemos allí.

—¡Otro que se va pronto! Me vais a obligar a hablar con extraños y mi madre siempre me ha dicho que no haga esas cosas —dijo, pícaramente.

—Me tomo esta y me voy. Lo siento.

—¿Nacho?

—Yo también me iré pronto. Creo que han montado fiesta en casa. Te puedes venir.

—No me provoques, que te la lío parda en la fiesta.

Nacho era el más joven del grupo. Tenía veintisiete años y vivía con unos amigos en la zona de La Latina. Su carácter dentro del trabajo no se correspondía con la persona abierta que era en sus círculos más íntimos. Llevaba tan solo un año en la Unidad y estaba aprendiendo a desenvolverse. Además, sentía que no tenía mucho en común, pero se llevaba bien con todos y sabía que no le vendría mal hacer piña, acudiendo a tomarse una copa de vez en cuando.

El reloj marcaba las once de la noche, y a la mañana siguiente recibirían el informe de la autopsia que tanto estaban esperando. Se despidieron con las fuerzas recuperadas, para descansar ante el día tan intenso que les aguardaba. Por fin tendrían buenas noticias, aunque todavía no lo sabían.

A la mañana siguiente, cuando Saúl y Nacho llegaron al Instituto Anatómico Forense, Sara y Ernesto seguían esperando recibir el informe de la autopsia. El doctor Cañas les había llamado y, sin embargo, estaba haciéndoles esperar.

—¡Qué malas caras veo!

Saúl hurgó en la herida.

—Llevamos más de cuarenta minutos esperando. Por su bien, que esté con algo importante. — dijo Sara con su carácter habitual, cuando las cosas no salían como quería.

Seguían dando vueltas a los interrogatorios del día anterior.

—Interrogamos a Daniel Santos y Mario Osuna. Parece que Mario tiene coartada, pero hay que seguir con Daniel. Vive muy cerca de la víctima, compartían coche para ir a trabajar en algunas ocasiones y nos dice que no tiene coartada que podamos comprobar. Estuvo en casa desde que llegó de trabajar, supuestamente haciendo ejercicios en su gimnasio, hasta que fue a buscar a sus compañeros para salir a tomar algo.

Saúl nunca daba nada por sentado y, ante la más mínima duda, llegaba hasta el fondo del asunto.

—Coinciden en todo los tres —apuntó Nacho.

—Sabemos que quedaron los tres, pero los hechos se produjeron media hora antes y el trayecto desde la casa de Luna a Majadahonda se hace en menos de quince minutos.

Saúl clavó la mirada en su compañero.

—Por lo menos, tenemos algo con lo que empezar. Hasta ahora no teníamos ninguna línea de investigación real —dijo Sara—. A ver que nos dice la autopsia y la Científica, y comenzamos a unir el rompecabezas.

Por fin, apareció el doctor Cañas, con las manos unidas en señal de pedir disculpas y una media sonrisa que buscaba no recibir el enfado que se percibía en el gesto de Sara.

—¡Perdón, perdón, perdón...! He tenido que atender un tema importante. ¿Pasamos?

No recibió respuesta, pero consiguió no provocar una reprimenda. Siguieron sus pasos y entraron los cuatro.

Sobre una camilla, el cuerpo desnudo de la víctima demandaba la atención nada más entrar.

—Os cuento. Ya os dije que examinamos de manera exhaustiva la parte visible del cuerpo. No encontramos nada en fluidos. Tampoco hay signos de violación. El cuerpo fue depurado de pruebas con un lavado con agua y jabón, por lo que no hemos encontrado huellas, aunque no fueran a ser concluyentes, ni pelos, ni nada de nada. El análisis toxicológico nos dice que no hay drogas o productos químicos en la sangre.

—No me digas que no has encontrado nada, por favor —dijo Sara, cabizbaja.

—Lo bueno para el final. Te puedo decir que he hallado pruebas de un maltrato crónico. Podemos saber el historial de maltratos por la regeneración de los huesos. Lo que me llama la atención es que estamos hablando de lesiones de hace más de treinta años. Hay fracturas antiguas, pero ninguna de ellas es actual. Sufrió maltrato cuando era niña, pero no ha tenido nuevas fracturas desde entonces, por lo que no recibió ningún golpe durante el asesinato. Me refiero al cuerpo. La fractura de la cabeza es la causante de la muerte.

—¿No murió por las puñaladas? —dijo Nacho, sorprendido.

—No. Las cuatro puñaladas fueron en el abdomen, tórax, omóplato y corazón, con un cuchillo de cocina, que por desgracia es muy habitual en todas las casas. Se venden en masa por internet. La víctima tenía uno en casa que coincide, pero solo tiene las huellas de Luna en el mango. Si lo cogió con los guantes, puede que se trate de ese cuchillo, o puede que el asesino llevara el suyo, o tuvieran en casa otro similar y haya desaparecido, pero la causa de la muerte se debe al impacto que recibió en la parte posterior del cráneo. Hay una fractura con hundimiento en el cráneo, con depresión del hueso hacia el cerebro. Esto quiere decir que sufrió un golpe que destruyó el cráneo y llegó a los tejidos del cerebro. Ya estaba muerta cuando recibió las puñaladas. También lo estaba cuando le realizaron las incisiones con el cúter.

—¿Sabemos con qué objeto recibió el impacto? —preguntó Ernesto.

—El golpe parece haberse infligido con un objeto de mármol o un material similar redondeado. No hay cortes, por lo que descarto que fuera puntiagudo. Todo hace indicar que se trata de alguna figura de mármol.

—¿Nos podemos llevar ya el informe?

Saúl miró al doctor con la mano extendida.

—¡Espera! Que ahora viene lo bueno. Los restos hallados debajo de las uñas no son suyos, pero tienen ciertas similitudes, lo que nos hace pensar que se trata de un familiar. Os cuento. Hay unos porcentajes de ADN compartido. Si se trata de un 25%, podría ser de sobrinos, tíos... Pero cuando supera el 50% creemos que puede ser de una familiar más directa, es decir, padres y hermanos de la persona fallecida. El problema está en la interpretación de los resultados. Para asegurarnos, tendríais que hacer venir a los familiares más directos, para que podamos comparar los restos obtenidos en la víctima. Con las pruebas que realicemos, podremos decir con exactitud si se trata de esa persona.

—¿Podemos creer, entonces, que se trata de su padre? preguntó Sara, sorprendida.

—Es todo lo que puedo deciros. Podría ser de algún hermano o de la madre.

—Su madre murió hace muchos años —aclaró Nacho.

—Tiene una hermana solamente —puntualizó Ernesto—. Por lo que, si conseguimos el ADN de su padre y su hermana, deberíamos aclarar si se trata de alguno de ellos. Aunque por lo que vio el testigo, se trataba de un hombre.

—No podemos descartar que se trate de una mujer —dijo Sara—. Lo único que vio es que iba tapado con una capucha, pero podría tratarse de una mujer. Los ojos ven lo que ven, pero es imposible asegurarlo.

—Dijo que mediría entre metro setenta o metro ochenta, aproximadamente. Veremos si su hermana tiene una altura similar —replicó Ernesto.

—¿Crees que una persona cualquiera puede saber, a simple vista, la altura de una persona que va corriendo? Sin contar el estado de nervios que pudiera tener en ese momento. No lo veo concluyente.

Parecía lógico pensar que, con la descripción de un solo testigo, los datos podrían ser poco fiables como para descartar cualquier escenario. Debían realizar esas pruebas para estar seguros de la persona a la que pertenecían los restos hallados bajo las uñas de Luna y, a partir de ahí, jugar con esos datos para poner orden a la investigación.

El doctor se mantenía al margen de las cábalas que iban y venían. Su trabajo no consistía en especular. Se limitaba a dar datos concretos obtenidos de la autopsia y ahí se acababa su trabajo. Recogió el informe para entregárselo.

—Gracias por todo. Pasa buen día —Se despidió Ernesto.

Todos respondieron con un saludo y se marcharon de inmediato.

Mientras salían del Instituto Anatómico Forense, no cruzaron ni una sola palabra. Traspasaron la puerta de salida y Saúl se detuvo en seco con cara de pocos amigos.

—Necesitamos comparar el ADN para ver de quién se trata.

—Yo he quedado en media hora con su hermana —informó Ernesto.

—Hablemos primero con ella y me llamas en cuanto hayas terminado. Que se haga la prueba. Sara y yo iremos a visitar a su padre, estaremos tomando un café en la terraza donde os reunisteis y hablamos con los camareros mientras tanto.

Nacho y Ernesto volvieron para reunirse con Iria Campos. Cuando llegaron, Rocío les informó que Iria se encontraba allí. Se había adelantado. Estaba esperando en una de las salas de interrogatorios. Primero, la observaron por la pecera. Era una mujer muy guapa, muy parecida a Luna, pero sus tres años menos, no reflejaban la diferencia real que había entre ellas. Iria no paraba de moverse. No había sido capaz de sentarse y ojeaba la estancia, acercándose al cristal, preguntándose si habría alguien al otro lado. Había dos cámaras, una en cada pared y se sentía intimidada. Nunca había estado en un lugar como ese.

Los dos agentes entraron en la sala, cerrando la puerta cuidadosamente.

—Hola Iria. Soy Ernesto, hablé ayer con usted. Siento mucho lo ocurrido. Mi compañero es Nacho Álamo —Se saludaron dándose la mano—. Siéntese por favor. ¿Le han ofrecido algo de beber?

—Sí. Me han ofrecido. Estoy bien. Muchas gracias.

—En primer lugar, gracias por venir y siento su pérdida —Iria agradeció con la cabeza—. Me gustaría hacerle algunas preguntas.

—Por supuesto.

Tenía los ojos enrojecidos y un tono de voz algo quebrado.

—Estamos investigando en diferentes frentes y usted nos podría ayudar a conocer mejor a su hermana. Si tenía algún problema o le dijo si le preocupaba algo.

—Hablabamos dos, tres veces al mes. Algunas veces un poco más. Teníamos una buena relación, pero nos preguntábamos por los niños, el trabajo y cosas así. Nunca me dio la impresión de que le ocurriera nada.

—¿Le hablaba alguna vez de su marido o de su padre?

—Intentaba no hablar demasiado de su marido. Hacía algún tiempo que no pasaban por su mejor momento y no le veíamos mucho. Nos reuníamos en cumpleaños, navidades y fechas especiales, sobre todo, pero Julio siempre estaba viajando y no estaba presente en la mayoría de las celebraciones.

—¿Y su padre?

—Mi padre no ha venido nunca. Ni a mi marido ni a Julio les gustaba verle.

—¿No tenían relación con él?

—Luna y yo, sobre todo Luna, que vivía más cerca, sí le veíamos de vez en cuando, pero se lo ocultábamos a nuestras parejas.

—¿Cuál era la razón?

—Mi padre nunca se portó bien con nosotras y ellos no querían ni verle, por lo que le veíamos sin que lo supieran. No es que tengamos buenos recuerdos de él, pero es nuestro padre. Desde que enfermó, volvimos a retomar cierta relación con él.

—¿Qué le ocurre a su padre?

—Tiene una enfermedad rara. No saben muy bien qué es, pero afecta a los huesos. Hay días

que no se puede mover mucho y parece que es degenerativa, por lo que acabará en silla de ruedas. Supongo que, por pena, nos preocupamos por él de vez en cuando.

—Me dice que no las trataba bien. ¿A qué se refiere?

—Cuando murió mi madre, nosotras éramos pequeñas. Mi madre soportaba las palizas de mi padre y, de vez en cuando, nos soltaba a nosotras algún bofetón. Al morir ella, nos llevamos nosotras la peor parte —asomaban lágrimas por sus ojos mientras volvía a hablar de algo que hacía mucho tiempo que no salía de su boca—. Cuando mi hermana cumplió dieciocho años, se fue de casa y me llevó con ella. Yo tenía quince. Le dijo a mi padre, que, si se lo impedía, le denunciaría a la Policía, y nos dejó marchar. Estuvimos muchos años sin saber de él, hasta que un familiar nos informó que estaba enfermo. Luna y yo hablamos y decidimos visitarle. De eso hace unos cinco años.

—¿Cree que ha podido tener algo que ver con su muerte?

Iria se quedó sorprendida.

—¿Mi padre? —preguntó mientras le daba vueltas a la cabeza.

—¿Sabe si se han visto últimamente?

—No, que yo sepa, pero esta semana no he hablado con Luna.

—Por último, ¿podría decirme dónde se encontraba el miércoles por la tarde?

—Trabajando. Soy responsable de Recursos Humanos de una empresa en Segovia. Salí de trabajar sobre las siete de la tarde y me fui a casa con mi familia —dijo, sin inmutarse.

—Le agradezco mucho que haya venido. Le vuelvo a decir que siento mucho su pérdida. Creo que me ha ayudado mucho. ¡Ah! Una cosa más. Necesitamos que vaya a esta dirección —Le dio una tarjeta con los datos donde debía presentarse—. Le realizarán una prueba de ADN. Es sumamente importante.

—Claro. No hay problema —respondió sorprendida.

Aquel encuentro había servido para desgranar la relación que tenían Luna y su padre.

—Nacho, vamos a darles caña a los de Científica. Vamos a movernos rápido para que Saúl no nos pegue un rapapolvo. Llamamos a Saúl desde el coche.

Saúl y Sara habían estado preguntando a los camareros por Arturo Campos. Todos ellos le conocían. Casi todos los días bajaba de su casa a tomarse unos vinos con sus compañeros de barra. Pasaban horas hablando de fútbol. Aquella tarde no le habían visto por allí, pero recordaban que, de vez en cuando, su hija iba a visitarle. A veces daban un paseo por el Templo de Debod, que se encontraba justo en frente de su casa, y otras veces tomaban algo en el café. Como les ocurría a muchos de los asiduos de aquel bar, había que saber tratarlos. Pasaban horas bebiendo y para poder servirlos con mano izquierda, se necesitaba saber cuándo había que escucharlos asintiendo con la cabeza, como si estuvieran interesados en sus palabras, y cuándo era necesario dejar pasar algunos comentarios desacertados.

Mientras tomaban un café, Ernesto llamó por teléfono.

—Te escucho —dijo Saúl.

—He hablado con su hija y me ha dado datos muy interesantes. Las fracturas del cuerpo de Luna, ¿Recuerdas que el doctor Cañas nos dijo que había fracturas cicatrizadas de hace años?

—Hace como una hora de eso. Claro que lo recuerdo —sentenció Saúl al sentirse tratado por tonto.

—Parece que se las provocó su padre. Iria me ha contado que las dos niñas recibían palizas a menudo. Debido a esas palizas, acabaron por irse de casa y no han vuelto a tener relación hasta hace cinco años. El marido de Luna no sabía que le veía, porque tras lo que las hizo no la dejaba relacionarse con él.

Le dio todos los detalles que le había contado Iria.

—Gracias, Ernesto. Te cuelgo. Vamos a subir.

Llamaron al telefonillo. Durante unos segundos, nadie respondió. Volvió a llamar y consiguió el mismo resultado. Lo intentaron con otro piso.

—Policía. Abran la puerta por favor.

Al instante, entraron en el edificio. Cogieron el ascensor y salieron en la quinta planta. Llamaron al timbre.

—¡Diga! —voceó Arturo mientras ojeaba por la mirilla.

—Policía, venimos a hacerle unas preguntas.

—Ya estuvo la Policía ayer. No tengo mucho más que decir.

—He dicho que abra la puerta. Serán unos minutos.

Refunfuñando, acabó por abrir la puerta y dejó entrar a los dos agentes.

—¿Qué quieren saber ahora?

—No vamos a perder mucho tiempo, así que escuche con atención y sea sincero en su respuesta —dijo Sara, malhumorada.

Arturo se sentó en su sillón y levantó la mano para que preguntaran, emanando desprecio.

—¿Dónde estuvo el miércoles a las ocho de la tarde?

—Ya le dije al policía que vino ayer, que estuve aquí toda la tarde.

—¿Ha visto a su hija Luna en los últimos días?

—No. No la veo desde hace años.

—Sabemos que no es así. Le aconsejo que nos diga la verdad o me lo llevo detenido ahora

mismo.

Arturo vio que iba en serio y se disipó su indiferencia repentinamente.

—¡Está bien! Veo a mi hija de vez en cuando, pero su marido me mataría si sabe que estaba en contacto con ella.

—No está hablando con su marido. Esto es importante. Hemos encontrado pruebas que le pueden incriminar —acusó Sara sin la absoluta seguridad de que fuera así—. Sabemos que maltrataba a sus hijas cuando eran pequeñas.

Todavía se asustó más esta vez.

—¿A mí? ¿Qué pruebas? Y yo no he pegado a mis hijas en la vida. ¿Quién coño se cree que es?

—Hable usted primero —dijo Saúl. Se le agotaba la paciencia—. Hemos hablado con Iria y nos ha contado todo. Las palizas que sufría su madre y cómo usted comenzó a pegarlas cuando ella murió. La autopsia ha confirmado los maltratos. Por favor, ¡deje de tomarnos el pelo!

—Vi a mi hija el martes. Vino a verme y nos dimos un paseo por el parque. No sé lo que han podido encontrar, pero le aseguro que se equivoca de persona. ¿Sabe una cosa? Estoy muy mayor para ir a la cárcel —dejó surgir una sonrisa mientras se levantaba—. Así que se pueden ir de mi casa.

Señaló la puerta con el índice.

—Tiene que venir con nosotros a realizar unas pruebas de ADN.

—No voy a ningún sitio. Supongo que no pueden demostrar que maltratara a mis hijas. Ya han pasado muchos años. En todo caso, mi hija me dio una oportunidad y, aunque la relación no fuera como la de una hija que quiere a su padre, supo ver que ya no era aquella persona.

—Puede hacerlo por las buenas o podemos conseguir una orden.

—Consigan una orden. Me parece perfecto. Llevo mucho tiempo sin subir a un coche. Si van a venir a por mí, que llamen antes. No quiero que me molesten en la siesta —dijo señalando de nuevo a la puerta.

Sabían que no podían detenerlo todavía. Necesitaban más pruebas para procesarlo y, a regañadientes, salieron de la vivienda.

Iria se disponía a volver a Segovia hasta que les informaran del momento en el que podrían enterrar a su hermana. A juzgar por la información que había recibido, podría hacerlo el lunes siguiente, cuando la Científica hubiera concluido con su trabajo y, en el caso de que encontraran algo relevante, poder contrastarlo con el cadáver si fuera necesario. Antes de volver, ojeó la tarjeta que Ernesto le había facilitado y marcó el número de teléfono.

—Buenos días. Mi nombre es Iria Campos. Me ha dado su número el agente Ernesto Acosta...

El doctor interrumpió a Iria.

—Buenos días, señora Campos. Puede pasar a lo largo de la mañana. Quería informarle que debe permanecer aquí una hora antes de realizar la prueba de ADN. Ya le informarán a su llegada.

Iria volvió a coger la tarjeta, nada más colgar el teléfono, y abrió la aplicación del GPS para introducir la dirección. A los veinte minutos, había llegado.

Fue recibida por un colega del doctor Cañas, quien la acompañó a una sala. La informó que debería estar una hora esperando, sin comer ni beber nada, para evitar que las partículas o productos químicos que se pueden encontrar en la comida o bebida dificultara la extracción del ADN en la muestra, o que pudiera degradarlo. La prueba consistía en introducir en la boca bastoncillos con el extremo de algodón, llamados hisopos bucales. Dichos hisopos estaban envasados en sobres de diferentes colores. Comenzó la prueba, y el doctor la introdujo en la boca un hisopo estéril. Lo pasó repetidas veces por el lado interno de cada mejilla, para abarcar la totalidad del espacio. Cuando terminó, siguió con el proceso de conservación de la prueba, para que no alterara el resultado.

Hasta que pasaran unos días, no tendrían los resultados. Normalmente, el proceso se alargaba mínimo cinco días, pero en este tipo de casos, en dos días podrían tener la información que necesitaban.

Iria salió por la puerta dándole vueltas a la cabeza. Todavía no era capaz de asimilar lo que había ocurrido y necesitaba hablar con alguien. Llamó a su marido.

—¿Fede? —Insistió una y otra vez al no poder escuchar su voz.

Finalmente, se restableció la conexión.

—¿Qué tal ha ido? —Se interesó su marido.

—Acabo de salir de hacer la prueba de ADN.

—¿Cómo? —preguntó sorprendido.

—No sé. Supongo que es lo normal. Tengo ganas de volver a casa. Me han dicho que es muy probable que el lunes podamos enterrarla.

—Siento no poder estar ahí, contigo. ¿Te han dicho si saben qué ha podido ocurrir?

—No dicen nada. Parece que no sea mi hermana. Por ahora, me han dicho que están buscando pruebas, pero que no tienen a nadie detenido.

—¿Sospechan de alguien? ¿De Julio?

—¡No seas burro! Una cosa es que no te caiga bien y otra que pueda ser capaz de hacer algo así, pero me han preguntado por mi padre.

—¿Creen que tu padre ha tenido algo que ver? Hace mucho que no sabéis de él —dijo, confundido.

Iria se quedó callada durante un instante, nerviosa por lo que le iba a decir. Había mentido a su marido y era el momento de contárselo.

—Cuando vuelva hablaremos de este tema, pero hemos estado en contacto con él últimamente. ¡Por favor! No te enfades. Han sido veces contadas y sabía que no lo ibas a aprobar. Lo siento.

Se hizo el silencio e Iria se quedó con la respiración suspendida, sin saber cómo iba a reaccionar.

—¿Has estado viendo a ese hijo de puta?

De repente, se le cayó el mundo encima. Sabía que había engañado a su marido y que nunca entendería por qué lo había hecho.

—Hace un tiempo, me llamó Luna para decirme que mi padre estaba enfermo y que no paraba de repetir que no quería morir sin pedirnos perdón por lo que hizo. En un primer momento me negué, pero con el tiempo empecé a pensar que algún día podría arrepentirme. Es mi padre y todo el mundo merece una oportunidad. Nunca quise recuperar nada de lo que ya estaba perdido, pero no quería que terminara de esa manera.

Fede se quedó anonadado. Todo lo que estaba pasando era demasiado para él, así que no era capaz de imaginar lo que estaba sufriendo Iria. Se calmó en un instante e intentó apoyarla.

—Sinceramente, no lo entiendo, pero ya lo hablaremos. No te preocupes. Eso sí, prométeme que no me vas a volver a ocultar nada. Solo quiero ayudarte.

Iria respiró aliviada.

—Gracias por ser así. Te quiero mucho.

—Yo también te quiero. Vuelve a casa y descansa.

La sexta planta se debatía a diario entre los casos activos y la política. Saúl no soñaba con acceder a un puesto de una envergadura semejante. Tenía potestad sobre su trabajo y su tiempo. No era capaz de imaginar su día a día con las presiones que soportaba su jefe. En la cuarta y quinta planta, se respiraba un aroma policial, que se esfumaba precipitadamente al cruzar la puerta de la planta noble del edificio. Iago Arce era aquella persona que se ganaba el puesto de director de la UDEV, renunciando a tiempo de vida. Al menos, eran los comentarios que se intercambiaban en la cuarta y quinta planta. Un hombre serio y muy exigente, que dejaba trabajar a cada jefe de unidad, siempre que la investigación se manejara en unos tiempos razonables.

Tres días eran más que suficientes para tener los primeros datos de la investigación y hacer una visita de seguimiento. Debía dar parte a sus superiores y aquellas personas no querían escuchar que se estaba realizando un buen trabajo, ni que la investigación comenzaba a dar sus frutos. No eran policías. Algún día lo fueron, pero el poder hace que te acostumbres rápidamente a la comodidad de una sillón y a sus tejemanejes.

Saúl llegaba de su infructuosa visita a Arturo Campos, cuando vio sentado en su despacho a Iago. No era una situación que le hiciera demasiada gracia, pero no se quejaba del trato que recibía de su jefe. Era un peaje que debía pagar de vez en cuando.

—¡Iago! Me alegro de verte —exclamó Saúl mientras entraba en su despacho.

—Seguro que sí —ironizó el director.

—Supongo que se están poniendo nerviosos por ahí arriba.

—Ya sabes cómo va esto. Tienes suerte de que el asesinato se produjera el martes. Si llega a ser ayer, te pedirían las mismas explicaciones. ¡Mañana es sábado! ¿Quieres hacerles trabajar un sábado? —Hizo una pregunta retórica, sabiendo que el sábado algunos descansaban.

Saúl dejó caer una sonrisa mientras elevaba las cejas y emitía un suspiro de resignación.

—Estamos con varios frentes abiertos, pero la Científica está yendo muy lenta y es capital tener toda la información posible de la escena del crimen, para comenzar a unir piezas.

—Todo eso está muy bien, pero dime cuáles son esos frentes. Antes o después, los medios de comunicación soltarán la bomba y tenemos que tener algo, aunque no les digamos nada.

—Lo más relevante es que en la autopsia se han encontrado restos de ADN, que según nos dice el forense, parecen corresponder a un familiar directo. Lo de siempre. No es concluyente, ni mucho menos y debemos realizar la prueba a su hermana y a su padre, para confirmar o descartar.

—¿Y? —demandaba datos más concretos.

—Y tenemos un problema. Su hermana ha accedido, pero su padre no está dispuesto a hacerlo. Sara se va a encargar de redactar una orden y esperemos que el juez la firme cuanto antes, para no ralentizar demasiado la cosa.

—¿Cuál es tu sensación?

—Es pronto para decirlo, pero el padre está bastante cascado. Me sorprendería que fuera él.

—¿Y su hermana?

—Vive en Segovia. Se ha comprobado su cortada con la empresa y con su marido.

—¿Por qué solo os estáis centrando en su círculo? No parece una escena muy usual. Podría tratarse de algún asesino sin ninguna vinculación. Un enfermo mental.

—No está descartada esa teoría, pero por ahora no tenemos nada para tirar de esa cuerda. Ernesto está con ello. Si encontramos algo que podamos relacionar, te informo rápidamente. Lo que espero es que no se confirme esa teoría, porque tendríamos otro muerto y se complicarían mucho las cosas. Luego está el versículo. No sé si pensar que se trata de alguien cercano, que la haya podido matar por una infidelidad, o es un mensaje de alguien a quien no le funciona bien la cabeza.

Iago parecía un hombre muy tranquilo e incluso pasota, pero Saúl sabía que nunca olvidaba nada y que no admitía errores groseros. Si dejaba trabajar, es que hasta el momento las cosas se estaban haciendo bien, pero si comenzaba a estar encima con mayor presión, sabía que la paciencia se estaba acabando por allí arriba.

—Entiendo que con lo que encuentre la Científica, pronto me vas a dar buenas noticias.

Saúl asintió con la sonrisa asomando levemente, sabiendo lo que significaba.

—Por supuesto. Te mantengo informado.

Dio dos golpecitos encima de la mesa y abandonó el despacho de Saúl con su forma de caminar tan característica. Sus más de cien kilos y metro ochenta y cinco le daban una apariencia imponente, pero su forma de caminar, separando en exceso las piernas, le concedió el mote por el que se le conocía. “El oso”.

A poco más de una hora de Madrid, un hombre con la cara tapada con pasamontañas accedía a una sucursal bancaria, en el municipio de Talavera de la Reina. Iba acompañado por otros dos hombres. Dentro se encontraban cinco personas en la cola de la ventanilla de caja y otras dos realizaban sus gestiones con dos empleados de mesa.

Sacaron las armas y provocaron el desconcierto.

—Quiero a todo el mundo en el suelo ahora mismo —gritó uno de ellos—. ¡Vamos, coño! Todo el mundo al suelo y no quiero una sola cabeza levantada.

Nadie opuso resistencia.

—Vosotros —señaló a dos de los empleados—. Con ellos.

Un segundo atracador se dirigió a la caja mientras sus compañeros apuntaban con sus armas, moviéndola de un lado a otro.

—El dinero. ¡Ya!

La oficina no contaba con mampara de seguridad, como es cada vez más habitual en pequeñas sucursales, y pasó sin problemas por detrás del mostrador para apuntar a la cabeza al cajero.

—Tenemos reciclador, señor. Tiene un retardo de diez minutos. No puedo sacar nada.

El atracador señaló a los cajones de su izquierda y, con un movimiento brusco, dio un golpe con su arma a la chapa, exigiendo que los abriera. El cajero cogió el llavero. Le temblaban las manos y comenzó a sudar al ver que se le caían las llaves. Se agachó para recogerlas y abrió los cajones. Estaban repletos de billetes, preparados para la recogida de la empresa de seguridad.

—Así que nos has mentado, chavalín —dijo, sonriendo, uno de los atracadores.

Sabían perfectamente que ese día iba a haber un sobrante de dinero muy considerable en la oficina y tenían comprobados los días y horas en los que la empresa de seguridad debía hacer la recogida. Era habitual que, para no hacer esperar al camión blindado, unos minutos antes sacaran de la caja las bolsas del sobrante del día anterior. Sabían que esperar diez minutos a que se abriera el reciclador era demasiado arriesgado. Los empleados no iban a pulsar ningún botón de alarma. La vida vale más que un dinero que no es tuyo, pero había que salir rápido, puesto que cuanto más tiempo permanecieran dentro, más crecería el nerviosismo y por experiencia, las personas no reaccionan con lógica bajo presión.

Salieron de la sucursal. Un cuarto hombre esperaba fuera con el motor en marcha de un Ford Fiesta gris con matrícula de Toledo. Desaparecieron sin dejar rastro.

La Policía tardó en llegar menos de cinco minutos, después de recibir el aviso de atraco. Interrogaron a los clientes y empleados que se encontraban dentro en el momento del robo. Ninguna cara. Tan solo tres hombres con pasamontañas, pantalones vaqueros y camisetas largas, que evitaban ver algún tatuaje que pudiera comprometerlos. Las cámaras no aportaban nada nuevo. Sabían dónde estaba el dinero y sabían lo que hacían. Incluso si algún empleado hubiera presionado el botón, habrían salido antes de que llegara la Policía. Habían tardado en atracar menos de dos minutos.

El coche había sido robado un día antes del atraco y una hora después, apareció calcinado en una zona despoblada a quince kilómetros. Se habían llevado sesenta mil euros y se esfumaron

como si nunca hubiera ocurrido.

Al otro lado del teléfono, Sara sonreía como si hubiera conseguido una victoria. En apenas cuatro horas, consiguió la firma del juez para la detención de Arturo Campos. Tenía la orden en la mano que resolvía la petición de detención, con el fin de obligarle a la realización de pruebas de ADN.

—Hola Sara. Dame buenas noticias. Ya he recibido la primera visita de Iago.

—¡Joder! Empezamos pronto. Ya tenemos la orden. Estoy yendo ahora mismo a su casa.

—¿Estás sola?

—No. Estoy con Nacho. No te preocupes.

—Hola, jefe —saludó Nacho por el manos-libres.

—Hola, Nacho. Perfecto. Sabes que no lo podemos detener hasta tener los resultados.

—Lo sé. No soy nueva. Nos lo llevamos a que le realicen las pruebas y le devolvemos a su casa.

—Pues nada. A esperar. Parece que es lo único que hacemos. Buen trabajo, chicos.

Sara continuó conduciendo y aparcó en el Paseo del Pintor Rosales. Antes de bajar del coche, pudieron ver que Arturo estaba tomando un vino en la terraza, mientras leía el periódico deportivo.

—¡Qué gusto me da esto! Pedazo de cabrón.

Esta vez, la visita no iba a ser infructuosa. Saúl y ella tuvieron que salir de su casa con el rabo entre las piernas, soportando la prepotencia de un hombre al que parecía no importarle nada.

—¿Cómo está? —dijo Sara con una sonrisa que iluminaba su cara.

Arturo correspondió a la sonrisa y continuó leyendo el periódico como si hubieran terminado.

—Levántese. —ordenó Nacho con tono imperativo.

—¡Ya estamos otra vez! No pienso ir a ningún sitio. Dejen de intentar joderme. Estoy tomándome algo tranquilamente.

Nacho le cogió un brazo, retorciéndoselo hacia la espalda y le levantó de la silla.

El viejo comenzó a vociferar, soltando todo tipo de improperios, atrayendo las miradas del resto de mesas.

—¡Aquí tiene la orden!

Mientras esposaba a Arturo, Sara tiraba el documento encima de la mesa, apretando los dientes por el asco que le producía aquel individuo.

—Estáis viendo lo que me hacen. Esto es brutalidad policial. Os voy a denunciar, hijos de puta. Tengo a todos estos testigos que están viendo lo que está pasando.

La ira se apoderó de él, y las personas que se encontraban en el bar y los que pasaban caminando, se quedaron observando. Se resistía a ir con los agentes y tuvieron que cogerle entre los dos, para que no se echara al suelo. Lo introdujeron en el coche y se lo llevaron.

Veinte minutos después, entraban con el detenido. Sabía que no tenía nada que hacer para escaparse de aquello, pero la satisfacción del número que había montado era suficiente. Durante el trayecto no dijo una sola palabra, y a pesar de que Sara no estaba muy confiada en su colaboración, no opuso resistencia alguna a la toma de pruebas con un hisopo bucal. La espera de

más de una hora para que las pruebas no fueran alteradas por la bebida que había ingerido, no despertaron en el viejo ni un atisbo de impaciencia. Parecía otra persona muy distinta a la que habían conocido hasta ese momento. Un hombre calmado y sonriente. ¿Estaría bien de la cabeza? Se preguntaban los agentes viendo aquel derroche de simpatía. Se sentían descolocados e impacientes por conocer los resultados, y lo que estaban percibiendo se asemejaba más un hombre perturbado, que una persona con la mente clara.

Las tardes de los viernes no diferían ni un ápice de cualquier otro día, al menos en los agentes de campo. La cuarta y quinta planta solían estar casi desiertas buena parte de cada jornada, con apariciones recurrentes cuando los casos lo demandaban. La sexta planta era otra historia. Se asemejaba a cualquier otro trabajo de oficina y a excepción de los mandos que se debatían entre aquellos mundos paralelos, los ordenadores se tomaban un descanso hasta el próximo lunes. Por desgracia, cuando se investiga un crimen, no hay días libres.

La Policía Científica había concluido con todas las pruebas recogidas en la vivienda de Luna. Saúl ojeaba el informe con aparente nerviosismo, esperando leer algún dato concluyente que diera carpetazo a la investigación. En ocasiones ocurría y esperaba que esta fuera una de ellas.

Se habían encontrado huellas, como era habitual. Julio podría comprobar si la persona que tenía contratada para la limpieza de su casa se esmeraba en dejar todo impoluto, aunque en aquel momento no importara demasiado.

Trabajaba todas las mañanas, unas tres horas diarias. La casa tenía muchos metros y demandaba una dedicación importante para mantenerla limpia. Aquella persona trabajaba por la tarde en otra casa y dormía en ella. Por las mañanas llevaba a los niños al colegio, se marchaba de inmediato a la casa de Luna y Julio y cuando terminaba su horario, volvía a la primera casa para hacerse cargo de la limpieza, cuidado de los niños, comidas...

Según iba leyendo, subrayaba algunas partes. En la planta baja, concretamente en el hall y el salón, no se encontró ninguna huella. Habían fregado todo. No determinaban signos de forcejeo, por lo que la víctima no se esperaba el ataque o fue incapaz de reaccionar. Sin embargo, en todos los ornamentos del salón, había huellas por todas partes. En los jarrones, en las macetas, en las copas... Todas ellas fueron identificadas. Hallaron las huellas de la víctima, las de Julio y las de la empleada del hogar. Parecía que se dedicaba a conciencia a limpiar puesto que, aunque no tenían muchas visitas, no hubiera sido descabellado encontrar una huella de un tiempo atrás, en un jarrón o cualquier adorno del salón. Nada de nada. Estaba todo limpio y tan solo se podían rescatar las huellas más lógicas.

Sin embargo, llegó a la línea que más le llamaría la atención. Encima de la chimenea, había distintas figuras de mármol decorándola. A los extremos, dos elefantes negros de algún viaje asiático, y en el centro, una figura de un huevo de tamaño considerable hecho con el mismo material. Estaban colocados a la misma distancia unos de otros, sin embargo, faltaba otra figura, tal como dijo Ernesto cuando volvió a la casa con Julio. Por una foto que tenían con sus hijos en el salón, pudo comprobar que se trataba de otro huevo exactamente igual y ahora lo corroboraba la Científica al relacionarla con el arma homicida. Analizaron el huevo que no había desaparecido y cuadraba con la herida de la cabeza. Por lo demás, nada de nada. También habían borrado las huellas de la manivela de la puerta y del timbre que daba acceso al jardín, sin olvidar la puerta de un mueble de cocina que daba acceso a la parte inferior del fregadero, donde supuestamente se habría hecho con unos guantes para no dejar huellas, si es que no los llevaba. No se encontró el cuchillo con el que ejecutó las cuatro puñaladas. Informaban de lo que ya habían escuchado en boca del forense. Un cuchillo muy común, que no podían determinar si era uno de los que encontraron en la cocina, pero coincidía perfectamente. Presuntamente, se puso los guantes y cogió

el cuchillo sin dejar huellas. No parecía un crimen demasiado organizado, pero por el momento, la ejecución no dejaba rastro del asesino.

Continuó leyendo. Las estancias superiores no presentaban síntomas de violencia y las huellas no se habían alterado. Volvían a ser las mismas, pero esta vez no se había intentado borrar ningún indicio. No había accedido a las plantas superiores. Solo había estado en el salón, la cocina y el hall de entrada.

Hizo un repaso mental. No hay huellas que impliquen a nadie que no suela estar a diario en la casa. No se ha encontrado la ropa de Luna ni el arma homicida que, ya estaba claro, se trataba de un huevo de mármol. Mirando la foto, se dio cuenta de que un impacto con un objeto parecido le destrozaría el cráneo a cualquiera, si el golpe adquiriera una fuerza considerable. Estuvo veintidós minutos borrando huellas y desnudando a Luna para llevarse su ropa, suponiendo que no estuviera desnuda antes. Salió corriendo de la casa y... En ese momento, se dio cuenta de que, para llevarse el arma del crimen y la ropa de Luna, debería llevar una mochila, una bolsa o algo parecido. El testigo no dijo nada al respecto. Tendría que comprobar si recordaba esa información, puesto que en la casa no se había encontrado nada. ¿Puede que ya estuviera desnuda? Aquel huevo podría llevarlo por dentro de la sudadera, aunque se notaría ostensiblemente.

Esperaba encontrar mucho más y lo que encontraba era un bache en la carretera, que le pedía a gritos frenar para pasar despacio y volver a meter primera para recuperar velocidad.

Cogió el teléfono para comprobar lo que estaba barruntando. Solo tenía un testigo para hacerlo.

—Buenas tardes. ¿José Llanas?

—Sí, soy yo.

—Soy Saúl Ros. Estuvimos tomándole declaración sobre el caso de Luna Campos. ¿Puedo robarle unos minutos?

Tartamudeaba mientras intentaba decirle que le atendería encantado, pero transmitía el nerviosismo que sentía ante la incertidumbre del fondo de la conversación.

—Claro. Dígame en qué puedo ayudarle. Ya les dije todo lo que sabía.

—Me ha surgido una duda en su declaración. ¿Podría volver a repetirme lo que vio?

Cada vez estaba más nervioso y el corazón se le aceleraba de forma vertiginosa.

—Lo que vi, fue ¡eh!, que un hombre salía de casa de Luna y Julio. Iba corriendo. No cerró la puerta y cuando dobló la esquina, dejé de verle. No sé a dónde fue.

—¿Hay algún detalle que haya recordado más tarde? Suele pasar que, cuando lo piensas más detenidamente, salen a la luz detalles que habían pasado desapercibidos.

—No. La verdad es que no recuerdo nada más.

—¿Podría repetir cómo iba vestido?

—Unos pantalones y una sudadera oscura. Negra o azul marino. Algo oscuro.

—¿Llevaba algún objeto?

—¿Algún objeto? No lo sé. Diría que no llevaba nada. Fue todo muy rápido.

—Una mochila o una bolsa...

—No vi ninguna mochila.

—¿Podría llevar algo debajo de la sudadera?

—Lo siento. Si llevaba algo debajo, no me di cuenta. Cuando vi que salía de la casa, me puse nervioso y llamé a la Policía. Debería haberme fijado mejor, pero en una situación así, aunque le hubiera visto la cara, no sé si podría reconocerlo. Fue muy rápido. De verdad que lo siento, pero es todo lo que le puedo decir.

—De acuerdo. Por favor, haga un esfuerzo y si hay algo que pueda recordar, aunque le parezca una nimiedad, no dude en llamarme.

Se despidió y se dejó caer en la silla. Observó el techo para dejar la mente en blanco por unos segundos y se levantó de un respingo para caminar por su despacho, dando vueltas en círculos. No se podía creer que siguieran tan perdidos.

Antes de comenzar a leer el documento, había llamado a Julio Saz para concretar un encuentro. Se merecía conocer los detalles del asesinato de su mujer y aunque fueran ínfimos, tenía algunas respuestas. Una hora después de la llamada, acudió a la UDEV.

—Buenas tardes, Julio. Por favor, siéntese.

Lentamente, como un espectro, que ya no pertenecía a este mundo, desplazó la silla unos centímetros para dejarse absorber. La cabeza se posaba sobre sus hombros. Parecía que no tuviera fuerzas para sujetarla.

—Acabemos con esto, por favor.

Su cara estaba desencajada, y su expresión de hastío barría cualquier atisbo de entereza.

—Me gustaría que conociera cómo ocurrió todo y ponerle al día de cómo marcha la investigación.

Sabía que no podía darle ciertos datos reservados que no podían ser desvelados. Por otro lado, nadie querría escuchar algo así.

—Solo quiero saber si tienen alguna pista. Solo me importa que se haga justicia, aunque no vaya a cambiar en nada el hecho de que han matado a mi mujer. Ya no me importa nada.

Una lágrima se deslizó por su mejilla. Parecía no tener muchas más que derramar.

—Tenemos los resultados de la autopsia y de la Policía Científica. Por desgracia, no se ha encontrado nada que nos lleve al asesino, pero siempre cometen algún error. Vamos a hacer todo lo posible para detenerle. No ha aparecido el arma, pero creemos que se trata de un cuchillo que pudo coger de su propia casa y con él fue apuñalada, pero la causa de la muerte nos lleva a un objeto pesado que cogió de encima de la chimenea. Un huevo de mármol.

Reaccionó con sorpresa.

—¿Un huevo?

—Sí. Es un objeto muy pesado y la golpearon con él en la parte posterior del cráneo. Murió en el acto.

—¿No murió por las puñaladas? ¿Por qué...?

Se quedó atascado, sin saber qué decir. No entendía lo que le estaba diciendo.

—¿Le sorprende que la golpearan con un huevo? Mi compañero Ernesto le informó que faltaba un huevo de la chimenea.

Pensó detenidamente el dato que le daba Saúl

—Es verdad. No lo recordaba. No lo había relacionado. ¿Están seguros?

—Lo estamos. Por ahora no le puedo dar más información. Lo siento.

—No lo entiendo. No entiendo cómo ha podido ocurrir algo así. Si no nos robaron, ¿por qué la mataron?

—Obtendremos las respuestas.

—¿No sospechan de nadie? ¿Cómo es posible?

—Han pasado pocos días. Encajar las piezas es difícil, al principio, pero poco a poco vamos a ir encontrando lo que buscamos. Llevo mucho tiempo en esto. Hágame caso.

Julio asentía casi al mismo tiempo que negaba con la cabeza.

—¿Ha vuelto a su casa? ¿Ha visto algo que le haya llamado la atención?

—No. Volví con su compañero, pero no he vuelto a entrar. Estoy viviendo con mi hermano hasta que esté más fuerte. Voy a vender la casa. No quiero volver allí.

—Siento mucho lo que le ha ocurrido. Cuando tenga más información se la haré llegar en persona.

Las máquinas de contar dinero realizaban su característico traqueteo. Aquel sonido era música para sus oídos. Era habitual que algún billete fuera falso, por lo que la máquina no solo corroboraba la cantidad de dinero robado, sino que les permitía deshacerse de los billetes falsos que le habían colado al cajero. En este caso, la sucursal trabajaba con un reciclador que detectaba este tipo de billetes, pero no estaba de más comprobarlo.

El Alambre, como era conocido en su círculo por lo espigado de su constitución, llevaba delinquiendo desde una edad muy temprana. Comenzó por pequeños robos y acabó consolidando su experiencia, convirtiéndose en un atracador de bancos. Nunca realizaba grandes atracos y se dedicaba a pequeñas sucursales. Dinero fácil. Tras años de profesión, manejaba el cotarro en su círculo y nunca entraba en las oficinas. Esperaba en el coche a que salieran sus compañeros, para huir si algo no salía bien. Su reputación le precedía y todos sabían que, si alguno de la banda se iba de la lengua y delataba a sus compañeros, la condena sería el menor de sus problemas.

No permanecía mucho tiempo en el mismo sitio. De esta forma era muy difícil saber dónde iban a realizar el próximo golpe. Los atracos se producían en distintas localidades, repartidas por todo el territorio nacional. Vigilaban durante unos días distintas sucursales y decidían en cuál de ellas iban a dar el palo. Debían cumplir unos requisitos. Entregas y recogidas regulares de dinero, siempre en los mismos días y horas, cajeros que sacaran el dinero de la caja unos minutos antes de la recogida, lo cual cada vez era más habitual, y un tamaño de oficina de tres o cuatro empleados y sin mampara de seguridad.

Nuevamente, tocaba desplazarse a otro lugar para estudiar su próximo golpe. Repartió el botín con sus compañeros y cada uno tomó su camino de manera independiente, como hacían en cada ocasión que perpetraban un robo. Se reunirían de nuevo más adelante.

Vivía en una furgoneta Volkswagen Transporter T5. Toda su vida se encontraba allí y recorría el norte en ella, de camping en camping, como si se tratara de uno más que recorre kilómetros, con la única motivación de sumergirse en la vida cotidiana de cada lugar y visitar los parajes más espectaculares. Condujo toda la tarde con la música acompañándole hacia su próximo destino, aún por determinar. Antes de volver a ejecutar un golpe, disfrutaba de una temporada de soledad, dejando volar su imaginación. Despertando en lugares en los que tan solo se escuchaba la brisa del mar y las olas imitaban a una buena banda sonora de su propia película. Era difícil imaginar cómo alguien que apreciaba tanto la vida, se la jugara tan habitualmente. Cómo una persona que disfrutaba tanto de la naturaleza estuviera dispuesta a apostar y acabar cambiando aquellos paisajes por una celda falta de luz y de esperanza. Aquella tarde, realizó casi seiscientos kilómetros para cambiar Talavera de la Reina por una noche de estrellas en la playa de Prellezo, muy cerca de San Vicente de la Barquera. Aparcó su furgoneta, calzándola para coger el sueño sin el desnivel de aquel paraíso para furgonetas. La época del año en la que se encontraba, le daba la opción de dormir en el aparcamiento gratuito que había unos metros antes o seguir hasta una zona preparada para furgonetas, con la playa de Prellezo mostrándose como si fuera un cuadro. Un par de meses después tendría un vehículo a cada lado, invadiendo su intimidad, pero en aquel momento se encontraba solo, como si hubiera visitado un lugar aislado lejos de la civilización. Tomó el camino corto para acceder a la playa y se dio un baño, rememorando su última victoria.

Sabía que cualquier día podría ser el último en mucho tiempo y vivía la vida de la misma manera. Como a cualquiera le gustaría hacerlo, pero no vivía bajo los mismos parámetros que el resto. Para lo bueno y para lo malo.

A pesar de las presiones, los fines de semana eran sagrados para Saúl. Sabía que, para mantener la mente lúcida, el descanso era parte indispensable para rendir al máximo. En ocasiones no era posible, pero decidió darles dos días libres a su equipo mientras él repasaba el caso, con la esperanza de encontrar algo que hubieran pasado por alto. No daba explicaciones de dónde se encontraban sus chicos, aunque tampoco nadie se las pedía.

A primera hora, las instalaciones de la UDEV recuperaban su movimiento e iban entrando uno a uno a la sala de reuniones. Para comenzar la semana, Cayo les preparaba cafés para llevar y unos bollos. Rocío lo recogía antes de abrir y lo colocaba en la mesa, teniendo todo listo para la reunión matutina.

—Buenos días. ¿Cómo ha ido el fin de semana? —preguntó Saúl con cara de sueño.

—Muy bien. Un cine; una comida familiar y he quemado el sofá ¡Qué gusto! —respondió Blanca, repanchingada en la silla.

—¿Alguna serie de policías? —intervino Nacho, dejando escapar una sonrisa provocadora.

—¡Quita, quita! Cosas relajaditas. Me he vuelto a ver la última de Juego de Tronos.

—¡Joder! Relajadita, relajadita, no la veo —dijo Sara ladeando la cabeza.

—Me alegro de que haya sido un buen fin de semana —exclamó Saúl con la intención de cambiar de tercio—. He estado hablando con el doctor Cañas durante el fin de semana. Probablemente tendremos hoy los resultados de las pruebas de ADN de Iria y de Arturo. Les he apretado un poquito y se ha comprometido a darse prisa. Estamos perdiendo mucho tiempo y me da vergüenza decirle otra vez a Iago que no tenemos nada que contarle.

—¿Has hablado con él el fin de semana? —Quiso saber Sara.

—No. Se ha marchado fuera con su familia, pero pedirá parte un día de estos. Nos ponemos en modo lunes. ¿Qué tenemos para hoy?

El primero en tomar la palabra fue Ernesto, ante la invitación de su jefe.

—Tengo archivos y archivos que me han enviado sobre casos que pudieran tener alguna similitud. Primero voy a mirar los asesinatos en serie, que me va a llevar menos de diez minutos. Por suerte, no hay demasiados, pero puede que algún crimen aislado pueda estar relacionado y eso me va a llevar mucho tiempo.

—Ya tienes trabajo, entonces. A ver qué encuentras.

Apuntó en su cuaderno y dirigió la mirada hacia Blanca.

—Yo sigo con las cámaras y un repaso general. O me dais algo más o no tengo mucho donde buscar. Podría pedir una orden para ver la localización de varios teléfonos en el momento del asesinato.

Saúl se mordió el labio y continuó.

—No nos van a firmar una orden sin pruebas. Hasta que no tengamos algo que presentar al juez, no vamos a conseguir nada por ese camino. Sería mucho más fácil, pero no es una opción.

Blanca hizo un gesto con la mano extendida en la frente, como si se cuadrara ante su superior.

—Sara y Nacho, a transcribir todas las declaraciones y le damos otra vuelta. Algo tiene que haber que nos de alguna pista. Por cierto. Esta tarde entierran a Luna.

Dio por concluida la reunión y comenzaron a desayunar.

El doctor Cañas había cumplido su palabra. Normalmente, las pruebas de ADN tardaban alrededor de una semana en desprender resultados, pero en casos de asesinato, no disponían de tanto tiempo, por lo que en unos tres días podían obtenerlos de forma excepcional.

Entrada la tarde del lunes, Saúl recibió su llamada.

—Hola Saúl. Ya tenemos los resultados. Me los acaban de mandar en este mismo momento.

—Dame buenas noticias, por favor.

—Los restos hallados en la víctima coinciden al cien por cien con uno de los sujetos.

Con ciento veinte hectáreas de superficie, el cementerio de La Almudena es el recinto funerario más grande de Europa occidental. La familia Saz tenía en propiedad una tumba donde descansaban los restos de los padres y abuelos de Julio. Dijo que Luna siempre quiso ser enterrada bajo aquella lápida, con su verdadera familia. Aunque quería a su madre, allí descansaría su padre Arturo, con el que no quería compartir su próxima vida.

Daban las seis de la tarde y se reunían los familiares y amigos de Luna en torno a la tumba. El silencio tan solo se veía alterado por los operarios que portaban el féretro. Lo depositaron en el suelo y se apartaron durante unos minutos, para que quien quisiera hacerlo, presentara sus respetos antes de introducir el ataúd y sellarlo.

A unos metros prudenciales, en un coche oscuro, Sara y Nacho observaban el acto. Julio ocupaba el lugar más cercano, abrazando a sus dos hijos. Las lágrimas que habría demarrado unos minutos antes se habían secado, dejando surcos en la piel que mostraban su estado. Sus hijos le abrazaban desconsolados y, unos minutos más tarde, veían como uno a uno, se acercaban familiares y amigos a darles el pésame.

—¿Cómo lo ves? —preguntó Sara a su compañero.

—Que va a haber ostias —respondió Nacho, al ver quién se encontraba allí.

—¿Lo dices por el padre de Luna?

—Sí. Está detrás. Creo que Julio todavía no lo ha visto. Espero que no se acerque a darle el pésame.

—Ese hombre es un cabrón. No me sorprendería que haya venido a provocar.

—También es su hija —exclamó Nacho, intentando aplicar cordura.

—¿Cómo puedes decir eso? La pegaba cuando era pequeña, y cuando ella le perdona y se preocupa por él, se comporta de esa manera, como si no hubiera pasado nada.

—No lo sé. Solo quiero decir que igual se arrepintió de lo que hizo. No lo justifico. Es un hijo de la gran puta y además no sé para que hablo. Tienes toda la razón.

Sara se quedó más tranquila, pero ese hombre le despertaba un sentimiento tan negativo, que era incapaz de expresarlo con palabras.

Arturo esperó a que hubiera terminado y se quedó inmóvil, apartado a un lado del pasillo que conducía a la calzada donde estaban aparcados los coches. Extendió el brazo al paso de Julio y sus hijos. Ellos no lo habían visto nunca y Julio agachó la cabeza para continuar caminando. Se le revolviéron las tripas, pero consiguió dominar sus impulsos más humanos, para no enfrentarse a aquel viejo en el entierro de su mujer. No quería que sus hijos presenciaran una escena tan desagradable y, desde luego, no tenía ninguna intención de darles a conocer a un hombre tan miserable y que supieran lo que había ocurrido. Años antes, les explicaron que era un hombre malo y no querían tener relación con él, pero Luna no soportaría que sus hijos supieran que fue maltratada por su propio padre.

—¡Joder! Pensaba que íbamos a tener que intervenir —dijo Nacho, mientras observaba la escena.

—Ese hombre no tiene vergüenza.

—Iria tampoco ha hablado con él. Nadie lo ha hecho.

—Su marido tampoco sabía que tenían relación. No sé si lo habrán hablado tras su muerte, pero nadie parece tenerle ningún cariño. Vámonos de aquí. La gente se está marchando.

Sara arrancó el coche y salieron del cementerio.

A los diez minutos recibieron una llamada de Saúl. Sara presionó el teléfono verde que aparecía en pantalla.

—Estamos de camino. Ya ha acabado el entierro.

—Pues ya estáis volviendo. He hablado con Cañas. Ya tenemos los resultados de ADN.

Sara dio un volantazo para cambiar de sentido y estuvo a punto de chocar con otro vehículo.

—¡Joder! Casi nos la pegamos. ¿De quién son los restos?

—De su padre.

—¡Qué hijo de puta! Volvemos, pero no sé si seguirá allí. Se estaba marchando todo el mundo.

—Volved y, si no está allí, esperadle en su casa hasta que llegue. Detenedle y me llamáis.

Volvían a toda velocidad al cementerio. Cuando llegaron, vieron que todavía quedaba algún grupo que permanecía hablando, y en la tumba de Luna solo había una persona. Permanecía inmóvil, mirando la lápida con los ojos en blanco.

—Es él —gritó Nacho.

—Te tenemos, Arturito.

Sara sonreía por la satisfacción de poder detener por fin a ese hombre. Bajaron del coche y se acercaron a Arturo.

—Buenas tardes —saludó Nacho con las esposas en la mano.

Se dio la vuelta lentamente y pudieron ver en sus ojos un atisbo de culpabilidad. Juntó las manos, posicionándolas para ser esposado, dejando caer el bastón.

—No parece muy sorprendido —dijo Sara a su compañero.

—Debe estar muy contenta. Supongo que han encontrado mi ADN en Luna.

La tranquilidad que emanaba de sus palabras dejó inquieta a Sara.

Nacho lo esposó y lo introdujo en el coche, ante la sorpresa de los que todavía se encontraban allí.

El trayecto a comisaría transcurrió como si se tratara de un viaje de placer. En los asientos traseros del coche no parecía estar sentado un hombre que acababa de ser detenido. Miraba por la ventana, comentando lo que había cambiado todo en los últimos veinte años. Hablaba sin parar sobre su infancia y los pocos coches que pasaban por su calle. Podían jugar con el balón en la carretera y, solo de vez en cuando, debían esperar a que pasara un coche para seguir con lo que estaban haciendo. Sara intentaba evitar mostrar una reacción que le diera a aquel hombre la satisfacción de sacarla de quicio, por lo que guardaba silencio. Nacho sonreía para sí mismo, negando con la cabeza ante la frialdad que mostraba un hombre que iba directo al calabozo.

Llegaron a la comisaría, le hicieron pasar a una sala de interrogatorios y le dejaron media hora, para observar cómo se comportaba. Transcurrido el tiempo, accedieron a la sala para comenzar a interrogarle.

—Sabe muy bien por qué está aquí —afirmó Sara.

Se quedó en silencio esperando una respuesta. Arturo sonreía, como si no fuera con él.

—Porque le recuerdo a su padre, supongo. No se llevan muy bien. Lo intuyo —respondió displicente.

—Vamos a dejarnos de gilipolleces, abuelete. No quiso hacer la prueba de ADN porque sabía que lo encontraríamos en su hija.

—No quise hacer la dichosa prueba, porque me duelen los huesos y no quería ir a ningún sitio, pero vi a mi hija el día anterior. Era una posibilidad.

—Le diré lo que pasó. Su hija no quería verle más, porque es un ser inmundo, y usted se enfadó y la mató.

Quería provocarle. Le veía demasiado calmado y no iba a hablar sin la presión necesaria.

—Yo nunca mataría a mi hija y puede seguir inventando historias. Quizá hasta acabe creyéndolas.

—Entonces, explique. ¿Por qué hemos encontrado restos suyos bajo las uñas de su hija?

—Porque mi hija me arañó.

—Sin ningún motivo, claro.

—Sería sin querer. No se daría cuenta. Me cuesta andar. Me iría a caer y lo impidió. Sí. Eso es lo que pasó.

Sentía las ganas de levantarle del cuello y golpearle contra la pared. Se estaba riendo de ellos y no podía permitirlo.

—Su hija Iria nos contó cómo trataba a sus hijas. Cómo las golpeaba como si fueran perros. Una basura como usted sigue siendo basura toda su vida.

—Soy un pobre viejo, al que le cuesta moverse. Si lo único que tienen es mi ADN, ya les he explicado lo que pasó. No voy a llamar un abogado, porque seguro que me van a tener que soltar por falta de pruebas. Cuando me pueda ir a casa, por favor, me avisan.

Salieron de la sala de interrogatorios, dejando a Arturo sentado en una silla, mofándose de la Policía como si no tuviera nada que perder. Sabían que, sin haber encontrado huellas en casa de Luna, ni otra prueba que lo incriminara, una simple prueba de ADN no era suficiente para retenerle mucho más tiempo.

Saúl entró en comisaría y le indicaron dónde se estaba realizando el interrogatorio.

—Buenas. ¿Habéis hablado con él?

—No suelta prenda. Niega haberla matado, y el muy cabrón se ríe de nosotros.

Sara podría escupir fuego por la boca en aquel momento.

—Voy a intentarlo yo. Esperad fuera y cálmate, que no te gane la batalla.

Entró y vio a un hombre tranquilo, jugando con sus dedos, chocando unos con otros.

—Buenas tardes, señor Campos.

—Buenas tardes.

—Entenderá que lo importante es saber quién mató a su hija. Usted como padre debería ser el más interesado.

Cambió de estrategia.

—Por supuesto, pero su compañera cree que fui yo.

—Nos puede ayudar a descartar su hipótesis o puede seguir con esa actitud. Por mi parte, desearía que fuera lo primero. ¿Me puede decir cuál es la razón por la que Luna tenía restos suyos entre sus uñas?

—Ya se lo he dicho a su compañera. Me debió arañar.

—¿Estaría dispuesto a realizar un examen médico? Entiendo que, si cree que pudo suceder así, tendrá alguna marca del arañazo. Ha pasado exactamente una semana. Nos lo podría mostrar.

—No hace falta llamar a un médico. Todavía se ve. Está cerrándose, pero como usted dice, todavía sigue aquí.

Le enseñó un arañazo en el cuello como quien muestra una herida de guerra.

—Y dice que ocurrió...

—No lo recuerdo bien. Me iría a caer y me sujetó.

—¿En el cuello? Sería más lógico que le agarrara por el brazo o la cintura.

—Me estaba cayendo. Una mano fue al brazo y la otra me arañó el cuello.

—Parece que ahora lo recuerda perfectamente.

Cambió el semblante, mostrando más dureza en sus facciones.

—Pues sí. Ahora lo recuerdo con más claridad.

Saúl no paraba de chocar contra la misma pared.

—Le dejo un rato solo, para que piense. Parece que no le importe saber quién mató a su hija.

No consiguió la réplica y siguió jugando con sus dedos.

Saúl salió de la sala.

—No quiere colaborar. Necesitamos algo más para presentar al juez, si queremos que la acusación se sostenga.

Sara golpeó a la pared con la palma de la mano abierta, sofocando su rabia.

Solo podían retenerlo durante seis horas desde el momento en que entró en comisaría. Las detenciones se llevaban en el libro de registros para transmitirlo al ministerio fiscal y el sospechoso se llevaría expedido un volante acreditativo del tiempo que hubiera permanecido retenido. No tenían más remedio que soltarlo.

Habían pasado seis días desde que se cometió el asesinato y sentían que iban acercándose poco a poco. Como en casi todos los casos, los vínculos más cercanos solían ocupar los primeros puestos del ranking, pero Saúl no paraba de darle vueltas a la cabeza de camino a la UDEV. Tenían un sospechoso y seguía sin cuadrarle algún detalle. Que hubieran hallado, bajo las uñas de Luna, restos que pertenecían a su padre, podría haber sido por otros motivos. Puede que le arañara sin querer, como había manifestado Arturo, o que le quitara una mancha de la piel y le cortara con una uña accidentalmente, por buscar alguna posibilidad, pero no cuadraba con ninguno de los indicios que tenían hasta el momento. ¿Cómo podría su padre, que tenía que ayudarse de un bastón, salir corriendo de la casa? Sin dejar de lado que tenía setenta y tres años. Sabía que era una posibilidad casi inexistente, aunque nunca daba nada por descartado, por muy complicado que fuera.

Estaba muy inquieto por saber si se trataba de lo habitual, de los vínculos más cercanos o, por el contrario, se trataba de un asesino en serie. No era lo más probable. En España no había vuelto a ocurrir un asesinato en serie desde que fue detenido Alfredo Galán Sotillo, el asesino del naipe, en el año dos mil trece, pero aquel versículo le perseguía desde hacía días y crecían sus ansias por atrapar al culpable, ante la posible amenaza de un nuevo asesinato. ¿No era lo probable? No estaba tan seguro. ¿Quién deja una escena del crimen tan macabra, si no es un perturbado? Y si llegara a ser así, probablemente no se detendría en su primer capítulo.

Continuó conduciendo en silencio, inmerso en sus pensamientos, acompañado por su compañero Nacho en el asiento del copiloto. No había abierto la boca en todo el trayecto. Incómodo por el silencio, se dispuso a leer la información deportiva en las aplicaciones del teléfono móvil. Fue leyendo los titulares y pasó a la información general. Sus ojos se abrieron completamente en un instante, repasando de nuevo el titular que acababa de leer. Giró la vista hacia Saúl y se dirigió por primera vez a su jefe.

—¡Joder! ¡Vaya mierda! —dijo exaltado.

Saúl dio un respingo en su asiento y se le aceleró el corazón.

—¡Vaya susto me has dado! ¿Qué coño pasa?

—Ha salido el caso en la prensa —respondió sorprendido.

—¿Cómo? Ahora sí que la hemos jodido —exclamó Saúl, sabiendo que aquello le restaba tiempo para coger al asesino—. Ahora nos van a dar por culo cada día hasta que consigamos algo. ¿Qué dice el artículo?

Nacho volvió a centrar su atención en el teléfono y se dispuso a leer la noticia, pero fue interrumpido por Saúl, que subió el volumen de la radio. Cambió de emisora, hasta que encontró lo que estaba buscando.

«Última hora. Según ha podido comprobar nuestra redacción, el pasado miércoles se produjo un asesinato en Las Matas, perteneciente a la población de Las Rozas.

La Policía está investigando el crimen y, por el momento, se desconoce si ha podido ser otro caso de violencia de género.

*Según nos informan, las iniciales de la víctima son L.C.
Les seguiremos informando en cuanto conozcamos más detalles relacionados con el fatal
incidente».*

Saúl sabía que no se debía a ninguna filtración, puesto que, si fuera así, hubieran dado datos mucho más concretos. No tenían nada. Podría haber sido filtrada por cualquiera. Algún vecino o compañero de trabajo habría hablado con un periodista. El problema era que se había hecho público y que, a partir de ese momento, tendrían periodistas por todas partes, buscando carnaza para ser los primeros en aportar más información.

—¡Los buitres han divisado cadáveres! —bromeó Saúl—. Sabíamos que iba a llegar, así que ya nos podemos poner las pilas para tener algo, antes de que empiecen a especular. Ya sabes que dirán lo que sea si nos les damos algo.

A lo largo de la tarde, los programas del corazón comenzaron a nutrirse de la noticia del día. Las inmediaciones de la casa de Luna comenzaron a llenarse de furgonetas pertenecientes a los medios de comunicación, perturbando la vida cotidiana de los vecinos.

Como predijo Saúl, si no había noticia, habría que inventarla. Las especulaciones se abrieron paso, y la palabra “presuntamente” justificaba cualquier información sesgada o incluso inventada. Micrófono en mano, paraban a cualquiera que pasaba por allí, preguntando si conocían a la víctima; si su marido podría haber sido el causante de su muerte, por malos tratos; si la Policía les había informado de los hechos en el momento de una supuesta declaración. Se había convertido en un espectáculo.

-SEGUNDA PARTE-

“PROVERBIOS 13:3”

De camino al trabajo, Saúl iba escuchando las noticias. Los programas matinales se hacían eco del crimen. Por el momento, al contrario que otro tipo de programas sensacionalistas, se limitaban a informar de lo acaecido, sin sospechar que pudiera tratarse de un asesino en serie. No habían trascendido detalles y aunque trabajaban con esa posibilidad, si saliera a la luz, la alarma sería incontrolable.

La primera llamada de la mañana procedía de un número que conocía perfectamente.

—¿Cómo va eso, Saúl?

—Buenos días Iago. Lidiando con las filtraciones.

—Ayer saltó la noticia. Tened cuidado desde este momento. No quiero que se filtre información desde nuestro equipo.

—Tranquilo. Ayer detuvimos a Arturo Campos. El padre de la víctima. Tenemos su ADN bajo las uñas de Luna, pero no podemos retenerle. No hay pruebas suficientes. Por no decir que no creo que sea el asesino.

—Peores cosas se han visto. Hay que acelerar el proceso. Me van a apretar para que lleguemos al fondo del asunto. No te digo nada, pero sabes lo que te digo.

—Desde luego.

Las indirectas de su jefe solían ser bastante directas.

—Hoy tengo comida. Si tienes algo, me informas antes de mediodía. Estaría bien darles unas miguitas.

—Dalo por hecho. Me reúno con mi equipo en cuanto terminemos.

—No te quiero entretener. Hablamos.

Colgó el teléfono con la sensación de que las llamadas iban a empezar a ser diarias. Tenía que cambiar de marcha.

—Todos a reunión —gritó, mientras se dirigía a ponerse un café.

Ernesto fue el último en entrar. Se sentó en su silla y abrió una carpeta llena de documentos.

—Intuyo que tienes algo —dijo Saúl.

—Intuyes bien. Puede que sea importante.

—Te has tirado un día entero repasando archivos. Este es el trabajo más chulo —exclamó Blanca, a tenor de la cara de su compañero.

—Me emociona —respondió de forma sarcástica—. Llevo leyendo casos horas y horas. Comencé con los que se cometieron en Madrid y he ido ampliando círculos. Es lamentable que se archiven de esa manera. Quien los ha escaneado, no ha empleado mucho tiempo en clasificarlos.

—No te lées, Ernesto —interrumpió Sara.

—Como dije, los asesinatos en serie son más bien escasos. Habría sido más fácil que se tratara de uno de ellos pero, por otro lado, espero que no sea así. De todos los que he comprobado, hay uno que se asemeja a nuestro caso.

Las caras de sorpresa se tornaban en sonrientes, ante la posibilidad de tener un nuevo foco que investigar.

—¿Ha habido un crimen parecido? —preguntó Nacho.

—Uno prácticamente calzado. Hace dos años, pero ocurrió en la cárcel.

—¿En la cárcel? —dijo Sara, sorprendida.

—Sí. Me ha costado dar con él, porque quedó sin resolver y no estaba archivado con el resto.

—¡Buen trabajo, Ernesto!

Blanca se sorprendió y quiso alabar el desempeño de su compañero.

—El preso asesinado se llamaba Lucas Salazar. Era atracador de bancos. Le condenaron a cuatro años y medio de prisión y no aguantó vivo ni tres meses. Le condenaron por encañonar con una pistola al cajero de la sucursal, por lo que fue robo con intimidación y la oficina abierta en ese momento. ¡Vamos! Que con agravantes. Iba con la cara cubierta. El empleado presionó el botón de emergencia y le pillaron dentro a él y a otros dos más. Por lo visto había otro atracador esperando en el coche, pero consiguió huir antes de que llegara la Policía.

—Supongo que quien le asesinó, tenía algo que ver con el atraco —apuntó Saúl, entendiendo la razón del asesinato.

Ernesto sonrió, señalando a su jefe con el dedo.

—Bingo. En el juicio, los otros dos atracadores dijeron que iban solos y que pretendían huir a pie. Contaron la misma versión y no la cambiaron ni con métodos persuasivos. Todos sabemos de lo que hablo. Debían tener miedo a declarar, y con razón. Lucas delató a su compañero y dijo que en la puerta del banco estaba otra persona esperando. Si fue así, tenía muy claro dónde colocar el coche, porque no había cámaras que lo captaran. La única cámara que se pudo analizar fue la de la sucursal. Estaría en la esquina de la calle. Supongo que hizo algún tipo de trato y le salió caro. No se pudo demostrar.

—No se encontró al asesino, por lo que veo —dijo Nacho.

—El recluso se estuvo autolesionando constantemente para ir a enfermería y no estar con el resto de los presos, pero misteriosamente, en un lugar donde no había cámaras, le rajaron el cuello. Por supuesto, nadie había visto nada.

—¿Quién fue el cuarto atracador? —quiso saber Blanca.

—El supuesto cuarto atracador es conocido por el mote de “El Alambre”. Su nombre es Adolfo Latre. Se sabe quién es, pero nunca le han cogido. Es bastante precavido, el chico.

—Por lo que no estaba en la cárcel cuando le asesinaron, ¿verdad? —dijo Saúl, sabiendo de antemano la respuesta.

—No estaba en la cárcel, pero todo el mundo sabía que fue una orden suya. Como ves, nunca se mancha las manos. Lo hacen otros por él y además no parece la persona a la que salga barato traicionar.

—¿Y cuál es el parecido con nuestro caso? —Se impacientó Saúl.

—El parecido es la nota que encontraron al lado de su cadáver. No solo se encargó de que le asesinaran, sino que quiso dejar un mensaje al resto, me parece a mí. No le importaba mucho que se supiera que podía tener algo que ver, pero como no estaba allí, sabía que no podían cogerle de ninguna forma. Eso sí, todos los presos supieron del mensaje. Una sutil forma de advertir a los demás qué le pasa a quien traiciona a “El Alambre”.

Entrecomilló el mote con los dedos.

—¿Qué mensaje? Me parece que te estás gustando demasiado —acusó Blanca, impaciente.

—Uno muy parecido al nuestro.

«Proverbios 13:3»

—¡Joder! ¿Qué significa eso? —preguntó Sara, mientras los nervios le recordaban a la

sensación del final de una de sus series.

—Dice: *«El que refrena su lengua protege su vida, pero el ligero de labios provoca su ruina»*.

—Queda bastante claro que no le gustan los chivatos —bromeó Blanca.

—¿El mismo método? ¿Lo tenía grabado en la piel? —preguntó Saúl.

—No. Esa es la diferencia. La forma de matarle es otra. Lo mataron con un cuchillo, cortándole la yugular. El mensaje, al igual que el nuestro, no cita el texto del versículo, sino que se limita a titularlo. Supongo que para escribir todo eso habría tardado un rato. El mensaje se escribió en el suelo, con la sangre del propio Lucas Salazar.

—¿Y no encontraron sangre en ninguno de los presos?

Saúl estaba estupefacto. No se creía que algo así pudiera pasar en una cárcel, sin tener ningún sospechoso.

—No. Puede que algún guarda estuviera en nómina y le cubriera mientras se lavaba. El caso es que ninguna cámara captó nada y nadie habló.

—¿Como para hablar! —dijo Blanca.

—Es nuestro hombre —exclamó Saúl para sí mismo—. ¿Sabes dónde encontrarle?

—La dirección con la que está registrado es la casa de sus padres. Les he llamado y me han dicho que no tienen forma de localizarle. Cada cierto tiempo va a visitarles, pero no tiene móvil, por lo que me dicen.

—¿Dónde viven sus padres?

—En Torrelavega.

—Pues hay que ir a la cárcel. ¿En qué prisión ocurrió?

—En el penal de El Dueso. Es un centro penitenciario del barrio de El Dueso. Pertenece a Santoña. Está muy cerca de una playa espectacular. Si hay que ir, yo me apunto.

—Te lo has ganado. Nos vamos en una hora. Llama a la prisión e informa de que queremos hablar con los presos que fueron encarcelados por el atraco. Si hace dos años, espero que todavía sigan allí. Además, nos pilla cerca Torrelavega. Matamos dos pájaros de un tiro. Quiero ir a ver a sus padres. Mientras estamos de viaje, quiero que todos os centréis en esto. Blanca, mira a ver qué encuentras de este hombre, y Sara y Nacho, os quiero haciendo llamadas hasta a mi madre, si hiciera falta. Cualquiera que pueda estar relacionado con Adolfo Latre, le investigáis y le interrogáis.

—Perdona jefe, pero no creo que nadie vaya a hablar, si nos remitimos a los hechos. La amenaza quedó bastante clara. —sugirió Sara.

—Por eso vamos a ir allí. Por teléfono, poco vamos a conseguir, pero hay que intentarlo. No pedimos que le involucren en ningún atraco. Solo que nos ayuden a localizarlo. Ya encontraremos la manera.

Asintieron de forma generalizada y se pusieron en marcha. Por fin había un hilo de donde tirar que pudiera aguantar el arreón.

Todavía no era la hora de comer. Saúl tenía una promesa pendiente y no era a cualquiera.

—¡Jefe!

—¿Jefe? ¿Desde cuándo me llamas jefe, Saúl? —dijo Iago sonriendo.

—Tenemos algo. Hay un caso, que ha encontrado Ernesto, que tiene similitudes con el nuestro. Más que similitudes diría yo. No coinciden los métodos, pero sí un versículo al lado del cadáver.

—Eso es lo que te pedía. Ahora me voy a la comida más tranquilo —bromeó—. Cuéntame.

—El muerto es un ladrón de bancos. Parece una venganza por delatar al atracador que no

cogieron en el robo. Ernesto y yo salimos en menos de una hora para Cantabria. Los demás están trabajando en ello desde ya.

—¿Es sólido?

—Eso lo veremos, pero me parece bastante sólido. Si no fue él, tiene que estar relacionado. Me costaría creer que se dé en dos sitios distintos, con la misma idea y sin ninguna relación.

—Eso parece. ¿Esa persona está en la cárcel?

—No. No pudieron demostrar que estuviera implicado en el atraco y por ahora no conocemos su paradero. Vamos a interrogar al resto de presos que tenían relación con él y a su familia. Espero que alguien nos diga algo para encontrarle.

—Perfecto. Me alegro. ¿Podemos creer que es un asesino en serie?

—Me parece pronto para decirlo. De este asesinato han pasado dos años.

—Entiendo. Aquí me tienes para lo que necesites.

—Gracias, jefe —dijo con tono burlón.

Los más de cuatrocientos veinte kilómetros que les quedaban por delante para llegar a Torrelavega, les proporcionaban tiempo para pensar. En primer lugar, visitarían a los padres de Adolfo Latre, comerían algo rápido y se dirigirían al Penal de El Dueso.

El reloj marcaba las diez de la mañana cuando entraron en el coche. Salieron de Madrid y cogieron la A-6. Cuatro horas más tarde entraban en Torrelavega. No habían parado ni una sola vez. El GPS les iba indicando el camino, hasta que pudieron acceder a la calle Marqués de Santillana, muy cerca del ayuntamiento. Estacionaron y subieron al segundo piso, donde vivían los padres de Adolfo.

—Disculpen. Somos los agentes Saúl Ros y mi compañero Ernesto Acosta. Siento no haber podido llegar antes. Espero que no fueran a comer.

—No se preocupe. Estábamos esperándolos. Somos mayores. Solemos comer sobre la una, más o menos —dijo el hombre—. Mi mujer es Ñebla y mi nombre es Adolfo, como mi hijo — Sonrió, ofreciéndoles pasar.

—No quiero molestarles. Mi compañero ya se ha puesto en contacto con ustedes. Me dice que no saben dónde se encuentra su hijo.

—Mi hijo siempre ha sido muy independiente. Cuando era joven, regentó malas compañías. Somos gente humilde y no podíamos darle muchas cosas. Con dieciséis años, se marchó de casa sin decirnos dónde iba. Desde entonces, y ya tiene cuarenta y cinco años, le vemos un par de veces al año. ¿Ha hecho algo?

La mujer se comportaba como si hubiera recibido muchas visitas como esa a lo largo de los años.

—No, señora. No ha hecho nada, pero nos gustaría hacerle unas preguntas, de cara a un asunto del que puede tener información. Tan solo queremos hablar con él.

Saúl quiso tranquilizar a una madre que, en toda su vida, probablemente no durmió a pierna suelta, esperando el día en el que la dieran una mala noticia.

—Viene sin avisar. No tiene teléfono, o no quiere que lo sepamos. No sabría decirle, agente.

Transmitía una serenidad que le hacía preguntarse qué podría haber ocurrido para que su hijo saliera tan distinto.

—¿Puedo?

Cogió una foto y recibió la aprobación de Adolfo. Dio una vuelta por la pequeña casa, buscando fotos o cualquier cosa que le pudiera dar alguna información.

—¿Saben a qué se dedica su hijo? —preguntó Ernesto.

—No quiero saberlo. Él tampoco me lo dice. Solo me dice que todo le va bien y que no necesita nada. De vez en cuando, aparece y nos deja un sobre con dinero, para que vayamos tirando, pero nunca se queda a dormir.

—Las malas compañías a las que se refería, ¿son del barrio? —dijo Saúl, con una foto de su hijo en la mano.

—Sí. Eran unos chavales con pocos dineros, como nosotros. Todos se han ido marchando.

—¿Sabe dónde se pueden encontrar?

—Algunos de ellos están en la cárcel, otros trabajan de lo que pueden, pero los que están por

aquí no saben nada de mi Ado. Rompió con todo esto.

—¿Sabe en qué coche viene cuando los visita?

—No, hijo. Sube y luego se va. No he visto nunca cómo venía hasta aquí.

Saúl analizaba la casa, mientras pensaba si se le escapaba algo. No había fotos recientes, tan solo fotos de hace años de los tres juntos y alguna de Adolfo, solo y con un balón en las manos. Aquella mujer tenía la voz cantante en esa casa y su marido prácticamente no abría la boca. Recibían dinero de su hijo sin preguntar de dónde venía, y aunque fuera poca, seguía habiendo una relación.

—Adolfo, ¿qué le dice su hijo cuando le pide poder llamarle? —dijo con intención.

—Él se pone en contacto con nosotros. Es lo que quiere.

En ese mismo instante había caído en la trampa.

—Me habían dicho que no tenía teléfono y que venía a su casa un par de veces al año. ¿Es así? Adolfo comenzó a tartamudear, queriendo rectificar su error.

—Sí. Sí. Puede que alguna vez haya llamado. Lo que quería decir, es que no tiene un teléfono. Se lo prestan cuando quiere hablar con nosotros.

—¿Eso le dijo su hijo?

Ñebla extendió el brazo, colocándolo en el pecho de Adolfo, y volvió a tomar el mando.

—Ya les hemos dicho todo lo que sabemos. No tenemos el teléfono de Ado —Su voz cambió repentinamente, sacando a la mujer que llevaba escondida—. Llevan muchos años preguntando por tonterías que haya podido hacer mi hijo. No sé lo que hace y, si lo supiera, comprenderá que no se lo diría. Es mi hijo, pero no les estamos mintiendo. Cada vez que llama, lo hace con un número que no podemos comprobar. No tenemos un teléfono de esos que te dicen quién llama. Si es suyo o de otro, no lo sabemos.

Saúl se dio cuenta de que sabían más de lo que decían, pero iba a ser más sencillo sonsacar algo a uno de los presos, que se jugaban acabar muertos, que a sus padres, que por lo visto, no condenaban la vida de su hijo o, por lo menos, lo defenderían hasta el final. Se despidieron y salieron por la puerta.

Las ganas de resultar útil activaron la mente de Blanca. No soportaba que los sospechosos no tuvieran redes sociales o, peor aún, que las tuvieran y no hicieran uso de ellas. ¿En qué mundo vivían? Llevaba toda la mañana buscando y aquel hombre era como un fantasma. Había sido relacionado con diversos robos, pero nunca se encontraron las pruebas para condenarle. Era muy listo o muy cobarde. Probablemente las dos cosas.

No tenía dirección conocida, ni redes sociales, ni un teléfono dado de alta con su nombre. Por supuesto, no tenía recibos de agua, luz, internet... Vivía alejado del sistema y de esa forma era imposible dar con él. Para colmo, nadie se atrevía a dar información, por miedo a que le ocurriera lo mismo que a aquel preso del Penal de El Dueso, y aunque alguno se fuera de la lengua, parecía tenerlo todo bien atado para que no hubiera pruebas que lo pudieran condenar. Era como un fantasma.

Comenzó a ojear los casos de atraco que habían sucedido en España en los últimos meses. El último se produjo tan solo unos días antes. El pasado viernes, en una pequeña sucursal de Talavera de la Reina. Por el modus operandi, relacionó otro atraco en lo que llevaban de año. Era fácil distinguirlo, porque la mayoría de los atracos que se habían cometido implicaban a toxicómanos con la cara destapada y llevándose cantidades mucho menores. El primero fue en enero, en una sucursal de la localidad de Mora de Rubielos, en la provincia de Teruel. Se llevaron sesenta y cinco mil euros que el cajero tenía guardados en un cajón, unos minutos antes de que

llegara la empresa de recogida de efectivo. No era una oficina que moviera mucho efectivo. Sabían perfectamente las entradas puntuales y esperaban al momento adecuado. Iban con la cara tapada y no se tenían pistas sobre los atracadores. Entraban en oficinas fáciles de robar, y teniendo en cuenta que en medio año habían perpetrado tan solo dos robos y que eran cuatro personas, no les haría ricos.

Investigó a sus padres y pidió el registro de llamadas del teléfono fijo de su casa. No tenían móviles ni redes sociales, lo que le pareció más lógico, tratándose de personas mayores, pero quería comprobar las llamadas. Esperaba tener más suerte y que al poder estar relacionado con el caso, le proporcionaran la orden para acceder a ellas.

Sin más dónde buscar, leyó las transcripciones del juicio en el caso del robo que condenó a sus presuntos compañeros a la cárcel. No se había producido de la misma manera. Parecía que hubiera aprendido de aquel error, aunque finalmente no le salpicara directamente con una condena.

Aquel día, entraron en una sucursal de Santander de doce empleados. Querían dar un golpe más grande, llevándose una cantidad considerable de dinero, pero no lo tenían bien preparado y la alarma saltó de inmediato. No les dio tiempo a cruzar la puerta. Para entonces, el supuesto cuarto atracador se había marchado sin dejar rastro. En el juicio, uno de los condenados dio el nombre de Adolfo Latre y detalló el coche en el que viajaba. Un coche que habían robado el día anterior en Liérganes, muy cerca de Cabárceno. Pertenecía a un hombre mayor que ya no lo utilizaba y no denunció su robo hasta que llegó un coche de Policía a su casa. Las cámaras de tráfico captaron aquel vehículo saliendo de Santander, pero el hombre que viajaba dentro llevaba una peluca que le tapaba la cara y fue imposible reconocerlo. El coche no se encontró. Probablemente estaba sumergido en algún lago o escondido en algún lugar remoto. Los tres atracadores fueron condenados y trasladados al Penal de El Dueso. El cuarto atracador se cobraría su venganza sin tener que pisar la cárcel, y el recluso que le delató apareció muerto con el cuello rajado, pero eso entraba en el terreno de la lógica, no de las pruebas.

A unos metros del portal, Saúl y Ernesto se quedaron parados, dirigiendo la mirada hacia la ventana de la vivienda. Entre las cortinas, se podía distinguir una cabeza que les observaba. Las cortinas se movieron y desapareció, al darse cuenta de que los agentes la habían descubierto. Sabían mucho más de lo que decían, pero no podían perder el tiempo insistiendo a una madre que no iba a delatar a su hijo. Lo habían intentado con su padre. Un hombre que debía estar acostumbrado a cerrar la boca cuando su mujer se lo ordenaba.

Cruzaron la calle y entraron en el primer local que apareció ante sus ojos. Compraron unos bocadillos y unas botellas de agua y se los tomaron precipitadamente en el coche, antes de emprender la última parte del viaje.

Con el GPS en marcha, arrancó el coche para recorrer los sesenta kilómetros que separaban Torrelavega del centro penitenciario. Se internaron en la A-8, disfrutando del paisaje, hasta su llegada al parque natural de Santoña.

—¿Ves? Esta es la playa que te comentaba. La Playa de Berria. Hace tres veranos estuve aquí. Es una maravilla —dijo Ernesto con cara de felicidad.

—Desde luego, ya que tienes que estar en la cárcel, no es mal lugar. El entorno es espectacular, pero vas a tener que esperar a las vacaciones, si quieres darte un chapuzón.

—¿Sabes que la llaman la cárcel del mar?

—No me extraña. Tras los muros se puede ver el mar.

—Funciona desde mil novecientos siete, pone aquí.

Ernesto mostraba pasión por conocer hasta el más mínimo detalle del lugar en el que se encontraba, y disfrutaba contárselo a los demás.

—Si quieres, te puedes quedar.

Negó con la cabeza.

—Si me quedo, es en la playa. Escucha. Salen en pequeños grupos, acompañados de funcionarios, para limpiar la playa o las escaleras del Faro del Caballo. Dice que no es habitual en otras cárceles, pero que lo consideran un programa de reinserción.

Saúl respiró al llegar a la entrada de la prisión. Conocía muy bien esa faceta de su compañero.

Tras pasar el control de entrada, fueron dirigidos al interior de la prisión. Les informaron de la ausencia del director del Penal y que serían atendidos por el Subdirector de Régimen, que era el mandamás del centro, por debajo del director y la persona que tenía toda la información del historial de todos los internos. Quedaron contentos por ello. Precisamente, era la persona que estaban buscando. Esperaron en su despacho, hasta que acudió a los cinco minutos.

—Buenos días. Bienvenidos a nuestra maravillosa prisión. Soy Gonzalo Salas. Subdirector de Régimen.

Encontraron a un hombre afable, que no perdía la oportunidad de destacar el entorno en el que se encontraba.

—Buenos días. La verdad es que sí es impresionante.

—Así se llevará de otra manera.

Correspondieron a Gonzalo, diciéndole lo que quería oír.

—Me han avisado esta mañana. Necesitan alguna información referente a un preso que estuvo

con nosotros.

—Estamos en plena investigación y nos gustaría que nos hablara de dos presos que todavía están aquí y de otro que murió asesinado en esta prisión.

—En primer lugar, no se hizo público. No da muy buena imagen este tipo de incidentes y, además, no ha pasado demasiadas veces en los últimos años. No siempre es evitable. La información oficial fue que murió en su celda.

—Mi compañero encontró el informe y dice que fue asesinado.

Gonzalo se quedó sorprendido. El informe que él mismo cursó hablaba de un ahorcamiento en su propia celda.

—Debe de haber algún error.

—En todo caso, no se preocupe, porque nuestra intención es mantenerlo en secreto, pero necesitamos que nos cuente exactamente lo que pasó. Es básico para dar con otra persona que nunca ha pisado esta cárcel.

Gonzalo seguía dándole vueltas a la cabeza. ¿Habría una versión oficial y otra guardada en los archivos secretos? Lo apartó de su mente e informó a los agentes de lo ocurrido. Hablaba de un fallo de seguridad y corroboraba cada letra del informe que había llegado a manos de Ernesto. Hicieron las fotos correspondientes y, ante la insistencia de la prensa, dieron la versión de un posible suicidio, con la ambigüedad que les caracterizaba. La noticia hablaba de un posible ahorcamiento, aunque sin datos que le dieran veracidad. Pasó de puntillas por los medios de comunicación y desapareció tan rápido como un tuit publicado unos minutos antes.

—Nos gustaría hablar con dos presos. Es importante que nadie sepa que hemos venido, para que puedan hablar lo más libremente que les sea posible.

—Descuide. Sé a qué se refiere. Les haré llamar.

—Si salen los dos, probablemente sospecharán. Me gustaría que llame a tres o cuatro más por otro lado. Usted sabrá qué explicación puede dar, pero que los vaya intercalando.

Gonzalo estuvo de acuerdo en hacerlo de aquella manera. Si solo salían los dos presos que estuvieron implicados en aquel robo, podrían sospechar de ellos y que les dieran con la misma medicina.

Tras esperar un rato en una sala que tenían habilitada para llevar a los presos, llegó el primero de ellos.

—Buenas tardes. Su nombre es Zacarías López, ¿Estoy en lo cierto? —preguntó Saúl, impresionado por su físico.

—Me llaman Zaca. ¡Qué originales, eh!

Era un hombre de gran envergadura y cerca del metro noventa, que regalaba chulería por los cuatro costados.

—Venimos a hablar con usted, para ver si nos puede ayudar con un asunto.

—¿Quién coño eres?

—Soy Saúl Ros. Jefe de unidad de Policía.

—Pues yo soy el jefe de unidad de mi pasillo. ¡Coño, tenemos mucho en común!

—Parece que sí. Quería preguntarle por un amigo suyo. Adolfo Latre.

—¿Quién?

Interpretando su respuesta, parecía no conocer ese nombre.

—El Alambre. Igual le dice algo más que su nombre real.

—Sigo sin saber de quién me habla. No había oído en mi vida ninguno de los dos.

—Estamos al tanto de lo que ocurrió con su compañero de atraco. No venimos por eso, ni

venimos a detener a Adolfo. Solo queremos hablar con él, porque nos puede ayudar con un tema importante.

—Mi compañero de atraco, como dices, se sentía tan culpable por haber inventado gilipolleces, que el muy cabrón se rajó el cuello él solo. ¿No le parece escalofriante?

Seguía mofándose de Saúl.

—¿Se cortó el cuello él solo? ¿También dejó aquel mensaje en el suelo con su propia sangre, después de morir?

—Era un artista. ¿Qué quiere que le diga?

—Quiero que te dejes de soplapolleces y me tengas un respeto —dijo Saúl, con tono calmado pero desafiante.

Zacarías comenzó a reírse a carcajadas, como si le hubieran contado un chiste.

—Espero que tengas algo más fuerte que decirme. Por si no te has dado cuenta, aquí nadie se atreve a mirarme, si no le doy permiso. Un mierda como tú no me va a achantar.

—Debe ser jodido estar aquí pudriéndose, mientras la persona que te dejó tirado está forrándose robando bancos. Para ser tan machote, te measte encima cuando te amenazaron para que no lo contaras.

Provocó que lanzara la silla hacia atrás y se abalanzara sobre él. Saúl dio dos pasos hacia atrás y le agarró del brazo, retorciéndolo hasta hacerle caer al suelo. Dos guardias actuaron de inmediato y le esposaron las manos a la espalda.

—Te voy a matar, saco de mierda —gritó enfurecido.

—Lo que vas a hacer es volver a sentarte.

Le miró fijamente a los ojos, echando por tierra el derroche de prepotencia que había exhibido.

—No te voy a contar una mierda.

Torció el gesto y desistió de la idea de seguir hablando con aquel hombre. No iba a decir absolutamente nada. Estaban perdiendo el tiempo. Hizo un gesto con la mano, mostrando la puerta, y le sacaron de la sala. Los gritos e insultos se iban escuchando cada vez más lejos.

A los diez minutos, apareció por la puerta el segundo recluso. Era significativamente más joven y apocado. Parecía una presa mucho más sencilla para Saúl, pero si no habló en el juicio, veía menos opciones, tras ver cómo un compañero que había delatado a otro acababa con el cuello rajado y una escena excesivamente grotesca. Se sentó en la silla, sin elevar la mirada en un primer momento, como si, por el simple hecho de encontrarse allí sentado, hiciera peligrar su vida.

—Buenos días, Carlos. Soy Saúl. Quería mantener contigo una conversación. Estamos buscando a Adolfo Latre. Nos podemos ahorrar que no lo conoces y todo ese rollo. Todo esto no tiene que ver con el atraco por el que estás aquí. Tan solo queremos localizarle, porque nos puede resultar de ayuda en una investigación.

Carlos alzó la cabeza, sensiblemente nervioso. No le dio la impresión de ser un matón, como su compañero. Parecía un chaval que había tomado malas decisiones y lo estaba pagando con creces.

—No sé dónde está. Llevo aquí dos años y no he vuelto a saber de él.

—¿Qué nos puedes decir del asesinato de Lucas Salazar?

—No mucho. Apareció muerto un día. Se oyen cosas por la prisión, pero yo no vi nada.

—¿Qué es lo que se oye?

Se retorció en la silla, mostrando que lo estaba pasando realmente mal.

—Por favor. Yo no sé nada, de verdad. Cometí un error y aquí estoy. Intento pasar desapercibido y salir cuanto antes, pero no puedo hablar de algo que no sé.

—Supongo que hay algo que nos podrías decir. ¿Conocías bien a Adolfo? Podrías decirnos dónde vivía; qué coche tenía. Cualquier dato puede ser importante. Solo te pedimos eso. No te pedimos que delates a nadie.

—¡No puedo decir nada, joder! Solo por estar aquí ahora mismo, me estáis poniendo en peligro —dijo, desesperado.

—Carlos. Veo que no eres mal chaval. Tenemos dos opciones. La primera es que nos digas cómo podemos localizar a Adolfo y puedas volver a tu celda o a la actividad que tengáis ahora mismo. La segunda opción es que no nos cuentes nada y en el momento que lo localicemos, le daremos la sensación de que has sido tú quién nos ayudó a hacerlo. Está en tu mano.

Carlos se quitaba el sudor de la frente. La cara tomaba tonos rojizos, por el estado de tensión, mientras sopesaba el camino que debía tomar. Ninguno era muy halagüeño y no conseguía poner en orden su cabeza. Por fin, tomó una decisión.

—Por favor, si alguien se entera de que he hablado, me matarán.

—Te matarán de todas formas. Cuando salgas de aquí, sal gritando e insultando como el gorila de tu amigo. Si nos ayudas, haremos lo posible para que nadie sepa de dónde ha llegado la información.

—¡Eh! —No conseguía arrancar—. Lucas fue asesinado porque habló de Adolfo en el juicio. Zaca no me dijo quién había sido, y tampoco quería saberlo. Cuanta menos información tengas, menos te podrán joder. Conocí a Zaca hace un tiempo. Yo necesitaba dinero para seguir estudiando, porque quería ser abogado y no tengo a nadie que me ayude. He trabajado de todo, pero te pagan una mierda. Quería salir de mi mundo, donde no vales nada, y ser alguien. Zaca me dijo que tenía algo que me podía sacar de mis problemas. Le dije que no quería hacer nada ilegal, pensando que me ofrecería pasar droga o algo parecido. Me dijo que no me preocupara, que era un trabajo fácil y podría seguir con mi vida. Me presentó a todos y me dijeron que íbamos a atracar un banco, a lo que me negué, pero me amenazaron, porque sabía cómo iban a dar el golpe. Me entró miedo. Me tenían pillado y me avisaron que, si no lo hacía, aparecería muerto en una cuneta, y aquí estoy. No salió bien y mi vida se ha ido a la mierda. Luego vi lo que le pasó a Lucas y según hablamos, creo saber lo que me va a pasar a mí.

Se derrumbó por el conflicto interior que tenía. Sentía no tener opciones buenas. Cada día recordaba el momento que cayó en la trampa del dinero fácil, y soñaba con volver atrás y no cometer el mismo error, pero ya era tarde para eso.

Saúl sentía pena por el chaval. Una mala decisión puede destrozar tu vida, pero no podía pensar mucho en ello. Tenían un caso por resolver y debían localizar a Adolfo antes de que fuera tarde.

—¿Sabes cómo podemos localizarlo?

—No sé mucho de él. Era muy hermético. Las órdenes me venían de Zaca. Adolfo nunca hablaba conmigo. Se iba a quedar en el coche esperando a que saliéramos, pero eso ya lo sabe todo el mundo, solo que no se pudo demostrar. Lo único que le puedo decir es que va de un lado a otro con una furgoneta, pero no la vi nunca.

—¿Y cómo sabes eso?

—Lo dijo Zaca cuando entramos en la cárcel. No le importó que se marchara, porque decía que era lo que debía hacer, y dijo que el muy cabrón estaría disfrutando de la vida con su furgoneta. Vive en ella.

—¿Sabes la marca o matrícula?

—Ya te digo que no la he visto. No tengo más datos que darte, pero sí os puedo hablar de un tío que trabaja con él. Leímos que hubo un atraco el viernes pasado en Talavera de la Reina y Zaca dijo que llevaba su marca. No es la misma que nuestro atraco, pero sabía que era él.

—¿Por qué lo sabía? ¿Tiene información dentro de la cárcel?

—Lo sabe, porque la persona que realizó el atraco con Adolfo es hermano de Zaca.

El día había sido duro, pero quedaba algo más por hacer. Tenían que localizar al hermano de Zacarías para poder llegar a Adolfo. No sabían dónde se encontraba, por lo que habían llamado a Blanca, para que realizara su propia búsqueda.

—Hola, Blanca. Hemos interrogado a los presos y no hemos conseguido mucho, pero nos ha dado una pista donde buscar.

—Yo también he estado investigando. Casi te puedo asegurar que un atraco que se realizó el viernes en Talavera de la Reina lo ejecutó nuestro amigo, aunque no haya manera de pillarlo.

—Lo sé.

—¿Cómo lo sabes? Es mi trabajo.

—Porque uno de los presos me lo ha dicho.

—Joder, ¡qué poder de convicción! No esperaba que dijeran ni una sola palabra.

—Hemos tenido suerte. Nos ha hablado del hermano del otro preso. De Zacarías López. Parece estar involucrado en el atraco del que me hablas.

—¡Chupi! Me pongo a ello. Tengo aquí los datos del chorbo, en un informe. Voy a ver quién es su hermano y te cuento. ¿Volvéis hoy?

—Eso depende de lo que consigas.

—Todos los atracadores, si recuerdo bien, son de Cantabria. No de las mismas zonas, pero son de allí.

—Pero el viernes estaba en Talavera. Si no tiene dirección conocida, estamos igual.

—A ver qué consigo. Besos.

Colgó el teléfono y Saúl se subió al coche para salir de la prisión. Ernesto esperaba dentro, mirando las noticias en el móvil.

—¿Algo nuevo sobre el caso?

—Nada nuevo. La noticia empieza a bajar. Ya no está entre las primeras. Lo bueno es que tenemos unos políticos que nos echan una mano cuando pueden. Siempre la están cagando y ya casi es como si estuviera olvidado.

—Perfecto. Eso nos da más tiempo.

Esperaban la llamada, para saber a dónde dirigirse. Por fin, sonó el teléfono, tras una larga espera.

—Cuéntame.

—Nuestro amigo, Zacarías López, tiene un hermano que se llama Amancio. Es el mayor. Pero también tiene otro más pequeño, que se llama Ignacio. Los dos son unos piezas. Como buenos ladrones, no tienen redes sociales, pero los dos están fichados. El pequeño está cumpliendo condena de tres años en Basauri, por robo con intimidación. Robó a una señora en la calle a punta de pistola. Se llevó tres mil euros que acababa de sacar en la sucursal. El muy idiota fue grabado por la cámara de otro banco que se encontraba en la esquina y le pillaron.

—Descartamos a este —dijo Saúl, demandando más información.

—Amancio está en libertad. Ha cumplido pequeñas condenas en dos ocasiones. Ninguna por atracos a bancos. La primera fue por una pelea, en la que apuñaló a un gitano. Tuvo suerte y no

murió. La segunda, por atracar una joyería. Parece que los tres hermanitos no son tan listos como Adolfo. Salió en octubre del dieciocho. Lleva unos meses fuera.

—Parece que no se toma mucho tiempo para volver a la cárcel —dijo Ernesto.

—¿Alguna dirección? —preguntó Saúl.

—Nació en Potes. Su familia vive muy cerca, en Aliezo, donde tienen una casa rural. He llamado y he hablado con su madre. Me dice que hace años que no habla con ninguno de los tres. Denunció al pequeño, porque les robó la caja de la casa rural, pero no pudieron demostrarlo. Desde entonces, no le ve. Los otros dos no han vuelto por allí en años. Tampoco tienen dirección conocida. Sara se está encargando de las cámaras de tráfico del atraco del viernes, pero le han dicho que las han revisado y perdieron el coche. Encontraron el vehículo calcinado en una zona despoblada y es imposible saber el coche en el que se subieron.

—La Policía no sabía dónde buscar. Nosotros sabemos quiénes son y tenemos sus caras. Va a ser difícil, pero hay que buscar hasta que tengamos algo. Por lo menos, hacia dónde se dirigían.

—Se lo digo a Sara.

—Cualquier cosa, me llamas. Vamos para Madrid.

—Aquí estamos. Buen viaje.

Tenían más de cuatro horas por delante y se pusieron en marcha.

A la hora a la que comenzaban a entrar por la puerta, se cumplía una semana de la muerte de Luna. Sus compañeros de trabajo más cercanos se reunían para cenar en casa de Daniel, como homenaje a una persona tan querida. Llegaban sin parejas. La mujer de Daniel se encontraba de guardia en el hospital y aprovechó para ofrecer su casa. Según iban entrando, Daniel veía repetida la expresión de cada uno en el siguiente, como si entraran a un funeral. Primero llegó Óscar, acompañado de Mario, a continuación, Fabián y, por último, Usue. Fabián era el que menos relación tenía de todos, pero quiso asistir igualmente.

—¡Cuánto tiempo, Nico! —dijo Mario al hijo de Daniel.

El chico le dio la mano amablemente, aunque lo hubiera visto unas pocas veces.

Daniel tenía dos hijos. Nico de veintidós años, que estudiaba periodismo, como había hecho su padre, y Susana, de diecinueve años y que llevaba poco tiempo estudiando ingeniería aeronáutica. Era el coco de la familia.

—¿Dónde está tu hija? —preguntó Usue.

—Está estudiando con una amiga, o eso dice —bromeó Daniel.

—¿Le va bien con los estudios? —Se interesó Fabián.

—Es una máquina. No sé de dónde lo ha sacado, pero estamos muy orgullosos de ella.

Nico se despidió y subió a su habitación. Estaba bastante acostumbrado a que su hermana le quitara el protagonismo y no tenía intención de quedarse a presenciarlo.

Tras unos minutos en los que se acomodaban y tomaban asiento alrededor de la mesa del comedor, comenzó el turno de recuerdos.

—¡Me encantaría que estuviera Luna! La echo mucho de menos.

Usue derramó unas lágrimas sobre el mantel, expresando verdadera impotencia.

—¿Se sabe algo sobre lo que ocurrió? —preguntó Óscar.

—Se sabe que esas sanguijuelas están asediando su casa. Tenemos una vergüenza de prensa en este país.

A Mario le envenenaba cómo se tergiversaba todo por vender unos periódicos.

—He oído que han detenido a su padre —informó Daniel.

—¿Era su padre? Todavía quedábamos algunos allí cuando llegó la Policía. ¿Creéis que ha tenido algo que ver? Que yo sepa, no hablaba con él desde hace años.

Usue estaba en el cementerio, hablando con otros compañeros, cuando se sorprendieron al ver aquella escena. No lo conocían, pero ahora sabían de quién se trataba.

—¿Cómo va a ser su padre? —exclamó Mario—. Tendrá más de setenta años. ¿Cómo iba a salir corriendo si no se tiene en pie?

—Y qué tiene que ver —dijo Daniel.

—Por no decir que es su padre.

—Sigo sin ver la razón por la que pudiera no ser él. Si no hablaban desde hace años, por algo será.

—Lo que espero es que no sufriera. No pretendo defender a su padre.

Durante las dos horas siguientes, siguieron hablando de Luna casi exclusivamente, recordando anécdotas y conviviendo las risas con la pena de haber perdido a una compañera y una amiga. Tan

solo había pasado una semana y tenían la sensación de que hubieran pasado meses. No se podían concentrar en las clases y esperaban saber algo más de lo ocurrido, pero no llegaba ninguna información.

Eran más de las doce de la noche cuando se despidieron y cada uno volvió a su casa con fuerzas renovadas. Había sido una buena noche, que les había permitido hablar de Luna, recordarla y compartir la pena entre todos, sacando lo que cada uno tenía guardado. Al día siguiente, no tendrían que madrugar. Era San Isidro.

Madrid amanecía con la fiesta de su patrón, San Isidro Labrador. Las celebraciones se repartirían por toda la ciudad. En el Ayuntamiento; en la Plaza Mayor; y se llenaría de verbenas de barrio, actos religiosos, deportivos y todo tipo de costumbres. Muchos se reunirían a comer en la Pradera de San Isidro y beber el agua de la fuente junto a la que se construyó la ermita. Toda la ciudad estaba de fiesta. Unos la disfrutaban y otros la vivían desde sus puestos de trabajo. Saúl y su equipo no tenían tiempo para ninguna de las dos opciones.

Comenzaban la mañana con una nueva reunión.

—Hola, compañeros. ¿Cómo fue el viaje? ¿Habéis descansado? —se interesó Sara.

—Sacamos mucho más de lo que esperábamos —dijo Saúl.

—Ayer, Nacho y yo le dimos una vuelta a las cámaras de tráfico. No hemos visto nada, pero seguimos buscando. Es una tarea ardua. Se me caen los ojos, de pegarme al ordenador.

Saúl se acercó al corcho, donde estaban sujetas con chinchetas las cuadrículas con los nombres de los sospechosos, y añadió una nueva de Adolfo.

—Bien. Pongamos todo en orden. Por ahora, tenemos a Adolfo como principal sospechoso. No podemos confirmar que haya cometido ningún crimen y, desde luego, no ejecutó el de Lucas Salazar, aunque parece obvio que lo encargó. Lo que se asemeja a la muerte de Luna es el versículo escrito con sangre en el suelo, en el caso de Lucas, y tatuado con un cúter en su cuerpo, en el caso de Luna. Queda bastante claro el móvil en el asesinato de Lucas, pero seguimos sin tener claro cuál es el móvil para hacer lo mismo con Luna. Las dos víctimas no tienen absolutamente nada que ver y, que sepamos, es difícil que hayan tenido algún tipo de contacto. Se nos escapa algo.

—Hay una orden de busca y captura de Adolfo. Me acaban de confirmar al móvil que está cursada —interrumpió Sara.

—Perfecto. A ver si en algún control de Policía o que se salte un stop, o lo que sea, damos con él, para aclararlo.

—Parece demasiada casualidad que, sin tener nada que ver los dos crímenes, hayan coincidido de esa forma —apuntó Nacho.

Se hizo el silencio, mientras los pensamientos chocaban unos con otros.

—En fin. Luego tenemos a su padre, que puede tener un móvil. Tenía su ADN bajo las uñas y la maltrataba cuando era pequeña.

—Pero tiene una enfermedad en los huesos y no puede correr —afirmó Ernesto.

Saúl se quedó parado por un momento y se le encendió una luz.

—¿Tenemos pruebas de ello?

Se le quedaron mirando, como si se le estuviera yendo la cabeza.

—¿Crees que no tiene una enfermedad? —preguntó Sara, con cara de sorpresa.

—Solo pienso en alto. Es un hombre manipulador, y cuando fuimos a verle Sara y yo, antes de salir, vi que en un cuarto tenía una bicicleta. No parecía estar vieja. ¿Cómo no me he dado cuenta antes? Me acaba de venir a la cabeza. ¿Quién sabe? Habrá que comprobarlo. Ernesto, quiero que averigües quién es su médico y quién le dio la incapacidad. Tenemos que comprobar su coartada y esto es importante. Nacho, te vas ahora mismo al bar que tiene debajo de casa y les preguntas si

hace deporte y si saben de su enfermedad. Cometimos el error de preguntar si había estado allí aquella tarde y si le veían habitualmente, pero en ningún momento corroboramos lo que nos dijo Iria. Si tenía una enfermedad degenerativa. Hay que descartarlo o confirmarlo cuanto antes.

Nacho y Ernesto se disponían a salir de inmediato, cuando Saúl les paró.

—¿Nos quedamos?

Ernesto volvió sobre sus pasos, esperando la respuesta de su jefe.

—Solo cinco minutos. Quiero terminar —asintieron y volvieron a tomar asiento—. El tercero en discordia es Daniel. El único, junto a su padre, que no tiene coartada. Podría ser la persona que estamos buscando. La pareja de Luna. Iban juntos a trabajar en ocasiones; vive muy cerca, por lo que le dio tiempo a volver a su casa a cambiarse, incluso andando, y coger el coche para ir a buscar a dos de sus compañeros para tomar unas cañas, pero necesitamos una prueba de que estaban liados, para poder tener un móvil y poder detenerle. Algo sólido para procesarlo. En el caso de que no fuera esa persona, tenemos que dar con ella. ¿Con quién tenía la aventura, joder? Por cierto, Blanca. Vuelve a revisar las imágenes del día del asesinato, por si aparece Adolfo. En el momento en que las miraste, no lo estábamos buscando.

—Vuelvo a ello.

—Pues eso es todo. Tenemos muchas preguntas que responder.

Uno a uno, fueron saliendo de la sala de reuniones. Saúl se dirigió a su despacho, dando vueltas y vueltas a cada uno de los sospechosos. Podía ser cualquiera, pero Adolfo parecía la opción más plausible, si no fuera porque no encontraba el móvil que los conectara. Había que encontrarlo para llegar al fondo del asunto.

Dos horas después, recibía la llamada de Nacho.

—Cuéntame.

—A ver qué te dice Ernesto, pero los camareros del bar me dicen que sale en bicicleta todas las mañanas y, cuando vuelve, va al bar a ponerse ciego. Me dicen que solo lleva bastón cuando vienen a verle sus hijas, lo que no es muy habitual, y les sorprendió que, desde el miércoles pasado, lo lleva todo el día y no le han vuelto a ver salir en bici. Eres un genio, y no lo digo porque seas mi jefe.

Saúl dejó caer una sonrisa ahogada en señal de victoria.

—Gracias, Nacho. Voy a llamar a Ernesto. Buen trabajo. Quédate allí, por si tenemos que hacerle otra visita. Comprueba que está en casa.

—No hace falta. Está en la terraza. He hablado dentro con los camareros y le he estado observando. Lleva el bastón, pero se mueve mejor que yo. Me quedo aquí hasta que me digas.

—¿Te ha visto preguntar a los camareros?

—No. No sabe que estamos aquí.

—Perfecto. Espera mi llamada.

Colgó el teléfono y llamó inmediatamente a Ernesto.

—¿Dónde estás?

—Estoy en el coche. Me han indicado cuál era su médico de cabecera. Hoy es fiesta y no estaba trabajando, pero me han dado su teléfono.

—¿Has conseguido hablar con él?

—Sí. Un hombre muy agradable. Cuando le he pedido la información sobre su enfermedad, no sabía de qué estaba hablando. Me ha dicho que es un hombre sano, que hace bicicleta y que me habré equivocado de persona. Eres un crack. Has dado en el clavo.

—Estáis pelotillas hoy —dijo, sonriendo—. Teníamos que haberlo sabido antes. Gracias,

Ernesto. Vuelve al trabajo.

A pesar de haberlo descubierto, todavía quedaba lo más difícil, que era tener algo sólido y, además, era un hombre muy poco conformista y sabía que tendría que haberlo sabido mucho antes.

Aquel viejo estaba sentado en la terraza, tomando una nueva copa de vino. Saúl se acercó hasta su mesa, mientras iba pensando que no era tan viejo como parecía. Por lo visto, se cuidaba practicando deporte y se destrozaba después con el vino, a partes iguales. Su cara hacía pensar que era un viejo, pero su cuerpo desmentía la imagen que reflejaba al resto de la gente.

—Arturo. Hace unos días que no nos vemos —dijo Saúl, mostrando su mejor sonrisa.

—¡Ya estamos otra vez! ¿Han encontrado mi ADN en algún otro sitio? —dijo de forma sarcástica.

—No. Hemos encontrado algo mejor. Sus mentiras.

No era capaz de saber de lo que estaba hablando.

—¿Por mentir se va a la cárcel? No iba a quedar nadie en la calle.

—Debe acompañarnos, y esta vez no quiero numeritos. ¿De acuerdo?

—¿Por qué no hablamos aquí? Hoy me duele especialmente el cuerpo.

—Deje de fingir. Sabemos que no tiene ninguna enfermedad. Puede tirar el garrote, que no le sirve para nada.

Le pilló de sorpresa. No esperaba que vinieran por ese motivo y su cara reflejaba su asombro.

—¿Cómo lo han sabido?

No disimuló, ni negó lo que, a estas alturas, parecía obvio. Solo quería saber qué le había delatado.

—La bicicleta en su casa. Estaba cuidada. No parecía que la tuviera apartada y sin uso. Lo investigamos y no tiene ninguna enfermedad degenerativa. ¿Nos lo puede explicar?

Había comenzado a abrirse y no quería perder la oportunidad de llevárselo y que cambiara de opinión.

—Pues tiene una simple explicación. Como sabe, mis hijas no me querían ver por lo que las hice. Llevo toda la vida sufriendo por haberlas perdido. Tenía una enfermedad, y probablemente la siga teniendo, y es la rabia que no puedo controlar en mi interior y que me obliga a hacer daño a quien me rodea. Ahora estoy solo, así que eso ya no importa.

—Tiene a su otra hija.

—Ayer me llamó para decirme que no quiere volver a verme. Todo esto me ha explotado en la cara y he perdido a mis dos hijas. El marido de Iria se ha enterado de que estábamos en contacto y ella me ha dicho que no quiere seguir mintiendo a su verdadera familia, y que ha sido un error volver a relacionarse conmigo.

—¿Por qué mintió sobre su enfermedad?

—Era la esperanza que tenía para volver a verlas. La pena. Se me ocurrió que, si se enteraban de que estaba enfermo, se interesarían por mí y podría retomar la relación. Yo no tengo familia, pero llamé a una prima mía que tenía relación con Luna y le dije que quería despedirme. Hacía años que no hablaba con ella, pero esperaba que se lo dijera a mis hijas, como así fue. Después de eso, tuve que fingir que tenía una enfermedad degenerativa. Si supieran la verdad, las perdería para siempre. Aunque ha pasado igualmente.

—Es usted un manipulador.

—Lo sé. No soy buena persona, pero nunca mataría a mi hija. No soy un asesino.

Le sorprendía ese cambio tan repentino. Parecía una persona diferente, y no entendía la forma tan cordial con la que estaban hablando. Todo podría ser mentira, pero no era la sensación que

tenía. Tampoco podría demostrarlo, por el momento. Le hizo un gesto a Nacho para que se fueran y se subieron al coche.

—Jefe, ¿no le vamos a detener?

—¿Le has escuchado? Convencería a cualquier jurado y no tenemos pruebas de nada. Por el momento, no podemos hacer mucho más. Tan solo engañó a sus hijas. Eso no es un delito.

La espera se hacía muy larga. Tanto si estaba escondido, como si se movía poco, iba a ser difícil dar con Adolfo. Si conducía una furgoneta, no la tenía registrada a su nombre, lo que podría ser determinante si le paraban en algún control rutinario. Su DNI lo renovaba religiosamente, pero quedaba un año para que llegara el momento de hacerlo. El peligro que corrían era que, hasta el momento de visitar el Penal de El Dueso, no sabía que le estaban buscando, pero Zacarías tendría forma de sacar aquella información fuera de la cárcel. Blanca se quedó mirando la pantalla, totalmente ida, y una bombilla se encendió en su cabeza. Llamó al centro penitenciario y preguntó por Gonzalo.

—Buenas tardes, ¿Gonzalo Salas?

—Sí. Soy yo. Me dicen que es usted compañera de Saúl Ros.

—Sí. Mi nombre es Blanca Rojas. Encantada de hablar con usted. Estaba revisando algo y creo que me podría ayudar.

—Por supuesto. Hoy es fiesta en Madrid. Siento que no lo tenga libre.

—¡Qué le vamos a hacer! Cuando salga, disfrutaré de lo que quede de día.

—Perdone. Dígame en qué le puedo ayudar.

—Quería saber las visitas que ha tenido, en los tres últimos meses, uno de los presos.

—Carlos Ávila o Zacarías López, ¿verdad?

Blanca sonrió, reconociendo lo obvia que era aquella petición.

—Exacto. Se lo agradecería.

Gonzalo desbloqueó su ordenador para recuperar la información.

—¡Veamos! —dijo para sí mismo—. Aquí lo tengo. Con Carlos Ávila, va a ser muy sencillo, porque nunca ha recibido ninguna visita. No tiene familia y el pobre lleva aquí dos años sin que nadie se interese por él.

—Pobre chico. Me ha comentado mi jefe su situación.

—La verdad que sí. Es una pena lo de este chaval.

—¿De Zacarías tenemos algo?

—Zacarías ha tenido tres visitas en los últimos tres meses. La última hace un mes. Le adelanto que solo le visita una persona y, en efecto, esta última vez también ha sido su hermano Amancio.

Blanca sabía que había dado en el clavo. Tenía una opción de encontrar a Amancio y, de esa manera, poder dar con Adolfo.

—Es muy importante que lo meta en el sistema, o esté usted pendiente, o lo haga como lo tenga que hacer, pero necesito que nos avise cuando vaya ese hombre.

—No hay problema. Cuando un familiar quiere visitar a un preso, tiene que pedir una cita al centro. En cuanto haya cualquier visita para este preso, la llamo inmediatamente. Estamos aquí para colaborar.

—Otra cosa. Desde ayer, ¿ha realizado o recibido alguna llamada?

Volvió a mirar el ordenador.

—Ninguna. Los presos no pueden recibir llamadas. Tan solo pueden hacerlas.

—Es importante que, si realiza una llamada, sea grabada. Quiero saber con quién habla y que rastreen la llamada.

—Tenemos una empresa que supervisa las llamadas y obtiene la ubicación, como ya sabrá. No se preocupe.

—Se lo agradezco. Ha sido usted muy amable.

Colgó el teléfono con la sensación de haber dado con la única posibilidad de encontrar a Adolfo que no dependiera de la casualidad. Si Zacarías quería informar a su hermano de que había entrado en la prisión la Policía a preguntar por Adolfo, sería el momento de pillarle.

Entró en el despacho de Saúl para informarle. La puerta estaba abierta, pero dio dos toques con los nudillos.

—¿Puedo?

—Pasa, Blanca.

—Acabo de hablar con El Dueso. He tenido una idea para pillar a Adolfo. Si hay alguna llamada o visita del hermano de Zacarías, nos avisarán.

Saúl se dio cuenta al instante de que estaba más espeso de lo habitual, y su mano tapándose la cara dejaba entrever que era algo que tenía que haber pensado antes.

—Menos mal que te tengo aquí cuando no doy para más. Muy buena idea. A ver si tenemos suerte. Por cierto, no dejemos de lado otras posibilidades. Sigo sin ver la conexión entre Adolfo y Luna. Parece como si cada uno viviera en planetas diferentes. Dale un repaso a todo, a ver si encontramos algo más.

Blanca levantó el pulgar y salió del despacho para volver a su mesa.

La forma de continuar avanzando se reducía a comenzar de nuevo, obviando todo lo que habían deducido. Por experiencia, cuando se enrocaba un caso, empezar de cero era determinante para encontrar cualquier detalle que se hubiera pasado por alto.

Le gustaba hablar en alto para darse sus propias respuestas.

—Martes, siete de mayo. Encuentran a Luna en su casa. Las pruebas son un huevo de mármol no encontrado, un cuchillo y el famoso versículo. No hay huellas, más allá de las de Luna y Julio, sin contar con las de la empleada del hogar. Esa mujer está descartada, porque a esa hora estaba con los niños de la familia donde está interna y las cámaras de la casa lo confirman. Aquí no hay ningún tipo de duda. Luna tenía una aventura, todavía por determinar. ¿Con quién? La opción más plausible es Daniel, pero podría ser cualquiera. No tenemos razones para saber que es así. Los posibles móviles son que Adolfo tenga alguna relación con Luna, con su marido o su entorno, cosa difícil de creer. Otra opción es que el hombre con quien tenía la aventura la matara, o que su marido se enterara y se le fuera la cabeza, pero no se encontraba en el país.

Se paró durante un instante, dando vueltas a todas las opciones, buscando un error en sus deducciones. Se habían equivocado no comprobando la enfermedad de Arturo Campos. Volvió a encenderse otra bombilla.

—Hemos descartado a su marido, teniendo sus huellas. Es verdad que es su casa y que es normal que se encontraran por todos lados, pero no podemos obviarlos. El versículo puede mostrar el móvil de la locura, porque le han engañado. Por otro lado, hemos comprobado sus vuelos y sus tarjetas. Para eso estoy hablando sola —sonrió para sí misma—. Para dudar de todo. Volvamos a comprobar lo comprobado.

El atardecer teñía al centro penitenciario de una luz rojiza, que acompañaba el sonido relajante del mar e impregnaba a la prisión de una atmósfera reconfortante para los presos que se encontraban allí. Carlos paseaba por el patio, antes de volver a su celda, y notó cómo una mano se posaba en su hombro. El corazón comenzó a acelerarse, imaginando que serían sus últimos latidos. Se dio la vuelta y vio a Zaca, que le envolvía con su brazo alrededor del cuello.

—Tenemos que hablar.

Intentaba no aparentar nerviosismo, pero no estaba seguro de estar consiguiéndolo.

—¿Qué pasa, Zaca! ¿Te interrogaron ayer esos cabrones?

Zacarías frunció el ceño. Esperaba que se justificara de alguna forma y encontró a su compañero muy entero.

—Sí. Suponía que a ti también te habrían apretado. ¿Qué les dijiste?

—No les dije una puta mierda. Que les den por el culo. Si no hablé en el juicio, por qué iba a hablar ahora. No sé qué coño busca esa gente, pero soy una tumba.

—¿Qué te preguntaron?

—Querían encontrar a “El Alambre”. Me dijeron que solo querían dar con él y les dije que no sabía de quién estaban hablando. ¿A ti te preguntaron lo mismo?

Zacarías se quedó en silencio, analizando las palabras y los gestos de Carlos.

—Espero que sea así. Ya sabes lo que pasa cuando uno se va de la lengua. ¿Me entiendes?

—¿Por qué iba a decir nada? Puedes confiar en mí.

Tras una mirada seria, que habría hecho temblar a cualquiera, le cogió la cabeza y frotó sus nudillos en el pelo de Carlos. Soltó una carcajada y se alejó sin darse cuenta de que Carlos temblaba como un niño. Al menos internamente.

—Todos adentro. Se acabó el recreo, niños —gritó uno de los guardas.

Carlos se mezcló entre la gente para llegar a su celda cuanto antes, esperando que todo hubiera acabado con aquella conversación. Desde ese día, no se encontraría seguro nunca más. Ni dentro, ni fuera. Esperaba que no encontraran a Adolfo o que, si daban con él, no le salpicara directamente.

Blanca esperaba nerviosa a que llegaran sus compañeros aquella mañana. Había enviado un mensaje al grupo de whatsapp con diez caritas sonrientes y un mensaje muy escueto «Os espero impaciente». Le gustaba darse importancia.

Normalmente, respondían pidiendo más información, pero todavía no habían tomado el primer café y Saúl prefería hablarlo en persona.

Unos minutos después entraban por la puerta, con cierta impaciencia por saber de qué se trataba.

—Hola, Blanca. ¿Tenemos algo? —gritó Saúl, flexionando las rodillas y elevando los brazos.

—Tenemos algo —gritó aún más alto, imitando la postura de su jefe.

—¡Venga, venga, que nos reunimos ya!

Uno a uno, fueron accediendo a la sala de reuniones.

Al fondo de la sala, tenían colocada una pizarra digital y un corcho de dos por dos metros, donde iban colocando las pruebas. De esa forma, resultaba más visual.

Blanca se colocó delante de la pizarra y se quedó mirando las uñas por unos segundos. Le gustaba desquiciarse a sus compañeros.

Saúl se llevó las manos a la cara, entre las ganas de reír y de lanzarle el bolígrafo, pero ya estaba acostumbrado y sabía que tener a alguien en su equipo que pudiera rescatar tan fácilmente una sonrisa, era de agradecer.

—¡Está bien, está bien! No os hago esperar más.

—¿Qué significan esas caritas felices que nos has enviado? —preguntó Saúl.

—Esas caras felices significan que, por fin, tenemos algo y el móvil puede ser convincente. ¿Te acuerdas, jefe, que le dijiste a Ernesto que fuera escrupuloso con las pruebas?

—No dije escrupuloso, pero me gusta esa palabra.

—Pues lo he sido. Ayer tuve una charla conmigo misma y me dije que, por muy absurdo que fuera, todo lo que daba por cerrado volvía a abrirse, pero si te soy sincera, no esperaba encontrar nada de nada.

—¿Y? —preguntó Saúl, con cara de incredulidad.

—He movido algunos hilos para que nos facilitaran la información de los vuelos del marido de la víctima. Toda la información que teníamos era de él mismo, de su empresa y de la agencia de viajes que les organiza los trayectos. Todo estaba más que cerrado, pero no caímos en que la información podría estar manipulada. Hasta que no cursáramos la orden, iba a tardar unos días, por lo que lo hemos sacado de forma no oficial y, ¿qué crees que he conseguido?

Movió los brazos, imitando a un mago antes de culminar su truco de magia.

—¿Un conejo?

—Muy gracioso.

Conectó la pizarra digital para mostrarles toda la información.

—¿No estuvo en China? —preguntó Nacho, buscando lo absurdo.

—Sí estuvo en China. En la primera imagen podéis ver toda la información relativa a su vuelo. Salió de Madrid el jueves, dos de mayo. Ya sabemos que no somos los únicos tontos. Él tampoco tuvo puente. El vuelo fue a las seis de la mañana con Air China, que tardó trece horas y llegó a la

una de la madrugada, hora de allí. Como sabéis, son seis horas más que en España. Estuvo allí hasta el miércoles, ocho de mayo, a las dos de la madrugada, nuevamente hora de allí, para aterrizar en Madrid a las nueve de la mañana del miércoles, hora española.

—Eso ya lo sabíamos. ¿Nos estamos perdiendo algo? —preguntó Saúl, que tenía la sensación de que no los llevaba a ningún sitio.

—Nos estamos perdiendo mucho por impacientes. —Pasó a la segunda imagen—. Aquí podéis ver que los horarios no coinciden con lo que nos envió la agencia de viajes que trabaja con su empresa. El horario de salida del vuelo coincide, pero la vuelta no fue a las dos de la madrugada, hora de Pekín, sino que fue unas horas antes, a las diez de la mañana. Si hacéis cuentas, aunque lo tenéis en la imagen, llegó a Madrid a las cinco de la tarde del martes, hora local. Tres horas y media antes del asesinato.

Las miradas se debatían entre la sorpresa y la emoción de estar más cerca de resolver el caso. Por un instante, nadie dijo nada, mientras repasaban la imagen que les estaba mostrando Blanca.

—No entiendo nada. ¿Cambió el vuelo? —dijo Ernesto.

—Lo cambió la misma agencia que nos ha enviado el primer documento. De hecho, lo cambió la misma persona. Una tal Rosa Utrera.

—No entiendo nada.

Repitió.

—Pues ya tenéis trabajo. Yo ya he hecho el mío. Pensaba que no iba a encontrar nada. ¡Qué desesperación!

—Eres una crack —dijo Saúl, mientras la agarraba por los hombros.

—¡Nada nuevo! Solo hago mi trabajo —respondió modulando la voz para parecer más interesante.

—¿Cómo has llegado a dar con esto? —preguntó Nacho, asombrado.

—Repasé todos los pagos con tarjeta y me di cuenta de que no había ningún pago en las últimas horas, ni en el aeropuerto, ni de un taxi. No entiendo cómo no pude verlo.

Ninguno esperaba una noticia de ese calibre. La misma agencia que envió la información del vuelo fue la que realizó el cambio y no lo había comunicado, ni a la propia empresa, ni a la Policía. Si Julio estaba implicado, lo lógico era pensar que había alguien más que le había ayudado, o al menos lo encubría.

—Lo que me pregunto es qué sentido tiene esto —hablaba Sara para sí misma—. ¿Hay alguien que está echando una mano a Julio? Porque deberían intuir que íbamos a investigarlo.

—Pues se nos ha escapado durante un tiempo. Parecemos pardillos —dijo Saúl, enfadado.

—La agencia no fue quien nos mandó esa información. Ahí estuvo el error —puntualizó Ernesto—. Fue la propia empresa. Se la pidió a la agencia y ellos nos la mandaron directamente. Fue la secretaria del director. Puede que piensan que la necesitaban para archivarlo, o que se yo, pero la agencia no tiene por qué conocer los hechos. Ni siquiera lo sabe su propia empresa, al menos por nosotros.

—Hoy es jueves. Llamad para saber si esta mañana estarán allí, no vaya a ser que se hayan cogido puente. Entiendo que la agencia sí trabajará, pero confirmadlo igualmente. Tenemos que ser rápidos —ordenó Saúl.

—Me pongo con ello.

Ernesto abandonó la sala para realizar las llamadas, y los demás se quedaron allí para continuar con la reunión.

Saúl se acercó al corcho y comenzó a ordenar las piezas.

—Tenemos, por un lado, a Arturo Campos con las pruebas de ADN; por otro a Julio, que nos

mintió acerca de su vuelo y, si se confirma que cambió el vuelo, el versículo le señalaría muy claramente. Habla de infidelidad y tendríamos un móvil para que la asesinara, ya fuera accidentalmente o no. También está Adolfo, aunque nos faltaría conocer el móvil, que por ahora no tiene mucho sentido. Por último, tenemos a Daniel, que no tiene coartada, aunque esto último es lo que menos fuerza tiene, si nos atenemos a lo de Julio. —Completó sus nombres en cuadrículas en el corcho con una chincheta—. Por ahora son las tres piezas y media de este puzle que no hemos conseguido encajar del todo. Obviamente, las prioridades son Julio y Adolfo. Hasta que no expliquemos lo ocurrido con su vuelo, nos vaciamos con ello.

Ernesto entró por la puerta de nuevo.

—Trabajan esta tarde. —dijo sonriendo.

—¿La agencia y su empresa?

—Sí, las dos.

—Ernesto, tú vienes conmigo a ver a la agencia; Sara y Nacho, os vais a ver al jefe de Julio. Nos tomamos algo para desayunar y vamos para allá. Cuando todo esto cobre algo de sentido, Sara y yo haremos una visita curiosa a Julio.

El cuartel general de la UDEV se quedó de nuevo vacío y Blanca volvió a poner Spotify para sentir algo de compañía. Esta vez, se decantó por algo más tranquilo. Una lista de reproducción que se había hecho al gusto. Un poco de Keane; algo de U2; alguna canción de Travis. La música británica era su favorita y sonó el primer tema de Keane: “Sovereign Light Café”.

Mientras bailaba sobre la silla, volvió a mirar los pagos con tarjeta que había realizado Julio en los últimos días. Lo habían descartado demasiado rápido, pero cómo iban a imaginar que un hombre tan destrozado podía haberse inventado todo.

Movimiento a movimiento, se había dado cuenta de que había actuado como una novata. No había reparado en que no existía ningún pago con tarjeta desde la noche del martes. Mejor dicho. Se había dado cuenta, pero no le había dado la importancia que merecía. En el vuelo de ida, pagó con tarjeta en uno de los bares del aeropuerto de Madrid y en una tienda. También pagó con tarjeta en el propio avión y nada más aterrizar. Incluso el taxi a su hotel. ¿Cómo había pasado por alto que no había un solo pago en el vuelo de vuelta? Ni el taxi que le llevó al aeropuerto, ni nada de nada durante todo el día. Pagaría en efectivo para no dejar rastro y que no se dieran cuenta que había regresado en un vuelo anterior.

Hizo la misma comprobación con las llamadas telefónicas. Estuvo realizando llamadas hasta el mismo momento de embarcar en el avión. Esta vez se detuvo a comprobar los números. Todos eran números españoles. Copió en un archivo todos los números, para dárselos a Saúl.

Sin perder más tiempo, llamó a su contacto en el aeropuerto.

—¡Guillermo, qué alegría hablar contigo! ¿Cómo te va?

Al otro lado de la línea se escuchó una carcajada.

—Siempre tan ruidosa. ¿Cómo estás, Blanca?

—Llevo tiempo queriendo llamarte, pero sin ningún caso de por medio, me da miedo que tu mujer piense que te estoy tirando los tejos.

Volvió a escucharse otra carcajada.

—Hace mucho tiempo. Es verdad.

—¿Estás trabajando? No quiero molestarte en tu tiempo libre.

—Por desgracia, estoy trabajando. Pegado a las cámaras. Ya sabes cómo funciona esto. Aquí nunca te aburres...

Guillermo Mollejo era el jefe de seguridad del aeropuerto Adolfo Suárez Madrid-Barajas. Por

motivos de seguridad, no se sabía exactamente las cámaras que existían en el aeropuerto. Cuatro terminales, un edificio satélite y cuatro torres de control. Se estimaba que eran más de seis mil cámaras y todas ellas pasaban por una sala de control de la que Guillermo era el máximo responsable.

—Necesito que me hagas un favor.

—Ya lo estoy viendo. No me pidas lo que no puedo hacer. Sabes que necesito una orden para poder compartir imágenes del aeropuerto.

—En unos minutos pido la orden. De eso no te preocupes. Eres el rey del aeropuerto y puedes hacer lo que quieras.

—No me vengas con reyes y consigue esa orden.

—Mientras tanto, solo necesito que me confirmes que una persona bajó de un vuelo el martes siete de este mes. No solo que compruebes que iba en ese vuelo, que eso ya lo sé, sino que me confirmes visualmente que estaba allí. No te pido que me lo mandes, solo que lo compruebes, y pido la orden para que me faciliten las imágenes. ¡Porfi!

Alargó la última “i” excesivamente, con la intención de darle pena.

—Está bien. Mándame la foto y el número de vuelo y lo compruebo. Pero solo te informo. No te voy a dar ninguna imagen. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Muchísimas gracias. Te debo una.

—Me debes más de una, creo yo.

Se subieron todos en el mismo coche. Iban a dos direcciones distintas, pero muy próximas entre sí. El tráfico era muy intenso, lo que les dio la oportunidad de imaginar todo de tipo de posibilidades. Tenían diferentes sospechosos y, aunque fuera bueno tener varios frentes abiertos, sentían la necesidad de acotar, para dirigir el tiro en una sola dirección. Los últimos avances apuntaban a Julio. Había mentido en sus vuelos, pero no podían dejar de lado la opción de Adolfo. Había coincidencias demasiado sólidas como para no tomarlas en consideración.

Cuando aparcaron, Sara y Nacho tomaron el Paseo de la Castellana y dos calles antes de Nuevos Ministerios encontraron su destino. Allí se encontraban las oficinas de la empresa donde trabajaba Julio. Entraron en el edificio, mostrando sus placas y preguntando por John Boyce. Tras una corta espera, accedieron al ascensor, camino de la reunión.

Una señorita les guió a una sala de reuniones, les ofreció tomar algo y ante la negativa, se marchó casi al mismo tiempo que entraba por la puerta un hombre elegante, con traje y corbata, metro ochenta y tres aproximadamente y un acento británico que no empañaba su perfecto castellano.

—Buenos días. Siéntense, por favor.

Agradecieron con la mirada y tomaron asiento.

—Buenos días. Gracias por atendernos tan rápidamente. No le molestaríamos si no fuese muy importante —agradeció Sara.

—No se preocupe. Tengo unos minutos.

—Venimos a hablar con usted de un empleado suyo. Ya nos pusimos en contacto la semana pasada por medio de Ernesto Acosta. ¿Lo recuerda?

—Por supuesto. Ha sido una tragedia.

—¿Julio está trabajando? —preguntó Nacho.

—No. Está de baja. Está pasando un momento muy duro y está de baja indefinida. Volverá cuando esté preparado.

—¿Le ha contado algo sobre lo sucedido?

—Hablé con él por teléfono. Estaba destrozado. Dijo que habían matado a su mujer mientras estaba de viaje. Le dije que se tomara todo el tiempo que fuera necesario y no le he vuelto a molestar. No quiero ser un incordio.

—¿Le contó cómo ocurrió?

—No. No quise entrar en detalles y él no me los dio. Solo sé que fue asesinada y lo que he leído en la prensa tras hablar con él. Los medios de comunicación son increíbles. Dan noticias sin documentarse.

—Estoy de acuerdo —exclamó Sara—. Pero hay algo que queremos que nos confirme. Es en referencia a los vuelos de Julio.

—Ya se lo mandé todo a su compañero. Puede comprobar que estaba de viaje, si es lo que me quiere dar a entender.

—Sí. Me refiero a eso. ¿Quién le proporcionó esa información?

—Nuestra agencia de viajes. Viajamos mucho en este trabajo y ellos nos lo organizan absolutamente todo.

—¿Quién le mandó los billetes confirmados?

—La persona que lleva nuestros viajes en la agencia. Rosa Utrera.

—¿Conoce bien a esta persona?

—Lo justo. Hay una relación muy directa con ella, pero personalmente, no he coincidido mucho. ¿Hay algo que deba saber? Me sorprenden estas preguntas. No me interprete mal. No tengo ningún problema en responderles a cualquier tipo de pregunta, pero no entiendo a dónde quiere llegar.

—Tan solo estamos confirmando coartadas. Por ahora, eso es todo.

Sara no quería dar más información de la necesaria. Parecía que aquel hombre no se imaginaba lo que había pasado. No tenía información del cambio del vuelo, y el nombre que les dio coincidía con el que les había dado Blanca antes de salir de la reunión. Parecía lo único que iban a sacar de allí. Si había algo que explicar, tendría que conseguirlo Saúl, porque la empresa no estaba al tanto de nada.

La agencia de viajes estaba a unos doscientos metros de las oficinas donde trabajaba Julio. Saúl y Ernesto habían entrado unos minutos después de Sara y Nacho y se encontraban hablando con el responsable.

—Entonces me dice que la persona responsable de esta cuenta se llama Rosa Utrera —insistió Saúl.

—Sí. Tenemos empresas importantes y suele haber dos personas por cada cuenta. La responsable de esta es Rosa Utrera.

—¿Lleva mucho tiempo trabajando aquí?

—Bastante tiempo. No sabría decirle ahora mismo, pero lleva años con nosotros. No hemos recibido nunca una queja.

—Necesitamos comprobar la confirmación de un viaje en particular.

—No puedo darle esa información sin la autorización de la empresa o una orden. Entienda que no tengo potestad para compartir información de mis clientes.

Saúl sacó el teléfono y llamó a Sara.

—¿Sigues ahí?

—Sí. Estamos a punto de terminar.

—Por favor, pásale el teléfono al jefe.

Sara extendió la mano sujetando el teléfono y se lo entregó a John.

—Diga.

—Buenos días. Soy Saúl Ros, jefe de unidad de la Policía. Estoy reunido con Francisco Martínez, responsable de la agencia de viajes que trabaja para ustedes. Como ve, necesitamos algunos datos para corroborar una coartada de su empleado Julio y necesito que nos de autorización para que nos proporcionen los documentos.

—Por supuesto. No hay problema.

—Le paso con Francisco.

Mantuvieron una conversación y, tras recibir vía email la autorización para compartir dichos documentos, los buscó en su ordenador.

—Aquí los tiene. Tanto los billetes que se contrataron como el cambio que se realizó casi de inmediato.

Los ojos se les abrieron de golpe al confirmar que la información de Blanca era buena.

—Querría saber cuál es la razón por la que no se envió este documento a su empresa cuando la pidieron.

—¿Perdone?

—Pedimos los billetes y nos dijeron que hablarían con ustedes para que les enviaran la confirmación de los vuelos. Recibieron el vuelo tal cual se contrató, pero no les enviaron la rectificación.

—Eso no es posible. Aparece todo en el mismo archivo. Para no mandarlo habría que suprimir información. Aquí no hacemos eso.

—Pues parece que no conoce bien a sus empleados, porque la persona que cambió los vuelos y que suprimió el cambio, fue quién envió la información manipulada a su empresa y a su vez nos la enviaron a nosotros. Rosa Utrera.

Se quedó sin saber qué responder.

—No sé qué decirle. Podemos comprobarlo.

—Sí, por favor. ¿Puede llamar a Rosa, para que hablemos con ella?

—Rosa se ha cogido los dos días para irse de puente.

—¿Tiene su teléfono?

—Sí.

—Por favor, ¿puede llamar?

Cogió el teléfono y al marcar su número saltó el contestador.

—Lo tiene apagado.

—¿Sabe dónde puede encontrarse?

—No. Lo siento. Solo sé que se iba fuera.

—Podría darme el teléfono, por favor.

Apuntó su número en una tarjeta y la dejó encima de la mesa.

No habían podido contactar con Rosa. Saúl volvió a tirar de Blanca.

—Dime, jefe.

—Necesito que localices a Rosa Utrera. Si la encuentras, llama a Nacho o a Ernesto. Sara y yo vamos a ver a Julio.

—No está en su casa, ¿recuerdas? Fue a casa de su hermano.

—Lo sé. Ernesto me ha dado la dirección.

Les separaban once kilómetros. Desde Castellana, tomaron el desvío a Ríos Rosas y continuaron hasta pasar por delante del hospital universitario Fundación Jiménez Díaz. Continuaron por la A-6 hasta el desvío a Aravaca y llegaron a la casa del hermano de Julio. Llamaron a la puerta y abrió una mujer que parecía ser la persona contratada para la limpieza.

—Buenos días. Perdona, preguntábamos por Julio.

Les instó a esperar unos segundos mientras le avisaba. Regresó y les invitó a sentarse en el salón mientras bajaba.

Poco después, Julio apareció con un pantalón de casa, camiseta descolorida y cara demacrada.

—Buenos días. Disculpen mis pintas, pero no esperaba a nadie.

—¿Podemos sentarnos? —preguntó Sara.

Se dirigió a un sofá individual, mientras les señalaba un sillón de tres plazas que tenía a su derecha.

—Queríamos hablar con usted de un avance en la investigación —Soltó Saúl para observar su cara.

Julio se deslizó hacia delante, esperando oír lo que tenían que decir.

—¿Sabe de qué puede tratarse?

Miró a los dos agentes, sin comprender lo que querían decir.

—¿Se sabe quién fue?

Su cara se había transformado. Lo que confundió a Saúl y Sara, que se miraban atónitos.

—No. No tenemos pruebas, pero sí algunos indicios —respondió Saúl.

—Por favor. Díganme.

—¿Dónde estaba usted el día del asesinato?

Esta vez, su gesto recorrió el sentido contrario al de la anterior pregunta y se reclinó de nuevo en el sofá, dejándose engullir.

—Ya se lo dije. Estaba de viaje.

—Sí. Nos lo dijo y es verdad. Hemos comprobado su coartada y efectivamente estuvo en Pekín.

Julio respiró, pero su cara seguía desencajada por el susto que acababa de recibir. Saúl, sibilinamente, jugaba con él.

—Pero lo que no nos dijo es que había cambiado el billete —acabó de rematar Sara.

—¿Cómo? ¿Qué?

Tartamudeaba, pero la mente se quedó en blanco sin saber por dónde salir de aquel embrollo.

—Tenemos toda la mañana. No se preocupe —dijo Saúl con tono displicente—. Tenemos las pruebas. La agencia de viajes nos lo ha confirmado.

—¿Han hablado con Rosa?

Una sonrisa se abrió paso en los labios de Saúl, mientras saboreaba el momento.

—¿Quiere contarnos algo o directamente nos lo llevamos detenido?

—No dije nada porque sabía que sería sospechoso.

—Pues no diciendo nada, ha conseguido parecerlo aún más.

—Llegué unas horas antes.

—¿No le pareció de interés decirlo?

Miraba hacia abajo, como un niño al que acaban de pillar haciendo una trastada.

—¿Por qué iba a matar a mi mujer?

—Eso solo nos lo puede decir usted. Supo algo de ella que le hizo volverse loco y por eso la mató. Organizó la coartada perfecta, pero fue tan estúpido que creyó que no la comprobaríamos. Tenemos sus huellas en la escena del crimen.

Presionaba hablando muy rápido y elevando cada vez más la voz.

—¡Es mi casa, joder! —Explotó—. Claro que hay huellas.

—Pero usted nos hizo creer que quiso librarse de las huellas, sabiendo que íbamos a encontrar las suyas en toda la casa, y le haría menos sospechoso, ¿verdad?

—¡Cállese! Yo maté a mi mujer.

Saúl pretendía seguir presionando, pero se desinfló como un globo.

—¿Reconoce que fue usted?

—Reconozco que murió por mi culpa. La engañé. Si hubiera estado allí, nunca habría pasado.

—¿Qué quiere decir?

—No es la primera vez que cambio un viaje. No ha sido casualidad. Lo llevo haciendo un tiempo. Mi puesto me permite hacer más o menos lo que quiero, y suelo poner algún día más de viaje de lo necesario. Estoy saliendo con otra mujer. No está casada y en cada viaje me quedo una noche en su casa.

El silencio se apoderó del momento.

—¿Esa mujer es Rosa Utrera? —preguntó Sara.

—Sí. Nos conocemos desde hace años. Un día se le ocurrió que podía cambiar los viajes, enviar a mi empresa el plan de vuelo y cambiarlo antes de que realizaran cargos, y así me podría quedar con ella más tiempo. No podía contar todo esto y decidí callarme. Al ver que no volvían a

por mí, pensé que ya había pasado todo.

—¿Sabe dónde está Rosa ahora mismo?

—Se ha marchado a la sierra con unas amigas. Me dijo que nos fuéramos de viaje, pero le dije que no era el momento. Se han ido a alguna cabaña y me dijo que hablábamos a su vuelta. Parece que allí no hay buena cobertura.

—¿Cuándo vuelve?

—El sábado.

Saúl y Sara se quedaron mirando. Les había explotado en las manos la posibilidad de detenerle. Tenían que hablar con Rosa para que corroborase su historia. Aunque tan solo con su confirmación, no estarían convencidos. Los dos eran unos mentirosos. No valía de nada lo que tuvieran que decir. Necesitaban imágenes del aeropuerto y localizar el taxi que le llevó, supuestamente, a la casa de Rosa.

—¿Sabe que su mujer también le engañaba? —dijo Sara, para comprobar su reacción.

—¿Qué?

Parecía haberse llevado una verdadera sorpresa. Sara quería poner sobre la mesa la posibilidad de que lo supiera y hubiera hecho algo horrible al enterarse, pero ahora sabía que Julio también tenía una relación y eso volvía a poner la duda sobre lo que pasó.

—La mató, porque le engañaba, aunque usted también lo hiciera.

—No lo sabía. Pero no soy nadie para juzgarla. Yo hice lo mismo. ¿Usted cree que, aunque lo hubiera sabido, mi reacción sería matarla, cuando yo la había hecho lo mismo?

Sara veía lógico lo que estaba escuchando y dejó de presionarlo.

—Por último. ¿Dónde vive Rosa?

—En Villalba.

Habían transcurrido veinticuatro horas desde el encuentro con Julio y no habían conseguido localizar a Rosa. No tenían noticias del centro penitenciario de El Dueso, ni se había dado ningún milagro para localizar a Adolfo.

—Todo el mundo miente —dijo Saúl, indignado.

—¿Perdón?

Sara se giró al escuchar a su jefe, queriendo entender lo que estaba pensando.

—Me lo decía mi mentor. Todo el mundo miente. Nunca creas lo que te dicen. Solo valen las pruebas. La mayoría de las declaraciones en un caso son putas mentiras. Me decía cosas así y tenía toda la razón.

—¿El colgao ese de Willy?

Se escucharon risas.

—El colgao de Willy, como tú lo llamas, tenía un radar en la cabeza. Sabía reconocer una mentira con solo mirar a esa persona a los ojos.

—¡Ya será menos! —dijo Blanca, devolviéndolo al mundo de los hombres.

—Escribió algo después de un caso. Es un poco raro, pero cuando lo explicaba tenía mucho sentido.

*«Las palabras resuenan con la fuerza de mil cañones, cuando su significado es tan puro
como para perpetuarlas en el tiempo.*

Nadie conoce verdad tan oscura como la que permanece

metros bajo tierra, para no ser encontrada,

por la crueldad que lleva grabada en su memoria.

Tan solo unas líneas determinan el camino

que llevamos recorrido,

pero las palabras se escriben con la misma tinta

con la que se escupe la mentira.

Todo el mundo miente.»

—Ese tío estaba colgao. ¿Qué coño significa eso? —dijo Blanca de nuevo.

—Decía que las palabras son lo más poderoso de este mundo. Pueden perpetuarse cuando salen del corazón, porque hacen mucho bien, pero las mentiras contaminan el mundo, y gran parte de las barbaridades que se han hecho nunca salen a la luz. Decía que, por desgracia, el poder de las palabras solo se utiliza para esconder tu propia mierda. Nadie quiere que los demás levanten el felpudo de su casa y descubran todo lo que esconden. En definitiva. Todo el mundo miente. Si algo de esto veis que no tiene nada que ver con el caso, paro de hablar.

—No te enfades. Solo te estaba tocando las narices, pero sigo pensando que ese tío se chutaba algo.

—Gracias, Blanca. Pero lo cierto es que, hasta ahora, todo lo que hemos levantado son mentiras y una de ellas esconde la gran mentira detrás. En el momento que sepamos interpretarlo, tendremos al asesino.

—Estás muy trascendental. Estás de suerte y hoy es viernes. Tómate unas copitas.

—Veo que os ha llegado el mensaje —dijo con sarcasmo—. Blanca, hace un día entero que no me traes nada.

—Que traigan algo los demás, para variar. No hay más que lo que te conté ayer. Rosa es bastante prolífica en redes sociales, pero Julio, lógicamente, no aparece para nada. Suele contar su día entero, con fotos e historias, sus viajes de escalada y ese tipo de cosas. En el momento del asesinato, que eso no te lo había dicho, publicó fotos de ella en el sofá, cambiando de pendientes y peinado, pero no estaba Julio.

—¿Y se te pasa contarme eso?

—Nunca ha aparecido. ¿Tú crees que podemos sacar algo de esto? Igual estaba en el baño, o qué se yo. Son cuatro fotos que se puede hacer en cinco minutos.

—Tienes razón. No podríamos demostrar que estaba sola.

—Llega mañana, así que vamos a por ella a saco.

—Puede que ya haya hablado con ella. En todo caso, si le iba a cubrir, ya estaba preparado de antes.

—¡A esperar, jefe! No tenemos otra.

Los presagios de Blanca por fin se cumplían. Zacarías no se había atrevido a informar telefónicamente. Tan solo una llamada corta, pidiendo que fuera a visitarle. Nadie sospechaba de su hermano, o al menos era lo que pensaba. Se aprobó el encuentro, previsto para el sábado a las diez de la mañana.

—Blanca. Preguntan por ti o por Saúl, de la cárcel de Santoña —dijo Rocío, mientras tapaba el micrófono del teléfono con la palma de la mano.

—Pásamelo. Gracias —recuperó la llamada—. Buenas. ¿Gonzalo?

—Buenos días, Blanca. Le llamo para darle buenas noticias.

Blanca se levantó de la silla con el teléfono en la mano, haciendo señales a Saúl, para que saliera de su despacho.

—¿Zacarías ha hablado con alguien?

—Así es. Con su hermano Amancio.

—¿Le han localizado? ¿Ha dicho algo?

—No. La llamada no pasó de tres segundos, pero ha pedido permiso para visitarle mañana a las diez de la mañana.

Blanca hizo un gesto con el brazo, cerrando el puño como si estuviera celebrando un gol.

—Perfecto. Voy a hablar con mi jefe y le vuelvo a llamar para ver qué acciones tomamos. Muchas gracias, Gonzalo. —Colgó el teléfono y quiso controlar la euforia, pero aún estaba de subidón— ¡Vamos! Mañana le podremos coger para interrogarle.

—¿Mañana tienen prevista una visita? ¿Te han confirmado si es con Amancio? —preguntó Saúl.

—Mañana a las diez.

—Otro viaje a Santoña. Esta vez hay que quedarse a dormir.

Ernesto sonreía, mirando a su jefe, esperando no ser la persona que le acompañara de nuevo.

—¿Quién va? Yo tengo un concierto esta noche.

—No te preocupes. Ve a tu concierto. ¿Algún voluntario?

Sara se ofreció instantáneamente, elevando las cejas en señal de provocación.

—Me viene bien salir de aquí.

—Pues no se hable más. Salimos antes de comer, para no coger atasco. Comemos algo por el camino.

Sobre la una de la tarde, emprendieron el camino hacia el Penal de El Dueso. El tráfico comenzaba a ser intenso, pero circulaban sin problemas. Un par de horas más tarde, todas las carreteras de salida de Madrid serían un caos.

Pararon a comer una hora más tarde. El peligro de embotellamiento había pasado y realizarían un viaje muy tranquilo. Sobre las siete de la tarde, llegaron a la Plaza de San Antonio. Su hotel se encontraba muy cerca. Cuando dejaron las pequeñas maletas en la habitación, decidieron dar un paseo por Santoña. Cenaron por la zona del puerto deportivo. Hacía mucho tiempo que no estaban los dos solos, fuera de Madrid. La intensidad del trabajo prácticamente no les daba tiempo a cruzar palabra y tenían una oportunidad de ponerse al día. Cenaron, como no podía ser de otra

manera, unas anchoas de entrante y un plato de pescado cada uno, regándolo con una botella de un vino local, llamado Cantabricus. Cuando terminaron de cenar, dieron un paseo por el puerto y regresaron al hotel. Cada uno tenía su propia habitación. Saúl acompañó a Sara a la suya y, antes de despedirse, se abalanzó sobre él. Mientras se besaban, Sara le introdujo en la habitación, cerrando la puerta con el pie. Como poseídos por la magia de la noche, se arrancaron la ropa sin dejar de besarse. Saúl la empujó a la cama, sonriendo y recibiendo un gesto de complicidad como respuesta. Quedaba claro que no era la primera vez que hacían algo parecido. Saúl ralentizó sus movimientos, dejando oír los latidos de su corazón, que parecía desbordarse. Sara notaba los latidos contra su pecho mientras hacían el amor, sin pensar lo que vendría después de aquella noche. Cuando todo acabó, cruzaron las miradas y sin decir nada, cerraron los ojos.

Las gaviotas emitían su graznido, avisando de la llegada de los barcos de pesca. Fue la señal que sugirió a Saúl volver a su habitación, para descansar una horita más hasta que llegara el momento de ponerse en pie. Salió de la habitación con la ropa en la mano, haciendo el menor ruido posible, y se dirigió al fondo del pasillo. Abrió la puerta de la doscientos siete y se dio cuenta de que se había despejado por completo. Se dio una ducha antes de vestirse y salió a dar un paseo acompañado por sus pensamientos, mientras observaba cómo descargaban los barcos. Nunca había tenido aquella oportunidad. El tiempo acompañaba, sin la necesidad de llevar más que una chaquetilla, y volvió a la media hora al hotel para desayunar, con las pilas cargadas. La relajación que le envolvía le proporcionaba una sensación de felicidad que hacía mucho tiempo que no sentía. Incluso había olvidado por un momento las complicaciones que le esperaban al llegar al hotel. Era la tercera vez que ocurría. No habían tenido problema en dejarlo de lado, como si no hubiera pasado, pero siempre había estado enamorado de Sara y esta vez no tenía muy claro qué es lo que debía hacer. El hermetismo entre ellos le cohibía a la hora de tener una conversación. Nunca se habían dicho lo que sentían. Puede que fuera el momento de hablarlo o puede que, si lo hacía, todo se derrumbaría y las complicaciones podrían interferir en su trabajo. Cuando entró por la puerta del hotel, encontró a Sara esperando a que llegara para desayunar. Le sonrió mientras le mostraba con la mirada el cartel que les conducía al bar y continuó sin dar razones a Saúl para sacar el tema de lo ocurrido. Nuevamente, iba a dejar escapar la oportunidad, pero el miedo a no ser correspondido se apoderó de él, como en otras ocasiones.

Querían llegar con tiempo. A las nueve de la mañana entraban por la puerta de la prisión. Presentaron sus credenciales y accedieron al penal a saludar a Gonzalo. Todo estaba preparado. Veinte minutos antes de las diez de la mañana, Amancio entraba por la puerta para ser sometido a los controles de seguridad, antes de poder ver a su hermano. Esta vez no fue a la zona de los locutorios, lo que le hizo sentirse incómodo. Dio la vuelta y, dirigiéndose a uno de los funcionarios de prisión, se despidió sin dar explicaciones. Sin dar más de diez pasos, dos guardias se pusieron delante, impidiéndole el paso. Amancio golpeó a uno de ellos y salió corriendo. Unos metros después, un golpe en la espalda con una porra derribó al hermano de Zacarías. A continuación, lo llevaron a la misma sala donde su hermano y Carlos habían sido interrogados unos días antes. Cerraron la puerta y le dejaron solo hasta que avisaran a Saúl.

En el cuarto contiguo, los funcionarios se preguntaban qué estaba ocurriendo. Tenían órdenes de no dejar salir a Amancio. Todos estaban al tanto de lo ocurrido hace dos años, con el asesinato de uno de los presos, e intuían que el ejecutor fue Zaca, pero el misero sueldo que percibían, teniendo en cuenta el trabajo de riesgo que desempeñaban, les obligaba a hacer la vista gorda en

determinadas ocasiones. Si alguien lo vio, no estaba dispuesto a jugarse la vida por delatar a un preso que, por su fama, podría hacer lo mismo con ellos. Entró Gonzalo por la puerta, acompañado de Saúl y Sara, y les presentó a los tres funcionarios que estaban haciendo cábalas sobre la situación. Saúl les puso al día. Estaban investigando un asesinato que tenía ciertas similitudes con lo que le ocurrió a Lucas Salazar. Les contó el versículo encontrado en la escena del crimen y ninguno de ellos abrió la boca para dar su versión.

Saúl entro primero en la sala, seguido de Sara y dos guardas. En frente, sentado en una silla, vieron por primera vez la cara de Amancio. Sus facciones duras y su mirada de odio les daba un retrato de la persona que tenían delante. Amancio los miraba sin apartar sus ojos, intentando intimidarles, y Saúl respondió a la mirada, impertérrito. Estaba acostumbrado a este tipo de chusma y hacía mucho tiempo que no conseguían alterarle.

—¿Qué coño estoy haciendo aquí? Tengo mis derechos. Me han golpeado por venir a ver a mi hermano. Lo van a pagar caro —amenazó, sin levantar la voz.

—¿Por qué has venido a ver a tu hermano? —preguntó Saúl.

—Porque es mi hermano. Es una pregunta absurda.

—Me refiero a que por qué ahora. ¿Le tenías que avisar de algo?

—Vengo muy a menudo. O me dicen por qué estoy retenido o me levanto ahora mismo y les denuncio en cuanto salga de aquí —Volvió a amenazar, sin saber realmente la razón de todo aquello.

—Sabemos que el viernes, diez de mayo, atracaste un banco en Talavera de la Reina.

—Si pudieran demostrar eso, estaría detenido, y a menos que lo esté, hemos terminado con la conversación. Espero que tengan pruebas.

—Solo queremos dar con Adolfo Latre. ¿Sabes dónde se encuentra?

—Es la primera vez que oigo ese nombre.

—Llevo años escuchando las mismas gilipolleces. Cuando se dice una frase así, lo único que pienso es todo lo contrario. Habéis visto muchas películas. No vamos detrás de ese atraco. Esto es mucho más serio.

—Que no te engañe mi historial. Estoy totalmente reformado.

Su sonrisa decía que se sentía cómodo en aquellas situaciones. Tenía mucha calle aprendida.

—¿Cómo os comunicáis?

—¿Con quién?

Seguía esquivando cada pregunta, sin intención aparente de colaborar.

—Podemos retenerte por agredir a un funcionario de prisiones. Sería muy triste que entraras aquí por una tontería como esa, después de todo lo que has hecho. Por reincidente, no te va a salir barato.

Amancio sabía que había cometido un error y les daba balas para seguir disparando. No les iba a decir nada, pero podía entretenerles un rato y darles una zanahoria, para salir de allí sin cargos.

—No hay forma de localizarle. Él se pone en contacto conmigo cuando quiere que hablemos o tomar un café. Si está metido en algo, yo no lo sé. Ya te he dicho que me he reformado.

—¿Cómo se pone en contacto?

Miró hacia su bolsillo inconscientemente.

—Me llama, pero siempre en locutorios.

Saúl se dio cuenta del gesto que había realizado con la cabeza.

—¿Puedes enseñarnos tu móvil?

Amancio se puso nervioso y en ese momento se dio cuenta de que iban a encontrar algo.

—No tenéis derecho a ver mi teléfono. Necesitáis una orden.

Saúl se dirigió a los guardas, les pidió que lo sujetaran y cogió su teléfono.

—No sé a qué te refieres. Nadie va a mirar tu móvil.

Amancio amenazaba con la mirada, ante la impotencia que sentía. Saúl puso el dedo de Amancio en el teléfono. Lo desbloqueó y abrió todas las pantallas que estaban latentes.

—Así que os comunicáis por un foro. Parecías tonto, pero reconozco que es difícil seguir este tipo de comunicaciones. Supongo que vais cambiando de foro cada vez.

Leyó el texto del foro. Era un foro sobre coches, y no conseguía descifrar qué mensaje podría pertenecer a su sospechoso. Sin duda, ellos entendían cada mensaje que se colaba entre otros muchos, pero para Saúl no significaba nada. Mandó un mensaje a Blanca para que lo investigara y siguió con el interrogatorio.

—¿Sabes algo del asesinato de Lucas Salazar?

—Lo que escuché es que se suicidó.

—¡Sabes muy bien lo que pasó!

—Yo no estaba allí dentro. Solo digo lo que he oído. Si lo mataron, no sé nada de ese asunto.

—Pues yo creo que la orden vino de Adolfo, pero como él no podía visitar la cárcel, porque parecería sospechoso, fuiste tú quien le dijo a Zacarías que lo mataran.

—Es una buena historia. Lo admito —Dejó de hablar, sin intención de añadir nada más a su respuesta.

—Llamad a la comisaría y que se lo lleven por agredir a un funcionario. Dejadle aquí hasta que vengan.

Sentía que no iba a sacar más. Estaba en manos de Blanca. Dejó el cuarto, escuchando los insultos de fondo de Amancio. Uno de los funcionarios con los que había hablado antes de interrogar a Amancio se acercó a Saúl, quedándose parado delante de él.

—Mi nombre es Miguel. Tengo algo que decirle. Estaban hablando mis compañeros con Gonzalo y nos ha dicho que es un caso que llevan en un pueblo de Madrid.

—Así es. Es un pueblo al noroeste de la comunidad. Las Matas.

—Por los hechos de los que ha hablado antes, puede que tenga información que le ayude a resolver su caso.

A más de cuatrocientos ochenta kilómetros, Blanca se encontraba inmersa en su enésima búsqueda. Las conversaciones de ese foro tenían un tema principal. Hacían preguntas sobre modelos concretos de coches de segunda mano y recibían respuestas muy exhaustivas de las prestaciones y de los aspectos a tener en cuenta a la hora de comprar un coche usado. Los propietarios que había tenido; libro de asistencia con las revisiones selladas; si dormía en garaje... Entre ellos, distinguió una conversación que implicaba a tres personas. Uno decía que tenía un coche que quería vender y respondía a preguntas técnicas, pero le instaba a cerrar el trato en una fecha concreta. Hasta el diez de septiembre iba a necesitarlo, y sería el día en el que se podría realizar la transacción. Le preguntaban dónde tenía el coche y respondía que estaba en Venta de Baños, en la provincia de Palencia. Parecía que se reunirían de nuevo en esa fecha, antes de preparar su próximo atraco, pero el plan iba a cambiar en cuanto soltaran a Amancio. Habían descubierto su forma de comunicarse, pero no podían hacer nada al respecto. Seguían sin saber el paradero de Adolfo y, ahora que sabían dónde se iban a reunir, no se produciría aquel atraco. Probablemente, esperarían a que todo se calmara. Adolfo había demostrado ser muy precavido.

Llamó a Saúl para informarle de lo que había descubierto.

—Hola, Blanca. Estoy ocupado en este momento. ¿Algo importante?

—Según se mire. Sabemos dónde iban a reunirse para el próximo atraco, pero cambiarán sus planes. No he conseguido nada más.

—Puede que no sea necesario. He quedado esta tarde con un funcionario de la prisión. Dice que puede tener información que nos pueda ayudar.

—¡Ah! ¿Algo sobre el asesinato en la prisión?

—No me ha dado detalles. Quiere hablarlo fuera, pero parece que va más allá, porque me ha preguntado si el caso que llevamos ha ocurrido en Madrid. No sé muy bien a qué se refería, pero estoy expectante.

—Me quedo aquí, por si necesitáis algo.

—Vete a casa. Si hay algo importante y urgente os llamo, pero date un respiro. ¿Hay alguien por ahí?

—No. Ernesto y Nacho se han tomado el fin de semana. Me han dicho que les llame si les necesito.

—Perfecto. Estamos en contacto. Que tengas buen día.

—Otra cosa más.

—Dime.

—Hace un rato me ha llamado Guillermo Mollejo. El amiguete que tengo, responsable de las cámaras del aeropuerto.

—Sí. Sé quién es. ¿Qué te ha dicho?

—Me ha dicho que hay imágenes de Julio, justo después de aterrizar el vuelo de Pekín. Efectivamente, llegó antes.

—¿Algo que no sepa?

—Se subió a un taxi. Tengo la matrícula. He pedido a la compañía de taxis que me den

información del trayecto. Lo van a comprobar.

—Perfecto.

—Y he llamado a Rosa. La supuesta pareja de Julio. Se ha quedado bastante flipada. No me ha parecido que haya hablado con Julio, pero quién sabe. Me da a mí que se ha metido en un lío con su empresa bien gordo. Me pedía que no lo comunicáramos a su empresa y le he dicho que ya es tarde para eso. Se ha puesto a llorar.

—¿Te ha dicho si estuvo con Julio?

—Sí. Me ha confirmado todo. Que llegó antes, que lo cambió ella y que Julio estuvo en su casa. Fue directo del aeropuerto a Villalba. Espero a que me llegue la información del taxi y vemos si siguen mintiendo o no.

—Muy bien. Diviértete.

A las cuatro de la tarde, se dirigieron a un café que había cerca del puerto. Era el punto de encuentro que les había dado Miguel, el funcionario de la prisión. Se sentaron a tomar unos cafés y esperaron a que llegara.

Sara no parecía sentirse incómoda. No había sacado el tema sobre la noche que habían pasado juntos y Saúl se debatía entre hablar de ello o callarse, lidiando con su lucha interior. Sacando fuerzas de flaqueza, fue a tomar la palabra. Tomó aire para ser capaz de decirle lo que sentía y cuando se dispuso a dar el paso, apareció Miguel de la nada para echarlo todo por tierra.

—Perdonen que haya llegado tarde, pero no he podido salir antes.

—No te preocupes. No me llames de usted, por favor —pidió Saúl amablemente.

—Estamos realmente impacientes. ¿Qué es eso tan importante que quieres contarnos? —preguntó Sara.

—No sé si será importante, pero creo que debo deciros que todos creemos saber que el asesinato de Lucas Salazar lo cometió Zacarías. Creo que ya le conocéis. Es el tipo de preso al que todos temen, incluso nosotros. Hace lo que le viene en gana. Consigue todo tipo de cosas dentro de prisión y fue quien dejó aquella escena tan macabra. Os pido que no salga de aquí. No se podría demostrar y me meteríais en un lío.

—Descuida. ¿Nadie vio lo que pasó?

—No, que yo sepa, pero si alguien lo hubiera visto, no se habría jugado el culo por un preso. Zacarías o Zaca, como todos le llamamos, sería capaz, de hecho, ya ha pasado, de amenazar a tu familia si abres la boca. Tiene poder dentro y fuera. Es un hombre muy peligroso.

—¿Qué es lo que nos puede ayudar?

—Cuando me he enterado de dónde ha ocurrido el asesinato que estáis investigando, me ha entrado un escalofrío por el cuerpo.

—¿A qué te refieres?

—Tengo un familiar que vive en Las Matas. No es familiar directo, pero le conozco muy bien.

—¿Conoces a Luna Campos? —dijo Saúl sorprendido.

—No. No sé quién esa persona, pero la madre de mi mujer es hermana de la madre de Chuso.

—¿Quién es Chuso?

Sara se quedó mirando a Saúl con la sensación de estar perdida.

—La familia de mi mujer es de Extremadura. Se mudaron a Madrid cuando tenían unos quince años, porque su padre había muerto, y han vivido allí toda la vida, pero la madre de mi mujer conoció a su futuro marido, que era de Bilbao, y se fue a vivir allí. De esto hace ya muchos años. Cuando me dieron un puesto aquí, nos vinimos mi mujer y yo. Siguen teniendo contacto. Nos reunimos en Navidades y algún cumpleaños, casi siempre en casa de Chuso —Se estaba

enrollando demasiado y no sabían dónde quería llegar—. El caso es que hace dos años, en un cumpleaños, se me escapó lo que acababa de ocurrir en la prisión. El asesinato de Lucas Salazar. Chuso se sintió atraído por la historia y le conté lo del versículo en el suelo con la sangre y, en definitiva, cómo ocurrió. Desde que murió su padre, se sentía muy atraído por la lectura, y hasta escribió un libro, pero no consiguió que se lo publicaran y dejó de escribir. Me dijo que lo había vuelto a retomar y que estaba buscando una historia con impacto. Le dije que, por favor, no lo escribiera, porque la versión oficial fue la de un suicidio, pero me respondió que no pretendía publicarlo y que, si lo hacía, me pediría permiso. Es un hombre aparentemente muy agradable, pero el cabrón lo escribió. Me dijo mi mujer que su madre le había dicho que yo le había ayudado mucho con la idea, pero no se dignó a llamarme. No tenemos ningún tipo de relación, pero hubiera sido lo mínimo.

—¿Y ese tal Chuso vive en Las Matas?

—Sí. Muy cerca de la estación de tren.

—Y si está relacionado con tu familia, ¿por qué nos cuentas esto sin pruebas de nada?

—Porque creo que hay demasiadas coincidencias para obviarlo. No es mi familia. Casi ni me cae bien, pero te lo diría de todas formas. Un hombre muere en la cárcel de una forma que no había visto nunca. Se lo digo a una persona que vive en la misma zona en la que se produjo el asesinato y aparece muerta con los mismos métodos. No hay que ser un lince para atar cabos y si, finalmente, no ha tenido nada que ver, más tranquilo me quedaré, al saber que no es el culpable. Lo que os pido es que no salga de dónde ha venido esta información. A mi mujer puede que no le gustara.

—No te preocupes, pero no sabemos quién es el tal Chuso. No está entre los sospechosos.

—Le llaman Chuso desde pequeño. Su padre le leyó un libro infantil, por lo que me han dicho, y el protagonista era un niño revoltoso. Le hizo gracia a su padre el parecido con su hijo y le comenzó a llamar Chuso, como una broma. Lo típico que suele pasar. Finalmente, se quedó con el mote de Chuso para la familia. Su nombre es Daniel Santos Ruz.

-TERCERA PARTE-

“LOS CAMINOS DE DIOS”

De camino a Madrid, Saúl se sentía a cada minuto más inquieto. Ya no recordaba el momento en que, al fin, iba a dejar salir a flote sus sentimientos. Todo aquello debería esperar. Adolfo, Julio y Arturo se difuminaban en su cabeza. La historia que le acaba de contar Miguel ocupaba todo el espacio en su mente. Todo había cambiado. Se imaginaba un tablero de juego moderno. Uno de esos en los que no hay nada encima de la mesa y cada jugador roba una pieza de cartón, para ir creando el tablero entre todos los jugadores. Miguel había robado la última, y no tenía más remedio que observar la jugada para colocar la siguiente con el mayor acierto posible. A cada paso, un nuevo jugador entraba en la partida. Siempre había estado allí, pero, como en un juego de misterio, la carta que muestra una nueva pista había estado oculta en el taco, escondiendo una verdad que le había esquivado hasta ese mismo momento.

Poco había tardado en llamar a sus compañeros. Cualquier plan que tuvieran diseñado para la noche del sábado se les había caído como una escalera de naipes. Nacho se encontraba visitando a sus padres y en ese momento no era necesario, por lo que se libró de la llamada. Saúl y Sara salieron de Santoña a las cinco de la tarde y llegarían sobre las nueve de la noche. Pasadas las seis, Ernesto y Blanca se encontraban trabajando.

—Chavalote. ¿Qué tal el fin de semana? —dijo Blanca, con cierto retintín.

Una risa sorda respondió por él, sabiendo que entraba dentro de los gajes del oficio.

—Estaba viendo una serie que me tenía enganchado y me he quedado a diez minutos del final del capítulo —respondió, apretando los dientes.

—Me ha dicho el jefe que no hagamos nada hasta conocer más detalles. Se supone que no publicó el libro, pero no lo tenemos confirmado. Voy a comprobarlo. Preguntaré a Google y, si no encuentro nada, ojearé las plataformas en las que se publican libros electrónicos gratuitos. Redacta una orden de registro de su casa, de su coche, llamadas telefónicas y todo lo que se te ocurra. El lunes la cursaremos.

—Por ahora, son meras conjeturas. No nos van a autorizar un registro —apuntó Ernesto.

—Lo sé. Por eso tengo que encontrar algo que sustente la petición. Tú redáctala, para tenerla preparada como si tuviéramos la prueba de que escribió ese libro, y te vas a casa. Eso me ha dicho el jefe.

Ninguna búsqueda había dado resultados. Introduciendo el nombre de Daniel Santos Ruz, tan solo apreciaba sus redes sociales. En sus perfiles no decía ser escritor y no encontró ninguna publicación en formato electrónico. Cuando se disponía a cerrar el ordenador, retiró el dedo antes de presionar la tecla de apagado. Quizá no lo encontraría con ese nombre. Empujada por un presentimiento, volvió a realizar la búsqueda con el nombre de Chuso Santos. Repitió el mismo proceso, con la esperanza de que su intuición atracara en buen puerto. Un suspiro surgió de sus labios, pero un suspiro de decepción. No había absolutamente nada. Si había escrito aquel libro, nunca lo publicó.

Saúl no quería precipitar la investigación, ahora que se encontraban un poco más cerca. Sin tener pruebas ni la orden del juez para poder registrar todas sus posesiones, un paso en falso

podría poner en jaque a Daniel y perder la oportunidad de que cometiera un error. Habían transcurrido once días, y dos más no conllevarían un fiasco irreconducible. Tenía que pisar con mucho cuidado. Sobre las nueve de la noche, entraba en las instalaciones, acompañado de Sara. Blanca seguía trabajando. Buscando cualquier cosa.

—Hola, Blanca. Siento haberte dado la tarde —dijo Saúl, arrugando el labio.

—Es lo que hay. El problema es que no sé por dónde tirar. No tenemos pruebas de que se haya escrito ese libro, y sin pruebas no podemos pedir esa orden.

—Hoy no podemos hacer mucho más. Mañana iremos a ver a sus compañeros de trabajo. Mario y Óscar son los que más relación tienen con él. Si ha escrito el libro, puede que ellos lo sepan. Nos va a joder el domingo, pero me alegro de que no sea día laborable, así Daniel no podrá ver que vamos a su trabajo a hacer preguntas.

—¿Tú crees que no le llamarán en cuanto nos hayamos marchado? —preguntó Sara.

—No tenemos una forma mejor de hacerlo. Si no saben nada, estaremos igual, pero si tienen la información, habrá que actuar rápido y darles un aviso de lo que les puede ocurrir si interfieren en una investigación de asesinato.

—Según lo veo yo, si tenemos indicios convincentes, no deberíamos esperar al lunes para que nos firmen la orden. Es básico tomar medidas rápidas —sugirió Blanca.

—Si hay que hacer amigos un domingo, que así sea.

Saúl sonrió, sabiendo que lo que encontrarán debía ser muy sólido para sacar a un juez de su casa en domingo, pero lo sabrían al día siguiente. Todavía no eran conscientes de la magnitud de lo que iban a encontrar.

A las diez de la mañana, Saúl y Ernesto aparcaban en las inmediaciones de la vivienda de Mario. Realizaron una llamada a Sara, para comprobar que Nacho y ella habían llegado a casa de Óscar. La noche anterior, Nacho vio como se le acababa su descanso y volvía desde Valladolid, para ponerse a trabajar en el caso. Saúl no quería quemar dos bazas a la vez, por lo que pidió a Sara que no entraran en casa de Óscar hasta que hubieran hablado con Mario. Si conseguían lo que iban buscando en su primera parada, no sería necesario, por el momento, inmiscuir a más personas, para controlar la situación de la mejor manera posible. Accedieron a la urbanización sin llamar al telefonillo de la entrada general, al coincidir con dos personas que salían a correr, y llamaron al telefonillo del portal. A los pocos segundos, respondió una voz de mujer y la puerta se abrió. Subieron al piso y accedieron al salón.

—Buenos días. Siento tener que molestar un domingo, pero necesitamos hablar con usted — dijo Saúl, dirigiéndose a Mario—. Por supuesto, quiero que quede claro que todo lo que digamos aquí, no puede salir de este salón. Es una investigación de asesinato y se le podría acusar de colaboración. Mis palabras parecen amenazantes, pero no es así. Prefiero ponerle en situación sobre las consecuencias para que no se interfiera en la investigación.

Mario escuchaba, sentado en el sillón, con cara de miedo, y su cuerpo adoptaba una postura inmóvil, como si se hubiera quedado de piedra.

—Me está asustando. Ya le dije todo lo que sabía.

—Tenemos una nueva línea de investigación, pero debemos confirmarla y usted es posible que nos pueda ayudar.

—Por supuesto. No creo que pueda decirle más, pero adelante.

Su mujer escuchaba desde la cocina, sentada en una silla y apoyada en la mesa, procurando hacer un ruido cada pocos segundos, para no parecer demasiado interesada.

—¿Conoce muy bien a Daniel? Eso es lo que nos dijo.

—Somos amigos. Sí.

—¿Ha visto algo distinto en él en los últimos días?

—Está más nervioso de lo habitual, pero supongo que es lo normal. Yo también lo estoy. Estamos muy tocados por lo de Luna. El martes pasado cenamos todos juntos y surgieron preguntas sobre cómo ocurrió el asesinato.

—¿Alguna conclusión?

—No. No tenemos ningún tipo de información. Entiendo que están haciendo su trabajo.

—Como le he dicho antes, no puede informar de lo que hablemos a nadie. ¿Lo comprende?

—Me ha quedado cristalino. No se preocupe.

—¿Sabía que Daniel es escritor?

Mario permaneció callado unos segundos, mirando a los dos agentes, antes de contestar.

—Sí. Le gustaba escribir. Hace años escribió un libro, pero no se lo publicaron. ¿Qué tiene que ver con todo esto?

—¿Solo ha escrito un libro? ¿Sabe si siguió escribiendo?

—Dejó de escribir, pero hace un par de años me dijo que le habían dado una idea y que

llevaba tiempo queriendo retomarlos, así que cogió esa idea y se puso a escribir. Era un libro un poco oscuro, pero interesante.

—¿Leyó aquel libro?

—Sí. Nos regaló un libro a Óscar, a Usue y a mí. ¡Ah! También se lo regaló a Luna. Supongo que haría lo mismo con algún amigo suyo fuera del trabajo, pero eso no lo sé.

—¿De qué iba el libro?

Mario reaccionaba con cara de no entender nada, pero seguía respondiendo las preguntas.

—Iba de un asesino en serie. La típica novela de un hombre que está mal de la cabeza y se pone a cargarse gente. El final estaba curioso, aunque era un poco escabroso.

—¿Tiene el libro todavía?

—Lo tengo ahí.

Señaló una estantería en la que había todo tipo de adornos, y en una de las baldas había unos diez libros. No parecía que fuera un lector empedernido.

—¿Cuál es?

—El cuarto por la derecha. Se llama «Los Caminos de Dios». Lo firma como Chuso Santos. Es como le llamaba su padre y lo puso en homenaje a él, en los dos libros que ha escrito.

—¿Podemos llevárnoslo? —preguntó Saúl, con el libro en la mano.

—Claro. Pero me gustaría recuperarlo. ¿Para qué quieren el libro?

—Gracias. Se lo devolveremos. Le agradezco su tiempo.

No quiso darle más información. Ya tenían lo que querían y no había sido necesario dar detalles sobre la forma en que murió Luna. Salieron del piso y Saúl llamó a Sara para informarla de que no era necesario visitar a Óscar.

A la media hora, entraban por la puerta para ponerse a trabajar cuanto antes. Blanca estaba allí desde las diez de la mañana, esperando a que volvieran sus compañeros con algo que echarse a la boca.

—Los cinco leyendo el libro —ordenó Saúl, con impaciencia—. Son trescientas veinte páginas —Sacó la calculadora para hacer cuentas—. Damos a sesenta y cuatro cada uno. Yo me leo las primeras sesenta y cuatro; Sara, hasta la ciento veintiocho; Nacho, hasta la ciento noventa y dos; Blanca, hasta la doscientos cincuenta y seis y Ernesto, hasta el final. Escaneamos todo y según vayamos teniendo partes escaneadas, nos ponemos a ello.

Una vez escaneado, cada uno se fue a su sitio a leer sus páginas.

Saúl comenzó a leerlo con una expectación que jamás había sentido. «Los caminos de Dios», de Chuso Santos. Un escalofrío recorrió su cuerpo al leer el título. El libro comenzaba poniendo en situación un asesinato. El entorno en el que se desarrollaba la historia era en Madrid capital. Dos agentes llegaban a la escena del crimen, donde encontraban a una mujer, marcada con un versículo en el pecho. «Hebreos 13:4». Nada más leerlo, se le erizó el vello de todo el cuerpo. Se le aceleró el corazón, frotándose la cara con las manos para ayudar a enfocar a sus ojos.

«La sangre brotaba de las heridas infringidas por lo que parecía una incisión de un cúter. El asesino había atado a la víctima, mientras le inscribía en su cuerpo un mensaje de la Biblia que, a juzgar por su forma de vida, le aleccionaba con un severo castigo por lo pecaminoso de su existencia. Era la moraleja que los agentes habían sacado de aquella escena. Cuando llegaron, aquella mujer seguía con vida. Había recibido cuatro puñaladas que no le habían provocado la muerte instantáneamente, pero debido a la gravedad de las mismas, falleció antes

de que llegara la ambulancia. El inspector Riaño llegó veinte minutos más tarde al Parque del Oeste.

—Buenas noches. ¿Alguien ha visto lo que ha ocurrido?

—Señor —dijo uno de los agentes—. En comisaría recibimos una llamada de unos chavales que estaban paseando por el parque. Estaban de botellón, pero lo hemos dejado pasar. A lo lejos vieron a un hombre que estaba hablando con una mujer, pero no le dieron importancia. Unos minutos después, vieron correr al hombre y se acercaron a ver qué estaba ocurriendo. La mujer estaba tendida en el suelo, agonizando. Tenía unos cortes en el cuerpo, con un mensaje, «Hebreos 13:4». La muerte parece haberse producido por las puñaladas que presenta. Son cuatro.

—¿Le vieron la cara?

—No, señor. Dicen que estaba muy oscuro y que no pudieron verle. No tenemos una descripción del sospechoso.

—¿No había nadie más en el parque? —preguntó Riaño, con las manos en alto.

—Hay varios grupos de chavales, pero ninguno de ellos reparó en ello. Hemos interrogado a los que estaban cerca, pero nadie ha visto nada.

—¿Nadie ha visto a un tío corriendo por el parque? Será que no te has movido más de cincuenta metros. Quiero agentes peinando el parque. Sobre todo, en la dirección en la que corrió. Alguien tiene que haberle visto.

—Ya lo hemos hecho. Corrió hacia abajo, en dirección Puente de los Franceses. No había nadie por allí. Los chavales se concentran en la parte más alta. Lo siento, señor.»

Saúl dejó de leer. No parecía que lo que seguía fuese a ayudarlo. Miró a sus compañeros, todavía con el susto en el cuerpo, y les instó a que se acercaran a su mesa para compartir la información.

—¡Vaya cara que tienes! Parece que has visto un fantasma —dijo Ernesto, mientras se acercaba.

—Solo con lo que he leído, cualquier juez nos firmará la orden en minutos. En el primer capítulo del libro, hay un asesinato prácticamente clavado al nuestro. Lo hemos tenido ahí todo este tiempo y no lo hemos visto.

—¡Joder! —exclamó Sara—. ¿Cuenta el asesinato en su libro?

—No es exactamente igual. Aquí no hay golpe en la cabeza, pero hasta el versículo es el mismo. Es una mujer. La diferencia es que está viva cuando aparece la Policía y que, por el momento, no se aprecia ningún golpe en la cabeza, pero no puede ser más fiel a lo que ocurrió.

Sin perder ni un minuto, siguieron leyendo en el ordenador, cada uno su parte. Durante un largo rato, no se escuchó ni una palabra, hasta que Ernesto vio algo que le volvía a llamar la atención.

—Aquí tengo otro asesinato. Es de un cura. El versículo es «Santiago 2:17» y dice: «Así también la fe por sí sola, si no tiene obras, está muerta»

—¿Cómo le mata?

—Con una cruz de la iglesia. Le da en la cabeza.

Siguieron leyendo, mientras comentaban los cinco asesinatos que relataba en el libro, con sus cinco versículos. Ernesto acabó su parte unos minutos antes y desveló el final.

—Os leo:

«Había completado su obra. La Policía seguiría buscando un fantasma. No sabían que lo habían tenido delante de sus ojos desde el principio. Estaba harto de vivir en un mundo rodeado de pecado, donde su labor se debía centrar en purgar sus almas, para tomar el camino

de Dios, desnudos de ropaje y pretensiones mundanas. Su primera víctima fue desposeída de la vida, motivado por un versículo que amenazaba con ser juzgado por Dios si se cometía adulterio. «Sea el matrimonio honroso en todos y el lecho matrimonial sin mancilla, porque a los inmorales y a los adúlteros los juzgará Dios». Aquella mujer humillaba a su marido y, lo que era aún peor, se humillaba ella misma ante Dios, no escuchando sus enseñanzas. No podría tomar el camino de Dios sin pagar por su pecado y así poder entrar en el cielo. Él la había ayudado a tomar ese camino.

Su segunda víctima. Un vagabundo que se dejaba pisar por la injusticia. Era tan culpable como los que le dieron su lugar en el mundo. Otro de los apóstoles, en el versículo «Juan 6:35» le instó a despojarse de su tortura. «Yo soy el pan de vida –declaró Jesús–. El que viene a mí, nunca pasará hambre y el que cree en mí, nunca más volverá a tener sed». Aquel hombre descansaba a la derecha del Señor.

Su tercera víctima se debatía entre la vida y la muerte, según su forma de verlo. Un hombre paralítico que, tras sufrir un accidente de tráfico y dar positivo en el control de alcoholemia, había perdido a su hija por su irresponsabilidad. «Samuel 1:9». «Entonces, él me dijo: Te ruego que te pongas junto a mí y me mates, pues la agonía se ha apoderado de mí, porque todavía estoy con vida». Aquel mensaje resonaba en su cabeza. Le ahorró el sufrimiento de seguir con vida, por sus limitaciones físicas y la culpabilidad por haber matado a su hija. El orgullo de haberlo salvado le llenaba de dicha.

Su cuarta víctima. Probablemente el mayor de los pecados que pasaban por su cabeza. Subió a su coche un transexual y, como leyó en «Efesios 5:29», «Porque nadie aborreció jamás su propio cuerpo, sino que lo sustenta y lo cuida, así como también Cristo a la Iglesia». Dividió el alma de su cuerpo por estar corrompido. Ya podría vivir en paz en su próxima vida, donde el cuerpo es abandonado.

Su quinta víctima, aunque no sería la última. Dios no toleraría que un miembro de su Iglesia viviera una vida para sí mismo. Aquel cura vivía una vida de pecado. Vestía elegantemente y tomaba la palabra de Dios en vano. Su castigo vino determinado por «Santiago 2:17», «Así también la fe por sí sola, si no tiene obras, está muerta».

Tras años siendo el forense de la Policía, había visto toda clase de cosas, pero llegaba el momento de realizar su obra. Cada pista que había sido analizada, la había manipulado para ser capaz de concluir su obra, antes de que evitaran que pudiera purgar cada alma prometida.

Cinco fueron los sacrificados, para dar un mensaje al mundo, pero quedaba por producirse su obra final. Había quitado la vida a cinco personas que pecaban de formas diversas, aunque todas ellas condenables, pero sabía que el sacrificio de quitar aquellas vidas le cubría de pecado. Solo había una forma de quitarse ese manto de culpabilidad de encima y poder abandonar su cuerpo, dejando sus pecados en la tierra. Cogió un cuchillo y se hizo un corte en la frente, otro en el pecho y se cortó las venas, extendiendo sus brazos hasta desangrarse, imitando la señal de la cruz. A su lado, un versículo.

«Tesalonicenses 4:16», «El Señor mismo descenderá del cielo con voz de mando, con voz de arcángel y con trompeta de Dios y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego los que estemos vivos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados junto con ellos en las nubes para encontrarnos con el Señor en el aire. Y así estaremos con el Señor para siempre».

Se miraron unos a otros, sin saber qué decir. Aquel último capítulo les había producido escalofríos. Habían perdido el tiempo leyendo entre todos. En aquel final, hablaba de todos los asesinatos y explicaba la razón de cada uno. Solo con haber leído aquello, habría sido suficiente.

Pero la pregunta que se hacían era si un hombre que había escrito algo parecido, podría ejecutar esos crímenes. Por otro lado, no había sido publicado. Ningún asesino en serie, o que leyera aquello y le despertara su desequilibrio mental, podría estar implicado. Tenían que saber quién había leído ese libro, pero lo principal era pedir esa orden para poder detenerle con pruebas.

Parecía que aquel día hubiera motivos para poner de mal humor a un juez. Sara se encargó de modificar la orden que el día anterior había redactado Ernesto, incidiendo en la premura con la que debía cursarse. No cabía duda de que, en cuanto los indicios cayeran en las manos del juez, autorizaría el registro sin ningún tipo de reticencia. El tiempo corría en su contra y puede que no encontrarán nada que le relacionara con el asesinato, pero a cada minuto que pasara, sería más difícil demostrar su implicación.

A lo largo de la tarde, el escrito llevaba estampada la firma del juez. Mientras Blanca hacía guardia, Saúl, Ernesto, Sara y Nacho, se dirigían a la vivienda de Daniel, con un equipo que registraría su casa de arriba a abajo. Daniel se encontraba en casa con su familia, cuando sonó el telefonillo de la entrada. Miró por la cámara y vio que su puerta se encontraba repleta de policías.

—Policía. Abra la puerta de inmediato.

Daniel comenzó a temblar y le costó pulsar el botón que abría la puerta y daba acceso al jardín.

Saúl entró el primero, con la orden firmada en la mano, y apartó a Daniel con un brazo, dando paso al resto del equipo.

—¿A qué viene esto? ¿Por qué entran en mi casa?

Nadie le respondía, hasta que Sara le invitó a sentarse en el salón para tener una conversación.

—Tenemos una orden para registrar su casa. Creemos que puede estar implicado en el asesinato de Luna Campos.

Su mujer giró la cabeza para clavar sus ojos en su marido y ver su reacción.

—Yo no he hecho nada. Cómo quieren que se lo diga. No entiendo lo que está pasando.

La desesperación se proyectaba en su mirada y dirigía el discurso a su mujer, para explicarla que estuviera tranquila. Que no tenía nada que ver.

—Sabemos que escribió un libro —dijo Saúl—. Ese libro cuenta el asesinato de Luna Campos con todo tipo de detalles.

Daniel se quedó helado, sin saber qué decir.

—Parece que ya sabe de qué va todo esto —dijo Sara, amenazante.

—¿Mi libro se asemeja a la muerte de Luna? Tienen que creerme. Yo no tengo nada que ver.

—¿Quién ha leído su libro? Aparte de usted, por supuesto.

—No mucha gente. Lo ha leído mi mujer, mis hijos, unos compañeros de trabajo y creo que nadie más.

—No lo publicó, por lo que hemos comprobado.

—No. Mi hijo me dijo que lo publicara en internet, que se podía hacer de forma gratuita, pero una cosa por otra, no lo he hecho.

—Porque así sería más fácil relacionarle, ¿verdad? —Insistió Sara.

—¿Cree que sería tan estúpido de escribir algo así para luego ponerlo en práctica? ¿Qué clase de persona cree que soy? Solo es un libro. Soy escritor, no un asesino.

—Había un versículo grabado con un cúter en Luna. ¿Por qué ese versículo en concreto?

—No sé a qué versículo se refiere. Le digo que no tengo nada que ver.

—«Hebreos 13:4» ¿Le suena?

—Es uno de los mensajes que deja el asesino de mi libro.

—En el libro, dice que el motivo del asesinato es que la víctima no escuchó la palabra de Dios. Fue adúltera y por ello fue castigada.

—Así es. Es un motivo como otro cualquiera. El personaje está loco. ¿Cree que yo le veo algún sentido? Es una novela. Nada más.

—Sin embargo, es lo que ha pasado con Luna.

Sara no quería dejar pasar la oportunidad de presionar a Daniel, hasta que diera una respuesta equivocada.

—Me acabo de enterar ahora mismo. No soy la persona que cree.

—¿Y sabe quién puede ser capaz de hacer algo así?

—No conozco a nadie así. Si lo han leído, es un perturbado. Hay muchas películas o libros con una temática parecida, pero esa me resultó curiosa. Sobre todo, después de haber ocurrido realmente. Un familiar que es funcionario de prisiones me contó que había sucedido algo similar en una cárcel. Evité poner el versículo que me contó, para no perjudicarlo, y puse otros versículos de la Biblia, que podían ayudarme a desarrollar la historia.

—Es un libro muy oscuro. Demasiado para una mente cuerda, ¿no cree?

Sara estaba desatada, queriendo provocar a Daniel.

—Puede que usted no tenga imaginación. A mí me gusta escribir y he leído muchas novelas. No es difícil ponerse en el lugar de un asesino, pero eso no quiere decir que pudiera hacer algo así o que piense como él. Estoy muy cuerdo, eso se lo puedo asegurar. Y nunca he hecho daño a nadie, eso se lo pueden asegurar los demás.

—¿No le parece curioso que las personas que han leído su libro tengan coartada en el momento del asesinato y usted sea el único que no la tiene?

Saúl tomó el camino de Sara y siguió presionando.

—Curioso o no, es la puta verdad.

Daniel estaba respondiendo preguntas sin parar, ante la mirada de su mujer y sus dos hijos, que no abrían la boca, pero su estado de nervios era visible.

—Parece que no va a hablar. ¿Tenía alguna relación con Luna? Ya sabe. ¿Alguna aventura? —preguntó Sara.

—Mi marido no tiene ninguna aventura. Se creen que pueden venir aquí a poner patas arriba nuestra vida. ¿Quién coño se creen que son? —dijo Carmen, realmente ofendida.

—Disculpe, pero esa información es importante. El mensaje que se dejó en el crimen señala a la infidelidad. ¿Entiende la coincidencia?

—No tenía ninguna aventura con Luna ni con nadie. No he matado a Luna ni a nadie. No conocía cómo fue el asesinato y lo que deberían estar haciendo es buscar al asesino, por Luna y, por lo que veo, también por mí. Mi nombre se está manchando y no estoy dispuesto a permitirlo.

Mientras hablaban, uno de los agentes que estaba realizando el registro en la primera planta llegó con dos bolsas de pruebas, selladas. Llamó a Saúl para informarle. Salió al hall de la entrada, para ver qué habían encontrado.

—Hemos dado con algo. Parece el arma del crimen —dijo con la bolsa en la mano—. Es un huevo de mármol. También hemos encontrado una sudadera oscura envolviendo el huevo. Por ahora, no hemos encontrado el cuchillo.

Saúl se dirigió al salón, sacó las esposas y se acercó a Daniel.

—Daniel Santos, queda usted detenido. Tiene derecho a permanecer en silencio. Cualquier cosa que diga podrá ser utilizada en su contra en un tribunal. Tiene derecho a un abogado, si no

puede pagarlo, se le asignará uno de oficio. ¿Entiende usted sus derechos?

Las pruebas encontradas en la casa de Daniel iban a ser procesadas a lo largo del lunes. Hasta entonces, permanecía retenido en los calabozos. Había pasado toda la noche incomunicado, tras poder hablar con un abogado. Nunca había tenido la necesidad de contratar uno, pero la situación en la que se encontraba le obligaba a sacar la cartera, para ser defendido con la mejor asistencia posible. Su mujer, Carmen, se había movido desde el mismo momento en el que se llevaron detenido a su marido, y las referencias que le habían proporcionado conducían a uno de los mejores abogados penalistas de Madrid. Rodolfo Serantes. Perteneciente al bufete de abogados Serantes Recio, que compartía con su socio, Alberto Recio. Aquella misma tarde, visitó a Daniel para darle las primeras instrucciones. Ni una sola palabra sin que él estuviera presente.

A la mañana siguiente, Rodolfo volvió a reunirse con su cliente, para conocer los detalles del caso en palabras de Daniel.

—Buenos días, Daniel. Lo que vamos a hablar en este momento no saldrá de aquí. Las cámaras están apagadas y nadie nos está escuchando y aunque así fuera, no podrían utilizar absolutamente nada. Queda entre abogado y cliente. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

No había dormido en toda la noche y tenía ojeras y pelo desaliñado. Su expresión le delataba derrotado.

—Lo primero es que cambie esa cara. Estoy aquí para ayudarle y por lo que he podido leer, la acusación que cursan contra usted no se sustenta bajo ninguna prueba procesable. Otra cosa es que encuentren huellas en el huevo.

—Han puesto ese huevo en mi casa. No lo había visto en mi vida.

—Para poder defenderle con todas las garantías, necesito que sea sincero conmigo. Cuénteme todo.

—¿Cree que lo hice?

—Yo no estoy aquí para juzgarle. Cuando llevo un caso, ni creo ni dejo de creer. Solo me importan las pruebas y, en el caso de que las haya, la forma de invalidarlas.

—No estuve con Luna ese día. A veces, al vivir muy cerca, íbamos juntos a trabajar y volvíamos en el mismo coche, pero ese día no fue así. Solo la vi en la universidad. No estuve en su casa y, hasta ayer por la tarde, no sabía cómo había sido asesinada.

—¿Qué sabe del huevo?

—No lo había visto en mi vida.

—¿Alguna vez ha entrado en casa de Luna?

—Alguna vez, pero ya hace tiempo.

—¿Y no vio los dos huevos que tienen encima de la chimenea?

—No me fijó en esas cosas.

—¿Los vio o no? Necesito respuestas concretas. Las dudas no ayudan en nada. Irán a por usted en cuanto no responda claramente.

—He respondido claramente. No lo recuerdo. No me fijó demasiado en lo que me rodea.

—¿Pueden encontrar sus huellas en ellos?

—Puesto que no los he visto nunca, no deberían encontrar huellas en ellos. No.

—¿Tenía una aventura con Luna?

—Joder. ¿Por qué iba a tener una aventura con Luna?

—Entiendo que en este momento está muy alterado, pero mis preguntas no tienen la intención de acusarle. Tengo que hacérselas antes de que se las hagan en un juicio. Tengo que saber todo para estar preparados.

—Era una amiga. No tenía ninguna relación con ella.

—¿Usted escribió el libro por el que sospechan que lo hizo?

—Así es. Lo escribí yo, pero tan solo es una novela.

—Parece que uno de los asesinatos de su novela coincide con el asesinato de Luna. ¿Sabe quién puede querer incriminarle, utilizando su novela?

—Si lo supiera, no estaría aquí ahora mismo. No la ha leído mucha gente y ninguno de ellos tiene razones para hacer algo tan salvaje.

—Las personas que han leído la novela tenían coartada, lo que nos dificulta un poco más distraer la atención hacia otro lado, pero si no encuentran huellas, será muy difícil demostrar que usted estuvo involucrado. De todas formas, podría ser cualquiera. Puede que dejaran un libro a otra persona. Lo utilizaremos como duda razonable.

—Supongo que la Policía tiene medios para saber dónde estaba yo en ese momento. Podrían ver el localizador de mi móvil —sugirió Daniel.

—Podría haber dejado el móvil en casa. Eso no demuestra nada. ¿Realizó alguna llamada a esas horas?

—No. Estuve en el gimnasio que tengo en casa. No hablé con nadie en toda la tarde. Había quedado con unos compañeros, pero les llamé cuando estaba llegando.

—No tenemos información de la hora exacta del asesinato. ¿Cómo lo sabe?

—Cuando me interrogaron, me preguntaron qué estaba haciendo entre las siete y las nueve, creo recordar. Las llamadas las hice sobre las nueve y cuarto, más o menos.

—Tiene que evitar respuestas sobre temas que no conoce, aunque los intuya, porque podrían pensar que ha cometido un error con una respuesta como la que me acaba de dar. Si despierta una duda en el jurado, su explicación perderá fuerza.

Daniel asintió, agachando la cabeza.

—¿Cómo lo ve?

—Dependerá mucho de si encuentran huellas en el huevo o restos suyos en la sudadera. Cuando tengamos los resultados, volvemos a hablar. Si no encuentran nada, desgraciadamente no le soltarán, al haberlo encontrado en su casa, pero les será difícil demostrar que usted lo hizo. — Se despidieron, y su abogado repitió—. Recuerde, no hable más que conmigo.

Se marchó guiñando el ojo. En cuanto saliera de allí se olvidaría de Daniel hasta que tuviera algo con lo que trabajar. Mientras, él estaría allí esperando a que analizaran lo que habían encontrado en su casa.

—Buenas tardes. Todos a la sala de reuniones.

Aquella mañana no hubo reunión. Esperaban impacientes a tener resultados de las pruebas incautadas y Saúl pospuso la reunión hasta la tarde. Tocaba retocar el corcho, cambiando de lugar a los sospechosos. En la cuadrícula más grande, aparecía por primera vez Daniel.

—Bien. ¿Empezamos? —dijo Saúl, frotándose las manos.

—Antes de ir al sospechoso estrella. Tengo cosas que contaros —dijo Blanca.

—Punto uno. Blanca nos va a dar algo nuevo que nos lée un poco más.

Saúl se sentía inquieto. No paraban de dar bandazos y quería centrarse de una vez por todas en algo realmente sólido.

—La compañía de taxis me ha enviado la ruta que hizo Julio cuando salió del aeropuerto. Me han mandado los datos del GPS. Sale del aeropuerto por la M-12, luego coge la M-11 para incorporarse más tarde a la M-30 y acabar tomando la Castellana. Fue a Madrid, y no a Villalba. Desde ahí, le perdemos la pista en el momento en el que se baja del taxi.

—¿No fue directo a Villalba? Estoy bastante harta de ese hombre —dijo Sara, haciendo un gesto como si se quitara el sudor de la frente.

—No. Al menos, directamente. He mirado lo que hay en el punto exacto donde paró y fue a unos grandes almacenes. Eso creo, porque no tenemos imágenes. Pudo ir a comprarle un detallito a Rosa.

—Consigue las imágenes. Seguimos. Mientras tanto, te diviertes con ello. Sara, adelante.

—Tenemos la suerte de que han encontrado el huevo y la sudadera. En principio, mañana sabremos algo más. Hemos cotejado las versiones de todos los que han podido leer el libro y todos ellos tienen coartada. No fue publicado el libro por lo que, a priori, descartamos a algún colgao que lo haya podido leer e interpretarlo a su manera.

—A mí, lo que no me cuadra es que un tío normal, sin antecedentes, se ponga a escribir un libro de un asesino en serie y un día se levante y diga: ¡Voy a cargarme a alguien! Y empleo mi libro, que además se lo he pasado a mis compañeros. Voy a guardar las pruebas en mi casa y cuando la Policía pregunte a alguien que lo haya leído, les espero en mi casa para que me detengan. ¿No os parece un poco raro? —reflexionó Ernesto, en voz alta.

—Estoy de acuerdo, pero de la misma forma, podría saber que vamos a intuir todo eso. Borra las huellas de la casa, entiendo que también las borra del huevo, que todavía está por ver, y sale indemne, porque no hay pruebas incriminatorias lo suficientemente sólidas como para condenarle. Después publica el libro y se forra.

La reflexión de Saúl dejaba caras de no estar muy convencidos de aquella versión libre, pero ninguna de las dos opciones parecía demasiado lógica.

—¿Ese sería el móvil? ¿Y por qué Luna? —dijo Ernesto, descolocado.

—Desgraciadamente, si no lo reconoce, es difícil saber las razones. Puede que tuvieran una relación y se le fuera la cabeza por un motivo que no conocemos. El versículo podría decirnos que no tenía pensado matarla, pero ella pudo dejarlo, lo que provocó que se descontrolara, la matara y dejara el versículo. Le cuadraba perfectamente con su libro. Tenían una relación fuera del matrimonio. Siguió sus instintos más oscuros, dejando de lado la razón, y pudo dejar el mensaje

porque algo dentro de él quería que lo cogiéramos, por el arrepentimiento que sentía. Luego pudo cambiar de opinión, pero ya era tarde.

—¡Y al tío se le ocurre matarla e interpretar su pieza para que lo pillemos! Sigo sin verlo.

—No siempre llegamos al fondo de todo. A veces, los motivos nunca salen a la luz. A veces, la gente hace las cosas porque sí. Porque pudo haberla matado sin pensar lo que iba a hacer y decide, en un momento de locura, representar la escena, o porque no es una persona cuerda. Hemos visto muchas veces que un asesino es una persona normal, aparentemente. El tío más majo del mundo hace cosas impensables.

Sara volvió sobre sus pasos y expuso todo lo que tenían.

—Sea rocambolesca o no, todo apunta a este señor, pero tenemos a Julio, que todavía no está confirmada su coartada. Sería rizar el rizo, pero hasta que no sepamos dónde fue, no podemos descartar nada. También nos cuadra la infidelidad con el versículo. Su novia podría estar harta de que le dijera que iba a dejar a su mujer y la acaba matando para quitársela de en medio. Luna también recibió un libro. Julio podría estar leyéndolo y Rosa lo vio.

—Tú lo has dicho. Rizando el rizo —respondió Ernesto.

—A su padre, por lo que veo, ya lo hemos descartado. Tampoco tiene coartada y mintió sobre sus problemas físicos. He visto en el Retiro a tíos de más de setenta años, correr que se las pelan y además se encontraron restos de ADN bajo las uñas de Luna —apuntó Nacho.

—Volvemos a lo que decía mi amigo Willy. Todo el mundo miente —recordó Saúl—. La opción más plausible sigue siendo la de Daniel. Me alegra que sigáis dándole a la cabeza. ¡En serio! Pero han encontrado el arma homicida en casa de Daniel. Esperamos a los resultados y a partir de ahí, seguimos.

—También tenemos a Adolfo —recordó Nacho—. Aunque no ejecutara el asesinato, según nos dice Miguel, el funcionario de prisiones, no tienen duda de que lo ordenó y está fuera de la cárcel.

—Pero no tiene ningún tipo de relación con Luna —apostilló Saúl—. La relación de los dos crímenes ha quedado bastante clara. Adolfo manda matar a Salazar, por chivato. Miguel se lo cuenta a Daniel y este adapta la idea para escribir su libro. No tendría sentido que repita el asesinato en otro lugar. Por no decir que no hay ningún móvil que lo relacione y, que sepamos, es un ladrón de bancos, no un asesino en serie. Gracias a que Ernesto dio con lo ocurrido en la prisión, hemos conseguido llegar a Daniel. Si Miguel no me hubiera escuchado contar los detalles del asesinato de Luna, todavía estaríamos perdidos, buscando pruebas como locos.

—¡Bueno! Decir que no es un asesino está por ver.

Sara no tenía tan claro que fuera solo un atracador de bancos.

—He dicho que no es un asesino en serie, no que no sea un asesino. Una cosa es que pueda matar o hacer matar a un hombre por un ajuste de cuentas y otra cosa es que vaya matando gente por la calle como si se tratara de una película o de un libro, como el que acabamos de leer. No hay móvil y no hay por dónde cogerlo.

Nacho seguía dando vueltas a cualquier posibilidad.

—¿Qué sabemos de Miguel? ¿Podemos pensar que actúa de buena fe? Porque de la nada, nos cae la forma de dar con Daniel. Encontramos el arma homicida en su casa y la sudadera. Es un familiar suyo. ¿Por qué iba a darnos esa información sin ninguna prueba?

—No parecía tenerle mucho cariño y además no es un familiar directo, por no decir que es una especie de policía —Saúl sonrió, degradando el trabajo de Miguel—. Si creía que había algo extraño, lo lógico es que nos lo dijera. No me parece que esa hipótesis tenga mucha fuerza. Trabaja en El Penal de El Dueso, a más de cuatro horas, si pisas el acelerador. Tiene familia y turnos bastante complicados de cuadrar para hacer una escapada.

—Solo pienso en alto. Por si se nos escapa algo.

—Me parece bien. No demos nada por descartado, pero sería demasiado enrevesado.

—Por seguir con mi hipótesis. Dices que no le caía demasiado bien. Podría haberte escuchado hablar sobre el caso e intentar joderle por algún motivo que no conocemos.

—Podría admitirlo, si no hubiéramos encontrado en casa de Daniel el dichoso huevo. ¿Crees que fue a Madrid a asesinar a una mujer, que por lo que sabemos no conoce, y llevar a casa de Daniel el arma homicida, solo porque no se lleven bien?

—No parece probable, pero sigo diciendo que ha sido muy oportuno.

—Muy bien. Llama a la prisión y hablas con Gonzalo. Dile si te puede informar de los turnos de Miguel Saavedra el día del asesinato. Así lo descartamos del todo. En cinco minutos tendremos la respuesta.

Nacho asintió, quedándose más tranquilo. Sabía que era una posibilidad remota, pero un buen policía no puede dar nada por sentado. Su propio jefe lo decía muy a menudo.

—¿Algún sospechoso que nos hayamos dejado? ¿Mi abuela?

Saúl se mofaba de Nacho, al tiempo que extendía la mano y la posaba en su hombro, para que no se sintiera ofendido. Dio por concluida la reunión.

Nacho, como el resto del equipo, volvió a su mesa para seguir trabajando. Era joven e inexperto, pero aprendía muy rápido. No llevaba demasiado tiempo trabajando en la unidad, si se comparaba con sus compañeros, pero como le recordaba Saúl constantemente, era el agente de campo más joven en unirse a una unidad de la UDEV. Blanca le ganaba la partida en ese terreno, pero su trabajo era muy diferente. No era lo mismo estar en la calle, que ponerse tras un ordenador. La experiencia que iba adquiriendo poco a poco, nada tenía que ver con lo que había aprendido anteriormente en comisaría. Parecían mundos distintos y disfrutaba de ello como la gran oportunidad de su vida. Recordaba el trabajo en comisaría como un entorno lleno de papeleo, y la mayoría de los casos se resolvían de forma más o menos rápida. Las evidencias se solían presentar desde el principio. Casos de malos tratos; atracos con la cara descubierta; altercados en la calle... No siempre era así, pero trabajar en unas instalaciones, alejado de la gente, sin que nadie entrara a robarte tu tiempo para cursar una denuncia, le proporcionaba una satisfacción mucho mayor. Era un trabajo difícil. Debía estar atento cada minuto que pasaba, para no desmerecer la oportunidad que le había dado Saúl. Normalmente, no hablaba mucho y participaba poco en los interrogatorios. Estaba aprendiendo, pero intentaba aportar cada día un poco más, para conseguir llegar a ser, algún día, un detective consagrado. Aunque sabía que su hipótesis tenía poca fuerza, era la oportunidad de que, un día, esa hipótesis absurda le diera el placer de descubrir una pista clave para cerrar un caso. Sin perder más tiempo, realizó una llamada a la prisión.

—Buenas tardes. Soy Nacho Acosta. Estoy trabajando en un caso y le agradecería que me pusiera en contacto con Gonzalo.

—¿El subdirector?

—Sí, señorita. El subdirector.

—Un momento, por favor. Le paso.

Se quedó esperando, escuchando la música de espera de llamada, mientras contactaban con Gonzalo.

—Buenas tardes.

—Hola, Gonzalo. No me conoce. Soy compañero de Saúl Ros. Me ha comentado que usted me podría ayudar.

—Encantado. Un buen tipo, Saúl.

—Desde luego.

—¿En qué puedo ayudarle?

—Es puro trámite, pero con todas las personas que hablamos en una investigación, comprobamos ciertas cosas que necesitamos para el informe. Me gustaría saber si puede darnos una información sobre Miguel Saavedra.

Gonzalo emitió un sonido gutural, mientras pensaba qué tendría que ver Miguel con todo esto.

—¿Uno de los funcionarios?

—Eso es.

—¿Y por qué quiere esa información? Miguel ni siquiera habló con Saúl.

Se dio cuenta en ese mismo momento que había sido una conversación extraoficial y quiso arreglarlo.

—Se cruzaron en el camino. Saúl me dijo que contó el caso a tres guardias. De hecho, le iba a pedir el registro de turnos de los tres, pero no conozco el nombre de los otros dos, por eso le he preguntado por el nombre que conocía.

Parecía que había conseguido no desvelar la conversación que tuvieron con Miguel en una cafetería de Santoña.

—Por supuesto. ¿No será por el asesinato de Salazar?

—Efectivamente. Al estar relacionado, necesitamos saber quién estaba trabajando el día en el que se cometió el crimen de nuestra víctima. Es pura rutina.

—De acuerdo. No le puedo mandar la información, por protección de datos, como comprenderá, pero si espera un momento le digo quién estaba trabajando —Tarareaba mientras abría el ordenador—. Aquí lo tengo. Los dos nombres que no conoce son Francisco Sillas y José Antonio García. Los dos trabajaron ese día hasta las siete de la tarde. Miguel Saavedra. ¡A ver, a ver! También trabajó. Entró en el cambio de turno e hizo noche.

Nacho se debatía entre la frustrada emoción de haber conseguido algo relevante y el hecho de borrar de la lista a un sospechoso. Solo él lo había considerado, pero se alegraba de haberlo comprobado.

Antes de marcharse a casa, Saúl llamó a Sara a su despacho. Mientras se acercaba, la observaba caminar. Llevaba mucho tiempo pensando en ella, pero había conseguido apartar de su cabeza la idea de que su relación subiera de nivel. Las complicaciones de trabajar y mantener una relación con una persona con la que pasaba una cantidad ingente de horas no recomendaban que diera el paso. Lo sabía, pero aquella noche habían despertado de nuevo sus sentimientos y no era capaz de refrenarlos. Se sentó delante de él, cruzó las piernas y le sonrió. Saúl solo era capaz de centrarse en el mechón de pelo que se deslizaba por su mejilla, para posarse suavemente sobre el hombro. Le temblaban las manos y sentía un sudor frío que le transportaba a algún momento de su juventud, cuando sentía la sensación de no poder mover ni un músculo, mientras su cabeza ordenaba todo lo contrario. Escondió las manos bajo la mesa, para no dejar traslucir sus inseguridades, pero ya era tarde para eso. Sara conocía hasta el último de sus gestos, y su sonrisa se difuminó lentamente, dejando que sus ojos se cerraran y su cara se escondiera detrás de su mano.

—¿Qué pasa? —preguntó Sara, sabiendo la respuesta.

—Ya lo sabes. Cierra la puerta, por favor.

Como un resorte, se impulsó en los brazos de la silla y se estiró para empujar la puerta.

—Sabes que no es buena idea.

—¿Por qué evitas hablarlo?

—Porque es más fácil así. Si no conseguí que funcionara con un hombre del que no estaba enamorada, ¿cómo va a funcionar con nosotros?

—Tú lo has dicho. No estabas enamorada. ¿Lo estás de mí, o solo te apetecía desfogarte?

—¿De verdad crees que es eso lo que pasó?

—No, pero tampoco me has confirmado lo contrario.

—Sabes que siento algo por ti. Lo sabes muy bien, pero trabajamos juntos. Mezclar las dos cosas sería un desastre.

—¿Quieres que pida el traslado a otra unidad, o pedir el tuyo? Haría lo que fuera, pero no quiero pasarme la vida trabajando sin que nada me llene. Me gusta lo que hago, aunque siento que cada vez rindo menos, y se me pasan más cosas, porque no tiene sentido si no soy feliz. No tengo a mis hijos y no te tengo a ti. He podido controlarlo todo este tiempo, pero la otra noche fue algo distinto para mí. Hacía mucho que no pasaba y ahora no puedo hacer como si no hubiera ocurrido. ¡Te quiero! —Un silencio largo se abrió paso—. ¿No tienes nada que decir?

—Podría decir muchas cosas, pero no quiero decir algo que empeore las cosas.

—Si me quieres, quiero oírtelo decir.

—A eso me refiero, precisamente.

Como caída del cielo, una llamada interrumpió. Sara respiró, al tener más tiempo para pensar. No estaba preparada para tener aquella conversación. Le hizo un gesto para que cogiera el teléfono y salió de su despacho. Cuando Saúl terminó de hablar, salió a la campa y vio que Sara se había ido a casa.

Al día siguiente, recibirían la llamada que llevaban esperando desde el momento en que uno de los agentes mostró a Saúl el arma del crimen. Habían encontrado algo importante.

—Ya tenemos una prueba.

Saúl no podía borrar la sonrisa de la cara. Por fin tenían algo.

—¿Tenemos huellas de Daniel? —preguntó Sara, sorprendida.

—No hay huellas, pero han encontrado pelos de Daniel en la sudadera. Borró las huellas del huevo, pero a pesar de que la sudadera pasó antes por la lavadora, han encontrado dos pelos de la cabeza en la capucha. Cuando fue detenido, le tomaron las huellas y realizaron una prueba de ADN. Coincide. Lo tenía escondido en un rincón trasero, dentro del armario. Estaba tapado por la ropa que colgaba de la barra. En el registro, nos confirman que no se encontró el cuchillo, pero lo habría limpiado igualmente.

—¿Por qué iba a guardar el huevo y la sudadera, si se iba a desprender del cuchillo?

—Es un cuchillo de cocina. Comprobaron las incisiones, para saber qué tipo de cuchillo era, pero como sabéis, son de ese tipo de cuchillos que venden a tropel en páginas de ofertas. Los tengo hasta yo. Son diferentes cuchillos de colores, uno para cada cosa. Para queso; para pan... Encontraron en su casa un cuchillo que podría cuadrar, pero también lo había en casa de Luna y, como digo, en la mía. Puede que el cuchillo que encontraron en casa de Luna fuera el que utilizó, o el que encontraron en casa de Daniel, pero no podemos demostrarlo. Según lo veo yo, el cuchillo no va a aparecer.

—¿Y por qué no tiró las pruebas a un río? —preguntó Ernesto.

—No podemos centrarnos en eso. Tenemos que dar nuestro informe y que se encargue la justicia. He hablado con Iago y nos ha felicitado. Caso resuelto.

—¿Lo dejamos aquí?

—Eso parece. Tengo que enviar a Iago un informe con todas las transcripciones, las anotaciones y la línea de investigación que hemos llevado. Cuando lo hayan revisado, nos informarán, pero ahora toca esperar al juicio y que vean si las pruebas son suficientes para procesarle, pero como digo, eso ya no es cosa nuestra. Blanca ha comprobado las llamadas telefónicas de Daniel.

—Así es. Es verdad que no llamaba a Luna. Como nos dijo la primera vez que lo interrogamos, solían quedar de antemano desde la universidad y había algún whatsapp antiguo, de alguna vez que por algún motivo no podían ir juntos. Durante la tarde del día del asesinato, no realizó ninguna llamada y su teléfono estuvo en casa todo el tiempo, pero no nos dice mucho. Si no quería que lo pillaran, podría haber dejado el teléfono en casa. Tuvo dos llamadas perdidas de Oscar y no lo cogió. Puede que sea porque no lo escuchara o porque estuviera en casa de Luna. El caso es que hasta que no estuvo por Majadahonda, para recoger a sus amigos, no realizó ninguna llamada. Lo lógico es que, en cuanto hubiera visto la llamada perdida, la hubiera devuelto, pero no fue así. Las cámaras de tráfico solo vieron el coche de Daniel, de entre todos los que teníamos encima de la mesa. También se puede explicar, porque fue a buscar a Óscar y a Mario.

—Por ahora, todo son conjeturas —apuntó Nacho.

—Demasiadas conjeturas pueden deparar una verdad. Sigo. Vive muy cerca para que le diera tiempo a hacer todo esto, volver a casa y coger el coche como si nada hubiera pasado. Si lo unimos a que no tiene coartada, se ha imitado el asesinato que cuenta en su libro, se ha encontrado

el arma del crimen en su casa...

—Sin huellas —volvió a decir Nacho.

—Y que la sudadera con la que iba tapado contiene dos pelos que pertenecen a Daniel, si no es el culpable, no sé quién pudo serlo.

—¿Cómo sabemos que es la sudadera con la que iba oculto?

—Coincide con la descripción y rodeaba la prueba principal, para esconderla.

Ninguno estaba muy convencido. Las pruebas no parecían suficientes para cerrar un caso. Saúl también lo creía, pero, aunque le hubieran tendido una trampa, no había motivos punibles para no llevarle ante el juez. Si fue así, no se había podido demostrar. No tenía coartada y todas las pruebas e indicios le acusaban directamente a él, con absoluta claridad. Le vino a la mente la frase que dice que todo el mundo es inocente hasta que se demuestre lo contrario, pero que no le cuadrara el perfil no quería decir que tuviera que obviar las señales abrumadoras que tenía en su contra.

Dos horas más tarde, Daniel recibía a su abogado para ponerle al día.

—Señor Santos. Buenos días.

—Buenos días.

Daniel le miraba expectante, esperando lo que tuviera que contarle.

—Tengo una mala noticia para usted. Han encontrado dos pelos suyos en la capucha de la sudadera.

—Ni siquiera he visto la sudadera. Yo nunca llevo sudadera.

—Es una sudadera oscura con capucha, pero la buena noticia es que no han encontrado huellas en el huevo. Lo tenemos difícil, pero habrá que convencer al jurado de que las pruebas son insuficientes. Nuestra defensa se centrará en que pusieron las pruebas en su casa para incriminarle, y los pelos de la sudadera pudieron haber caído de cualquier otra prenda del armario. Por no decir que solo un testigo confirmó lo de la sudadera, sin detalles de marcas ni nada que lo relacione, con lo que podría ser suya. La forma en la que encontró la Policía el arma homicida es lo que nos va a quitar credibilidad, puesto que estaba envuelta en la sudadera.

—Si no hay huellas en el huevo y tan solo han encontrado la maldita sudadera, ¿cree que con eso podrían inculparme?

—El huevo fue el arma, eso está muy claro. No podemos negar este aspecto, pero tampoco pueden demostrar que usted lo utilizara. Si hubiesen encontrado huellas, no le voy a engañar, estaríamos jodidos, pero podemos trabajar con el jurado para que le vea como un hombre al que han intentado incriminar, aprovechando su libro.

—Es la verdad.

—Por supuesto, pero va a tener que permanecer retenido hasta que se produzca el juicio. Intentaré que acepten una fianza, pero en un caso así, lo veo bastante complicado.

Daniel agachó la cabeza, emitió un suspiro y se tapó la cara con las manos. Recordó cómo había llegado hasta allí. Su sueño de toda la vida fue el de ser escritor. Le vino a la mente aquel cumpleaños, en el que recibió el regalo de sus padres. Un libro que todavía conservaba. Su padre se despidió de él de la forma que sabía hacerlo. Sin muchas palabras saliendo de su boca. Tan solo un libro para que le recordara siempre; para que pudiera vivir en un mundo que descubriría unos años después, donde no importa la realidad y puedes vivir la vida de otros. Puedes sentir lo que sienten e imaginar cada lugar, como si estuvieras viendo una foto, o mejor aún, notando como se mueven las hojas de los árboles; poniendo cara a un personaje y percibiendo sus sentimientos como si le conocieras de toda la vida; viajando a lugares que nunca podrás visitar e incluso pisar

la tierra húmeda de un lugar que no existe, más allá de la imaginación de quien lo escribe y quien lo lee. Su padre le inculcó, en sus últimos momentos de vida, la pasión por la lectura. Lo hizo de la manera más impactante que un niño puede asimilar, pero quizá por ello, llegó a poder disfrutar de una nueva forma de ver el mundo. Desde aquel momento, no paró de leer y se aventuró a escribir, pero la vida le llevó por caminos que no habría podido imaginar. La rabia por no tener a su padre cerca había ido ganando terreno a su corazón, haciéndose más frío a medida que crecía. Quería ser un gran escritor para dedicárselo a su padre, pero nunca tuvo la opción de demostrarlo. Lo que estaba ocurriendo podría degradarle para siempre, o podía ser la oportunidad de darse a conocer, aunque lo hiciera en un cuarto minúsculo, tras unos barrotes. Según lo pensaba, veía lo absurdo de aquella reflexión. Sonrió por primera vez. Una sonrisa de decepción, ante la sorpresa de su abogado, al que no le importaba nada saber si era o no el asesino. Lo único importante era seguir ganando casos para mantener su reputación e ir amasando dinero. La única realidad en ese momento era que su obra le había expuesto a vivir una vida distinta. Si era culpable o no, nadie lo sabría, pero se sentía orgulloso de haber escrito aquellas líneas, aunque sabía que le habían destrozado la vida.

Durante unos días, no hubo nuevas noticias de lo sucedido. Ante la falta de información y nuevos datos que llevarse a la boca, se difuminó como si nunca hubiera pasado, pero, tras la detención, la noticia se filtró tan rápido como la pólvora. Ya no se hablaba de un nuevo homicidio de violencia de género. Todos los programas de la mañana trataban el tema casi en exclusividad. Todo tipo de opiniones caían sin fundamento sobre la audiencia. Uno de ellos había accedido a información clasificada y contaba con todo lujo de detalles lo ocurrido. Uno decía que un hombre había asesinado a su compañera de trabajo, basándose en su propio libro. Había dejado una escena macabra, apuñalando a la mujer y dejando un mensaje en forma de versículo, realizado con un cúter. Otro respondía que podría tener alguna relación con él y aseguraba que la Policía estaba trabajando con esa hipótesis. Como si fuera una película americana, un tercero aparecía en la pantalla desde el lugar de los hechos, engolando su voz, para dar más emoción al espacio, y decía que podría tratarse de un perturbado que había llevado a la realidad una obra de ficción, que había planeado detenidamente. La noticia del año llenaba la televisión, recogiendo cualquier miguilla que encontrarán, para explotar la historia del momento.

La familia de Daniel tuvo que abandonar su casa, hasta que todo se calmara. Su mujer, Carmen, y sus dos hijos, Nico y Susana, huyeron despavoridos a casa de los abuelos de los chicos. Cuando entraron por la puerta, las lágrimas inundaban los ojos de Carmen, controlando el estado de ansiedad, que poco a poco se iba apoderando de ella. La prensa estaba destrozando la imagen de su marido y no podía hacer nada.

—¿Quién coño ha filtrado información?

Saúl expresaba su enfado por lo que estaba escuchando en los medios. No podía creerse que tuvieran tanta información y quería saber de dónde había salido.

—Parece mentira que no lo sepas. ¿Quién tiene todos los datos?

Sara sabía muy bien que, desde arriba, querían llevarse los laureles. Pronto habría elecciones y no estaban dispuestos a que saliera información desde otro sitio. Querían demostrar que estaban haciendo las cosas bien.

—¿Iago? ¿Crees que lo ha hecho él?

—No estoy diciendo que haya sido Iago, pero es el único que sabe todo lo que tenemos. Habrá pasado el informe aún más arriba. Son políticos. ¿Qué esperabas?

—La familia, el abogado y supongo que gran parte de su entorno, están informados. Me la juego —dijo Nacho, para quitar hierro al asunto.

—No creo que a la familia le interese que se filtre. Son los mayores perjudicados —rebatía Saúl—. Tiene razón Sara. Esto viene de arriba. Son unos cabrones. Todavía no hemos concluido con la investigación.

—Ayer dijiste que el caso estaba cerrado —apuntó Ernesto.

—Ayer dije que desde arriba lo daban por cerrado, pero hasta que no den carpetazo oficialmente, el caso está abierto. Todavía nos quedan coartadas por comprobar. Hasta que quede una mínima posibilidad de encontrar algo más, no hay nada cerrado.

Provocó una mueca de sonrisa. Este sí era el Saúl que todos conocían. Eran conscientes de que

no estaba tan centrado como era habitual, pero nadie, a excepción de Sara, sabían las causas.

—Eso es, jefe —dijo Blanca.

—Aprovechemos el tiempo. ¿Dónde está la coartada de Julio? ¿Tenemos las cámaras?

Blanca volvió a sonreír. Se comportaba como un perro que está todo el día metido en casa y cuando le sueltan, corre sin rumbo, detrás de lo primero que se presenta ante sus ojos. En ese momento, Saúl había despertado de su letargo. Su enfado por la filtración le llevaba a seguir trabajando, desdeñando las órdenes de su jefe.

—Las tenemos. Ya las estaba comprobando. ¿Qué te crees? Pedí imágenes de todo el perímetro, para tener acceso a diferentes cámaras. Va a ser un trabajo de chinos, pero podremos saber a dónde iba.

Blanca siguió a Saúl a su despacho.

—Siento lo que os dije ayer. No estoy en mi mejor momento. No podemos cerrar el caso por muchas evidencias que haya en contra de Daniel.

—Si quieres hablar de cualquier cosa, aquí me tienes. Hace tiempo que te veo raro.

—Gracias, Blanca. Algún día te contaré mi vida, pero antes tengo que aclararme conmigo mismo.

—¿Alguna mujer?

Le pilló de sorpresa. Sabía que Blanca era muy intuitiva y se quedó blanco, sin saber si le estaba tirando un dardo.

—Y parecías tonta —sonrió, apartando la mirada.

—¡Jefe! Ve a por ella. No merece la pena esperar. La vida es muy corta para andarse con gilipollices.

—Me lo dice la persona que no está interesada en mantener relaciones.

—No es verdad. Yo estoy interesada en mantener relaciones, pero lo que no me gusta es que duren mucho tiempo. Se convierten en aburridas. Pero tú no eres como yo. Dale caña y vive tu vida, que te veo muy apagado.

—¿Hablas por hablar, o sabes de lo que hablas?

Quiso saber si daba puntadas sin hilo.

—Cuando volviste de Santoña, te vi muy distinto, como si hubiera pasado algo. Soy una mujer. Nos enteramos de todo mejor que vosotros.

Saúl emitió un ruidito con la nariz, entendiendo lo que le estaba diciendo.

—¿Qué crees que pasó?

—No hay que ser muy lista para saber que llevas años enamorado de Sara. Perdona, pero me lo has preguntado. Ella intenta aparentar que no pasa nada, pero está tensa. A ti se te ve todo mucho más fácil. Algo pasó. No me tienes que decir nada. Solo quería darte ánimos.

—Si te parece, luego nos tomamos algo y hablamos. Puede que me ayudes. Necesito hablar con alguien.

—Claro que sí. Tú invitas.

—Qué menos.

Durante un largo rato, Blanca y Saúl observaron cada cámara. En una de las cámaras de un cajero, se le veía bajando del taxi. Siguieron a Julio, cambiando de cámaras constantemente, hasta verle entrar en una joyería. Permaneció allí durante veinte minutos. Salió del establecimiento y se dirigió al tren de Nuevos Ministerios. Quedaban dos horas hasta que se produjera el asesinato, lo que le daba tiempo para llegar en tren a Las Matas.

—¿Tenemos cámaras de la estación?

—Las tenemos.

Vieron como entraba en la estación. Las cámaras del andén les mostraron como accedía al tren de la línea C-10.

—¿Dónde va ese tren?

—Pasa por Las Matas, pero también por Villalba.

—¡Joder! ¿Dónde vas? Mira a la hora que llegó el tren a cada estación y que te den imágenes de los andenes de ambas estaciones. Lo necesitamos ya.

Blanca se puso a trabajar. Todavía no podían descartar a Julio, pero pronto les quitarían el caso. Tenían que darse prisa.

Aquella noche, Saúl y Blanca volvieron a “*La Nuit*”. Aquel bar desprendía un aroma especial y pensaron que era el sitio adecuado para tratar el tema. El primero en llegar fue Saúl. Decidieron no ir juntos, para no llamar la atención de Sara. Quince minutos más tarde, apareció Blanca.

—¿Pido unas copas?

Sin esperar la respuesta de Saúl, se acercó a la barra. Pidió un gin tonic para ella y el whisky japonés que tanto le gustaba a su jefe.

—Muchas gracias. No me habría podido imaginar que tú y yo tendríamos esta conversación.

—Puede que un punto de vista femenino te abra la mente un poco —sonrió.

—¡A ver cómo empiezo!

—Brindando. Por nosotros. Porque seamos felices —guiñó un ojo.

—Porque seamos felices. Me apunto.

Bebieron un sorbo y se quedaron en silencio, escuchando la música. Sonaba “*Show must go on*”, de Queen. Blanca miró hacia arriba, señalando con el dedo.

—El show debe continuar. Parece que te la han puesto adrede.

—Relacionamos cualquier cosa con lo que nos interesa. Desgraciadamente, forma parte de nuestro trabajo.

—No hemos venido a hablar de trabajo. Últimamente, te saltas tus normas a la ligera. ¿Qué ha sido de aquello que decías de no hablar de cosas personales en el trabajo y de cosas del trabajo en el tiempo de ocio? Te lo estás saltando todo hoy.

Saúl intentó sonreír, mientras pensaba que Blanca estaba en lo cierto. Nunca había estado tan perdido y estaba influyendo en su trabajo y en su vida.

—Supongo que me estoy haciendo mayor. Ya no pienso como antes.

—Creo que es bueno. Te has centrado en el trabajo como único sustento. Yo también paso horas y horas trabajando, pero cuando salgo me divierto todo lo que puedo. Por eso vuelvo a trabajar con tantas ganas. Hay que echar un polvo de vez en cuando. Eso te lo quita todo. Aunque empiezo a pensar que ya lo has echado y, en tu caso, te ha generado más ansiedad. ¿Me equivoco?

Volvió a sonreír. Esta vez agachó la cabeza en señal de desesperación.

—No puede salir de aquí. ¿De acuerdo?

—Soy una tumba.

Imitó con los dedos a una cremallera, cerrando su boca.

—Cuando estuvimos en Santoña, Sara y yo salimos a cenar. Tomamos unos vinos y cuando la acompañé a su habitación, casi sin darme cuenta, se lanzó sobre mí y pasamos la noche juntos.

—¡Uh, lo sabía!

—Al día siguiente, ella hizo como si no hubiera pasado. Tengo que decirte que no es la primera vez, pero hacía mucho tiempo de aquello.

Blanca se tapó la boca con la mano.

—¿Os habíais liado antes? Eso sí que no lo imaginaba.

—Fue antes de llegar a la unidad. No te conocía todavía. El caso es que hablé con ella al volver, en mi despacho...

—Otra vez te saltas tu norma.

—Y no quiso seguir con la conversación. Recibí una llamada y aprovechó para marcharse. No he tenido tiempo ni oportunidad de estar a solas con ella.

—Ella siente lo mismo por ti. Hazme caso, pero estáis en una situación difícil de gestionar.

—¿Te ha dicho algo?

—No. Si tú eres hermético, ella es como una bolsa de pruebas. No se abre como si se tratara del secreto de sumario.

Sabía perfectamente de lo que estaba hablando.

—No lo habría descrito mejor.

—Si quieres mi consejo, no dejes que se escape. No la des la opción de no hablar del tema. Si, una vez hablado, no puede ser, tú eres quien sabrá lo que hay que hacer. Si su único motivo es el trabajo, no dejes que te dé un no por respuesta. Buscar una solución.

—Sí. Es lo que debo hacer.

—¿Bailamos un poco? Te vendrá bien.

—Creo que no tengo el cuerpo para bailes. Me acabo la copa y me voy a descansar un poco.

—Tú te lo pierdes. Yo me quedaré un rato más. ¿Has visto a ese tío?

Sabía que lo estaba diciendo para hacerle sonreír. Blanca era una persona muy discreta y, a la vez, muy directa. Nunca había hablado con ella de esa manera, pero se sentía feliz de haberlo hecho. Se sentía muy agradecido por haberla hecho perder un rato de su tiempo libre con él.

Habían pasado cinco días desde que fue detenido. Se le pasaban por la cabeza todo tipo de cosas. Lo único que tenía allí dentro era tiempo para volverse loco. A lo lejos, se oían pasos acercándose a su celda, y una voz se abrió paso entre el silencio, para ordenar que la abrieran.

—Daniel. Tienes visita.

Le llevaron a una cabina. Al otro lado del cristal, vio a sus dos hijos. No estaba su mujer. Sintió como le dejaba dolorido un pinchazo en el pecho.

—¡Hola, pequeños! ¿Qué tal estáis?

—Bien, papá —dijo Nico, con la voz tomada por la emoción.

—¿Dónde está mamá?

—No ha podido venir. No se levanta de la cama. Está muy afectada, pero no te preocupes. Cuando demostremos que no tienes nada que ver, todo volverá a ser como antes.

Aquella respuesta le dio ánimos para luchar un poco más. No había nada más importante que escuchar a su hijo hablar así.

—Gracias por venir. Necesitaba veros.

—Hemos hablado con tu abogado. Me estoy encargando yo, porque mamá no se siente con fuerzas. Voy a estar encima constantemente. Te vamos a sacar de aquí.

—No dejes de estudiar. Que se encargue mi abogado. No quiero perjudicarte.

—No te preocupes por mí. Lo importante es demostrar que eres inocente. Yo lo sé. No tengo ninguna duda.

Una lágrima se deslizó por su mejilla. La emoción que sentía y la seguridad de que su hijo le creía era lo único que le importaba.

—¿Y tú que tal estás, cariño? —dijo, dirigiéndose a Susana.

—Bien. No te preocupes. Solo estoy un poco triste. No quiero verte así.

—Lo sé. A mí tampoco me gusta que me veáis aquí, pero me alegro de que hayas venido. Os quiero mucho.

Nico evitó llorar, para no contagiar a su padre.

—Tu abogado dice que podemos convencer al jurado de que eres inocente. Me ha dicho que la única prueba no tiene tus huellas y que la sudadera no pueden utilizarla, porque hay un solo testigo y no dio detalles sobre la marca, el color exacto o cualquier otro detalle. Aunque me ha dicho que la Policía ha dado el caso por cerrado. No van a seguir investigando, porque ya tienen lo que querían. Esos cabrones solo buscan archivarlo e irse a su casa con una medallita. Es todo una mierda.

—Nico. No hables así. Todo saldrá bien.

—Eso te lo aseguro. Si tengo que hablar con la prensa, lo haré. Haré lo que haga falta.

La rabia le iba devorando, al ver a su padre encarcelado. Tenía que cuidar de su madre y encargarse de todo. Tan solo tenía veintidós años.

Una voz interrumpió la conversación.

—Se acabó el tiempo. Despidete de tus hijos.

Acabaron los tres llorando, y Daniel volvió a su celda temblando, al borde de un ataque de ansiedad. Sabía que iba a estar allí mucho tiempo y tenía la sensación de que no pasaban las horas

en aquel agujero. Entró en su celda y se dejó caer sobre la cama.

Mientras Daniel se dejaba llevar por el ritmo de la prisión, Blanca y sus compañeros buscaban algo que se les hubiera pasado. No querían parar hasta que tuviesen la certeza absoluta de que tenían al asesino. Blanca había podido comprobar todas las cámaras que estaban a su alcance. Era lo único que podía hacer que le deparase resultados en poco tiempo. Comenzó a reconstruir cada historia, para darle forma y presentársela a Saúl. Se dirigió a su despacho y puso su portátil encima de la mesa.

—Te vengo a contar unas cosillas.

—¿Prometen?

—Yo diría que sí.

—¡Ah! No es la respuesta que esperaba.

—Escucha, y luego te quejas. Tenemos a Julio en el tren, camino de Las Matas o de Villalba. Mira las primeras imágenes. Estas son del tren que coge en Nuevos Ministerios. Allí tenemos más cámaras, por lo que es más sencillo...

—Perdona que te interrumpa. Para comprar una joya, ¿por qué se iría a Madrid? En Villalba también hay joyerías. He estado pensándolo.

—Su oficina está relativamente cerca de la joyería. Supongo que encargó algo, o que lo tuviera mirado de antes.

—Lo digo porque podría haber ido directo en taxi a Villalba.

—Ya lo pensé, pero es la única explicación que te puedo dar. Lo dicho. Entra en el tren en Nuevos Ministerios. He seguido ese tren, para no parecer idiota y estar buscando en el andén de otra estación al tren equivocado. No solo he mirado las cámaras de las estaciones de Las Matas y Villalba. He mirado todas las paradas. ¡No veas qué coñazo! De Nuevos Ministerios a Las Matas no se baja en ninguna, pero es que tampoco se baja allí.

—No es nuestro hombre, por lo que veo.

—No. No es nuestro hombre. Efectivamente, baja en Villalba. Es cierto que tenía todavía una hora para poder ir a Las Matas, pero he comprobado las cámaras de la carretera de La Coruña y ni su coche ni el de Rosa aparecen por ningún lado. No tenemos la certeza absoluta, porque podría haber ido por otra carretera, pero no tenemos manera de comprobarlo.

—¿Qué más tenemos?

—He vuelto a dar una vuelta a varias cosas y hay una que me ha llamado la atención.

Saúl no escuchaba nada que cambiara algo del caso y se estaba poniendo nervioso.

—¿Qué es?

—Como puedes ver en el informe de la Científica, nos detallan todo lo encontrado en la casa. Yo solo me he fijado en una foto que me ha parecido relevante. En la casa había muchas fotos, como pasa en todas las casas, menos en la mía. Una de las fotos es de sus hijos, que parece que se vayan a una fiesta de fin de año o algo parecido. Lo digo por su vestimenta. Detrás suyo, hay una estantería con libros. ¿Te acuerdas?

—Sí. A la izquierda, nada más entrar en el salón. Lo recuerdo.

—Pues en esa foto he encontrado algo que me tendrás que decir si te parece relevante. Antes no podíamos ni imaginarlo, por lo que nadie se puso a mirar los títulos de los libros —señaló con el dedo—. Puedes ver un título que te sonará de algo.

—¡Los caminos de Dios!

—Eso es. Y ahora mira las fotos que hicieron los de la Científica. Todos los libros están ordenados por orden alfabético. Por autores. Todos siguen en la misma posición, por lo que

parece que son de adorno, más que otra cosa, y hay un espacio sin ocupar. Está vacío, y el que falta es el libro de Daniel Santos.

—¡Joder! ¿El asesino se llevó el libro?

—Es lo que he pensado yo, pero sabía que tenía ese libro en su casa. Si no lo supiera, me parece difícil que lo hubiera hecho todo tan rápido. No es que nos de muchas pistas, pero tenemos dos opciones. La primera, es que sea Daniel y se llevara el libro para que no tuviéramos opción de encontrarlo. La segunda, es que fuera otra persona, que había leído el libro, con lo que tenemos pocas opciones; que conociera a Luna perfectamente y que, en mi opinión, supiera dónde buscar el versículo, pero que no lo recordara.

—Si fuera así, lo que podemos prever es que no fuera un crimen premeditado.

—Eso es, pero sigo diciendo que son opiniones sin más.

—Cualquier cosa es importante a estas alturas. Tiene que haber una carta que tire todas las demás, pero ¿cuál es?

-CUARTA PARTE-

“JOB 7:15-16”

El fin de semana fue el primero que no trabajó ningún integrante de la unidad. Saúl se marchó a Salamanca a ver a sus hijos. La relación con su exmujer era todo lo buena que podía ser y se quedaba en su casa, siempre que no se convirtiera en algo habitual. Por otro lado, no tenía mucho tiempo libre.

Pasó un fin de semana en familia. Ya no recordaba lo que era. Cuando tenía algún día libre, tenía que cuadrarlo con sus hijos. Se estaban haciendo mayores y tenían sus propios planes. El sábado cenaron todos juntos y el domingo aprovechó el tiempo para hacer una escapada al campo. Sobre las siete de la tarde, cogió el coche para no llegar a Madrid demasiado tarde. Llegó a casa y vio una película, mientras cenaba en el salón. Se sentía bien por primera vez en mucho tiempo. Cuando terminaran con el caso, hablaría con Sara sin mayores pretensiones. Se había quitado la losa de encima y no iba a dejar que aquella decisión condicionara su vida.

A las ocho de la mañana del lunes, se encontraba sentado en su despacho, preparado para seguir progresando hasta que le cayera de la sexta planta un nuevo caso que les impidiera seguir investigando.

—Buenos días, jefe.

Blanca entraba por la puerta con ganas de iniciar la semana. Era la primera en llegar, después de Saúl.

—Buenos días, Blanca. ¿Qué tal el fin de semana?

—De juerga. He quemado Madrid, pero ayer estuve en casa todo el día descansando. Estoy como nueva.

—Me alegro.

—¿Tenemos algo nuevo?

—¿Del caso?

—No. Me refería a si nos han encasquetado alguna otra cosa.

—Todavía no. Están tardando en decirnos si podemos seguir con este, pero me imagino que no será así.

—Pues me pongo a ello.

Durante toda la mañana, no sonó el teléfono de Saúl. Cada rato, lo miraba, expectante, ante el momento en que Iago le informara. Justo antes de irse a comer, decidió que debía hablar de nuevo con Daniel. Esta vez no sería tan agresivo. Necesitaba hacerle sentir cómodo, para ver si de esa forma conseguía que hablara. Pidió un encuentro con el preso y le informaron que podría ir a la mañana siguiente. Realizó una llamada a su abogado, para informarle de que tenía dudas sobre lo ocurrido y quería ayudarlo. Durante toda la tarde, estuvo repasando toda la documentación que había proporcionado a Iago. Antes de marcharse, recibió la llamada de su jefe.

—Hola, Iago. ¿Cómo te va?

—Bien. Solo te llamaba para ver si seguías por aquí. Bajo.

Tenía la intención de marcharse y tuvo que esperar más de veinte minutos a que entrara en su despacho.

—¿Puedo?

—¿Tengo otra opción?

Bromeó, aunque en el fondo era realmente lo que pensaba.

—Me han comunicado que habéis hecho un buen trabajo. Las pruebas, la coartada; todo encaja.

—De eso quería hablarte. A mí hay algo que me chirría.

Iago se quedó estupefacto.

—¿Qué no te cuadra? Escribió un libro que nunca había publicado y que esperaba que nunca llegáramos a encontrarlo. No tenía coartada. Encontraron el arma homicida en su casa. Encontraron su ADN en la sudadera. ¿Qué más quieres?

—No hay huellas en el arma homicida. No tiene coartada, pero tampoco podemos demostrar que no estuvo en su casa, y que escribiera el libro no me dice demasiado. De verdad, yo estaba igual de convencido que tú, pero no me cuadra. Si el libro se lo hubiera guardado para él, sería otra cosa, pero se lo regaló a unas cuantas personas.

—¿Me estás diciendo que puede ser otra persona y que le ha tendido una trampa?

—No lo sé, pero para condenar a alguien debe haber pruebas irrefutables.

—Yo veo pruebas bastante claras—dijo Iago, levantando los brazos.

—Si las tuviera, no estaríamos hablando de esto. Pero no puedo dejarlo aquí.

—Siento decirte que vengo a cerrar el caso. A partir de ahora, se acabó, a excepción de las declaraciones en el juicio, si fueran necesarias. Por ahora, no tengo nada que daros, así que dale a tu equipo un descanso. Se lo han merecido.

—Dame unos días más, por favor. Si no encuentro nada esta semana, lo damos por cerrado.

—Es tu tiempo. Tienes hasta el viernes.

—Gracias, Iago.

No tenía mucho tiempo, pero tenía que intentarlo.

La entrada a la prisión se hizo demasiado tediosa para Saúl, pero no tenía nada más importante que hacer. Pasó los controles de seguridad y accedió a una sala en la que estuvo esperando diez minutos. El primero en entrar fue su abogado y a continuación entró Daniel, con cara de pocos amigos. Le quitaron las esposas y se sentó frente a Saúl y al lado de Rodolfo.

—Buenos días. En primer lugar, hemos accedido a reunirnos con usted por lo que hablamos ayer por la tarde. Espero que no venga a acusar a mi cliente, después de todo.

—Creo que ya hay suficientes pruebas para acusarle como para que venga aquí por ese motivo. No quiero que cometamos un error y vengo a hablar con Daniel para conocer detalles que se nos hayan podido pasar.

—De acuerdo, pero en el momento que escuche una acusación, se ha acabado la charla.

Saúl colocó sobre la mesa la carpeta donde llevaba toda la documentación y comenzó a hablar.

—Me gustaría que me cuente, paso a paso, cómo fue el día del asesinato de Luna. Quizá haya algo que nos ayude.

Daniel no estaba muy convencido de aquello, pero su abogado le había dicho que el día anterior habló con Saúl y que no le cuadraba del todo la acusación. Solo quería ayudar.

—Aquel día, fui a trabajar, sin Luna en el coche. Salí de trabajar sobre las seis de la tarde, también solo y me fui a casa. ¡Ah! Antes fui a recoger un paquete a Correos. Como le dije, cuando llegué solo estaba Nico en casa. Se fue casi al momento que llegué. Había quedado con su novia. Mi hija estaba en clase y mi mujer estaba trabajando en el hospital. Me gusta hacer deporte. A veces me voy con la bicicleta y otras veces me quedo en el gimnasio. Me puse música y comencé con la máquina de correr.

—¿Sobre qué hora empezó a hacer deporte?

—Sobre las siete y media, más o menos.

—¿Hasta qué hora?

—Suelo hacer una horita. Hasta las ocho y media. Me duché, me puse algo para salir y fui a buscar a Óscar y a Mario.

—¿No hay nada para demostrar que estuvo en casa?

—No se me ocurre nada. He pensado de todo, a ver si podía demostrarlo de alguna manera, pero no hay nada que me venga a la cabeza.

—¿Solía recoger a sus compañeros todos los días que quedaban?

—Depende. A veces quedábamos en el bar y otras iba a buscarlos. Si salíamos pronto de trabajar, me daba tiempo a ir a por ellos.

—¿Se han visto desde que ocurrió lo de Luna?

—Una vez, aparte del trabajo. Quedamos el martes pasado en mi casa. Hacía una semana de la muerte de Luna e hicimos una cena, aprovechando que al día siguiente era San Isidro.

—¿Quién fue a esa cena?

—Los de siempre. Óscar, Mario, Usue y yo. También vino Fabián. No es de nuestro grupo, por decirlo así, pero quiso venir. Invitamos a varios, pero solo Fabián podía venir.

—¿Hay algo que le llamara la atención?

—¿A qué se refiere?

—Se supone que Luna tenía una relación con alguien que conocía desde hace tiempo. Se relacionaba con la gente del trabajo, su hermana y una amiga del colegio, pero a partir de ahí, no parecía tener mucha vida social.

—No le puedo ayudar. Nos veíamos en el trabajo y alguna cena que hacíamos, pero no tenía una relación estrecha con ella. Usue nos dijo que tenía una aventura. Yo, desde luego, me quedé sorprendido.

—¿Cuándo les dijo Usue lo de la aventura?

—Cuando ustedes la interrogaron. Justo después.

—¿No sospecha de nadie? Me refiero a su aventura. Si quiere que demostremos que no fue usted, debe hacer un esfuerzo. Es información vital.

—Estaría encantado de decírselo, pero de verdad que no puedo imaginar quién es esa persona.

—Venía pensando en los libros que regaló. Por favor, dígame de nuevo a quién se los regaló.

—A mi mujer le regalé el primero. Fue el libro que también leyeron mis hijos. Luego, imprimí cuatro libros más. Uno para Mario; otro para Óscar y un tercero para Usue. El cuarto fue para Luna.

—¿Los cuatro libros eran iguales?

—Sí. Fui a una imprenta. Les di la portada y el libro editado y les pedí cuatro copias. Ya había impreso antes el que le regalé a mi mujer.

—¿Podría saber, de alguna forma, cuál es cuál?

—No. Como le digo, eran todos iguales. ¡Espere! Dejé la primera página en blanco.

Su cara se iluminaba como un faro. No estaba todo lo concentrado que debería y casi se le escapa ese detalle, aunque no sabía muy bien en qué podría ayudar.

—¿Qué quiere decir?

—Que no puse dedicatoria. ¡Bueno! Sí lo hice, pero en la segunda página. Se lo dediqué a mi padre, pero, para poder personalizarlo, dejé la primera página en blanco y a cada uno le dediqué el libro.

Saúl entendió en ese momento que había algo con lo que trabajar. El libro de Luna había desaparecido. Probablemente, lo habrían quemado o se habrían deshecho de él, pero era lo único que tenía. No quiso darle esperanzas, hasta saber si servía de algo.

—Hay otra cosa que es importante. ¿Cómo llegó a su casa el arma del crimen?

—Ojalá lo supiera.

Daniel tenía la sensación de que Saúl le creía y se sentía cada vez más cómodo. Saúl tenía dudas, pero no descartaba que fuera el asesino. Tan solo estaba jugando al poli bueno, para obtener respuestas más fácilmente. Si era culpable, habría hecho bien su trabajo, y si era inocente, merecería la pena haber hecho un último esfuerzo.

—¿Alguna visita fuera de lo normal? ¿Alguien ha entrado en su casa en los últimos días?

—No. Nada fuera de lo normal. Los únicos que han entrado en casa han sido mis compañeros de trabajo.

—¿No ha visto nada fuera de sitio? ¿Alguna cosa que le haya llamado la atención?

—Ya le digo que no.

—Cuando estuvieron cenando sus compañeros, ¿alguien subió a su cuarto?

—No, que yo me diera cuenta.

—¿Alguien llegó con mochila, o con una bolsa, o algo parecido?

—No lo recuerdo.

Intentó recordar, cerrando los ojos para concentrarse, pero no le venía ninguna imagen a la cabeza.

—Es importante que piense en ello. Si recuerda cualquier cosa, me puede llamar a través de su abogado. Mi trabajo es coger al malo, pero no soy su enemigo. Si puedo demostrar que no ha sido usted, estaría encantado de hacerlo, pero no podré hacerlo si no me ayuda.

Las caras de Daniel y de su abogado proyectaban agradecimiento. No se esperaban que la persona que le había detenido se comportara de aquella manera, pero Saúl no era una persona que se conformara con tener sospechas. Necesitaba hechos irrefutables.

Mientras salía de la prisión, pensaba que había estado a punto de conformarse. Casi acepta cerrar el caso. Sentía que estaba de vuelta.

De vuelta a la UDEV, reunió a todos en su despacho. Nada más entrar por la puerta, le preguntaron lo que había ocurrido. Parecía una persona distinta a la que habían visto durante todo el caso. Sus ojos tenían un brillo especial y desprendía optimismo. Volvía a ser la misma persona que vivía cada caso como parte de su vida. Siempre era la voz principal, y la mayoría de las pruebas conseguidas llevaban su firma. Sin embargo, en los últimos meses, y más concretamente en el asesinato de Luna, había estado más disperso de lo habitual y sus compañeros le habían sacado las castañas del fuego. Sin ellos, no tendrían nada.

—He estado hablando con Daniel. No le hicimos las preguntas adecuadas.

Le miraban con expectación ante lo que iba a decirles.

—¿Cuáles son esas preguntas? —preguntó Sara.

—Nos hemos centrado en saber por qué la mató y no hemos intentado descubrir quién le inculpó.

La expectación se tornó en sorpresa.

—¿Tienes alguna pista sobre otra persona?

—Todavía no, pero lo único que quería era buscar un móvil para explicar las pruebas y puede que necesitemos nuevas pruebas para poder descartarlo. Puede que me equivoque, o puede que consigamos saber quién es el verdadero asesino. Le he preguntado por varias cosas, pero lo principal es que Luna tenía una aventura y sería muy raro que esa persona no sea de su círculo. Además, esa persona leyó el libro de Daniel. Lo que quiero decir es que puede ser del grupo de profesores.

—Todos tienen coartada —recordó Ernesto.

—Aplica la frase “todo el mundo miente” y me dices, con absoluta certeza, que todos tienen coartada.

—Absoluta certeza no la tenemos con nadie, pero sí indicios y pruebas.

—He pensado en el libro que desapareció de casa de Luna. Daniel me ha dicho que dedicó un libro personalizado a cada uno de ellos. Tenemos uno de esos libros, pero tenemos que hacernos con todos. Lo más probable es que no lo encontremos, pero si damos con él, daremos con el asesino.

Blanca salió de su despacho a buscar el libro y regresó en segundos.

—El libro de Mario. Aquí lo tengo. Tiene una dedicatoria en la primera página.

«Siempre has sido un apoyo para mí. Gracias a ti, nunca me he rendido y aquí tienes la prueba. Parte de este libro es para ti. Lo menos importante es que alguien que no conozco lo lea, pero sería un honor que formases parte de esta historia. A mi amigo Mario. Chuso Santos»

—No dije que fuera fácil —dijo Saúl—. Tenemos que entrar en casa de todas las personas que tienen un ejemplar. Si sigue teniendo el libro, no creo que lo tenga en la estantería. El primer paso es encontrar ese libro y, si lo hacemos, podremos demostrar quién incriminó a Daniel.

—Lo veo imposible —dijo Nacho.

—Sé que no es cosa fácil, pero las personas que tienen el libro coinciden con las que

estuvieron cenando el martes catorce en casa de Daniel. Alguno de ellos pudo dejar las pruebas en su casa, para incriminarle.

—¿Por qué iban a querer incriminar a un amigo?

—Eso es lo que tenemos que averiguar. Puede que solo sea una idea absurda, que se me ha metido en la cabeza, pero tengo un presentimiento.

—Has pasado de querer cerrar el caso a creer que es inocente. Que no lo viéramos claro no significa que no haya sido él —dijo Ernesto, algo sorprendido.

—Sea como sea, nuestro trabajo es descubrir quién ha matado a Luna. Tenemos hasta el viernes. No nos dan más plazo. Si conseguimos algo, pues perfecto. Igual sale a la luz otra prueba que incrimine a Daniel. Quién sabe.

—¿Vamos a pedirles los libros? Porque no creo que sean tan tontos de darnos el libro de Luna —exclamó Sara—. Si no hacemos un registro, no vamos a conseguir nada.

—No podemos hacer un registro. No hay pruebas para que un juez nos firme una orden. Eso está descartado.

—Pues ya me dirás cómo lo hacemos.

—Si un policía viene a tu casa y te pide que le dejes echar un vistazo, ¿tú le dejarías?

—Si soy culpable, no.

—Ahí lo tienes. Hay que buscar reacciones.

—Y si soy inocente, puede que tampoco. No tienen derecho a remover mi casa.

—Estoy de acuerdo. Ahí estamos nosotros para comparar reacciones. Puede que nos dé algo, o puede que no. No perdemos nada.

—De acuerdo. ¿A dónde vamos?

—Ernesto, a casa de Usue; Nacho, a por Fabián. Nunca ha estado en nuestra lista de sospechosos y no leyó el libro, pero estuvo en la cena. Que no leyó el libro lo digo yo, así que quiero que te lo confirme; Sara, a casa de Mario y yo iré a ver a Óscar. Sobre las seis, nos movemos. Quiero esperar en la puerta a que lleguen y subamos con ellos.

Llegó la hora de moverse. Saúl cerró su ordenador, salió a la campa y puso en marcha a sus compañeros. Él fue el primero en salir. Se subió en el coche, con los nervios previos a hacer un examen que no tenía controlado. Sabía de la dificultad de encontrar ese libro, pero su intuición le decía que el palpito era bueno.

Sobre las seis y media, llegaba a casa de Óscar. Esperó durante veinte minutos, hasta que su coche se paraba en la puerta del garaje. Le vio desde el acceso a la urbanización y se acercó rápidamente a recibirle. Óscar miró por la ventanilla y vio a Saúl, que chocaba sus nudillos contra el cristal. Bajó la música y a continuación la ventanilla. No esperaba aquella visita y los nervios comenzaron a hacerle mella. No podía evitarlo. Tenía a la Policía en su casa, mientras Daniel permanecía retenido. No podía significar nada bueno. Tras saludarse, subieron juntos a su casa para poder hablar tranquilamente.

—¿Quiere tomar algo? —preguntó Óscar.

—No, gracias. Estoy bien. ¿Podemos sentarnos?

—Por supuesto. ¿Pasa algo?

—Solo quiero volver a hablar con usted. Hay cosas que no hemos podido explicar y necesito que me dé su versión.

Óscar no entendía muy bien a qué se refería.

—Como quiera.

—Estoy repasando el escenario del crimen y algo que pasó después, pero antes quiero hacerle una pregunta. ¿Usted tiene una copia del libro de Daniel?

—Sí. Tengo una. Me la regaló cuando terminó de escribirlo. Le hacía ilusión que lo leyeran sus amigos.

—¿Puedo ver ese libro?

Durante un instante se mantuvo inmóvil, pero finalmente se levantó y se dirigió a una estantería de pladur. Estaba repleta de libros. Fue repasando con el dedo hasta que lo encontró.

—Aquí lo tengo. ¿Puedo saber a qué viene esto?

—Un momento y se lo explico.

Cogió el libro, lo abrió por la primera página, y vio la dedicatoria.

«Para mi compañero de trabajo y de cañas. Sabes que eres mucho más que eso. Como siempre me has dicho, ¡a perseguir tus sueños, cueste lo que cueste! Algún día seré famoso y tendrás uno de los libros de la primerísima edición. Con cariño. Chuso Santos»

—¿Es la única copia que tiene en casa?

La pregunta le sorprendió. Arrugó el ceño y levantó las manos en señal de estar confundido.

—¿Por qué iba a tener otro? Es el que me regaló.

—¿Le importa que eche un vistazo?

—Me importa. Ya le estoy diciendo todo lo que sé. No puede echar un vistazo.

La reacción parecía lógica, tal y como había advertido Sara, pero no tenía la sensación de que escondiera algo. En la estantería solo había un ejemplar del libro, pero si lo guardaba en otro

sitio, no lo iba a encontrar sin una orden. Lo normal sería que no lo tuviera en su poder.

—¿Qué hizo con el otro libro?

Se lanzó a ser agresivo.

—¿Qué otro libro? ¿De qué me está hablando?

—Del libro que cogió en casa de Luna.

—Por favor, márchese. No creo que deba aguantar esto. ¿Tiene una orden para entrar en mi casa?

—No. Usted me ha invitado, pero como esconde algo, ahora quiere echarme. Pediré esa orden. No lo dude.

—No escondo una mierda. Si estos son sus métodos, me parecen deplorables.

—De acuerdo. Una cosa más. ¿Usted fue el martes catorce a una cena en casa de Daniel?

Tuvo tentaciones de no responder nada más a ese hombre, pero no quería problemas.

—Sí. Fui a esa cena, como varios de mis compañeros.

—Perdone que le haya presionado. Pero hay algo que no me cuadra en la detención de su amigo. Alguien le puso en su casa las pruebas del asesinato y, por lo que me dice, solo estuvieron ustedes.

La cara de Óscar era un poema. No veía a Daniel con la capacidad de cometer un crimen, pero no se había planteado que alguien pudiera querer incriminarle.

—¿Cree que alguien se la ha jugado?

—Eso es lo que creo. ¿Me podría decir si vio que alguien llevara una mochila o...?

Óscar le interrumpió de inmediato.

—Mario y yo fuimos juntos a esa cena. Condujo él y en los asientos traseros llevaba un bolso de bandolera de esos de tíos. Fui a cogerlo, para preguntarle desde cuando llevaba bolso de mujer, y se puso nervioso. Dio un volantazo para que no lo cogiera. En ese momento, pensé que le había molestado mi comentario.

Se había quedado boquiabierto. Recordó ese momento y se preguntó si Mario sería capaz de hacer una cosa así. Pero rápidamente se fue de su cabeza.

—¿Cree que podía llevar algo pesado?

—Nos conocemos desde hace años. No me meta cosas raras en la cabeza. No pude tocar el bolsito, así que no puedo saber si había algo pesado.

—¿Sabe si en algún momento subió a la habitación de Daniel?

—¡Buff! No lo sé. Estaba cenando, no investigando a nadie. Solo sé que fue una buena cena, en la que recordamos a una compañera que ya no estaba con nosotros.

—Gracias. Le agradezco su tiempo y de nuevo le pido disculpas.

Salió de su casa con el teléfono en la mano y llamó a Sara para informarla.

Mientras los tonos de llamada se iban sucediendo, se daba cuenta de lo que había ocurrido. No podía demostrarlo, pero estaba convencido de que Mario era el responsable del asesinato de Luna. A Óscar le vieron jugando al fútbol con su hijo en la urbanización, pero Mario solo tenía la coartada de su mujer. Podría haber mentido para encubrirlo. Llevaba un bolso de bandolera, donde llevar escondido el arma con el que se perpetró el asesinato. Estaba convencido de que había encontrado algo, pero tenía que llamar a Sara para que lo supiera antes de entrar.

—¿Saúl?

—Sí, soy yo. Sara, creo que tenemos al culpable. ¿Has entrado en su casa? Porque...

Sara le interrumpió bruscamente, al ver que no iba a parar de hablar.

—¡Saúl! Estoy en casa de Mario. Le he esperado abajo y cuando hemos subido, he encontrado

a su mujer. Estaba muerta. A su lado había un ordenador encendido con un versículo. «Job 7:15-16»

Sara permaneció en la casa hasta que llegó la Policía y una ambulancia. Saúl llegó al mismo tiempo. Tan solo tardó siete minutos desde la casa de Óscar. Enseñó su placa para acceder a la vivienda y vio a Mario llorando en una esquina. Sara se encontraba a su lado.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Saúl, mientras Sara le conducía al salón.

—Cuando entramos en la casa, Mario entró primero y de seguido, accedí a la casa. Fuimos al salón, mientras llamaba a su mujer para avisarla de que había llegado. Nada más entrar, vimos a su mujer colgada de una barra de esas para hacer ejercicios. La tenían colocada en una puerta que une el salón con un comedor. No tenía las manos atadas y no parece que haya señales de violencia. Parece un suicidio. Saqué rápido a Mario del salón, para que no lo presenciara y para que no pudiera contaminar la escena. No ha entrado nadie más.

—¿Y lo del versículo?

—El versículo, esta vez, estaba en un ordenador, y no sale en el libro. Confirma el suicidio.

«Job 7:15-16» «Mi alma, pues, escoge la asfixia, la muerte, en lugar de mis dolores. Languidezco; no he de vivir para siempre. Déjame solo, pues mis días son un soplo»

—¿Qué quiere decir? ¿Se suicidó por encubrir a su marido?

Mario escuchó la conversación. Un grito de un policía reclamó la atención de Saúl. Salieron del salón y vieron que no estaba Mario. Volvieron sobre sus pasos, se asomaron por la ventana y vieron como corría hacia el coche, que lo tenía muy cerca de la puerta de salida de la urbanización. Saúl salió corriendo de la casa, bajando los escalones de tres en tres. Subió a su coche y aceleró, generando un estruendo enorme. Al fondo de la calle, veía el coche de Mario, pero no quería perderlo en la rotonda. Giró hacia la izquierda y vio que, en la siguiente rotonda, giraba a la derecha para coger la M-503. Saúl era un conductor experimentado y, poco a poco, fue sorteando coches para ir acercándose. A esa hora, había mucho tráfico. Mario chocó lateralmente contra un vehículo y lo lanzó fuera de la calzada, dominando su coche a duras penas. Iba en zigzag, hasta alcanzar la salida a la M-40. Se incorporó a toda velocidad. Saúl continuó siguiéndolo, hasta que consiguió ponerse en paralelo, recibiendo la primera embestida para intentar sacarle de la carretera. Consiguió volver al carril y recuperó velocidad hasta volver a ponerse en paralelo. Esta vez, fue Saúl quien se pegó al coche de Mario, girando el volante para desequilibrarlo. Los dos coches comenzaron a dar vueltas, como si se tratara de un espectáculo, hasta que Saúl consiguió frenar, evitando que volcaran. Bajó del coche como un rayo para abrir la puerta del conductor y apuntar a Mario con su arma. Lo obligó a bajar, para postrarle en la calzada y retorcer sus brazos hacia atrás. A continuación, le puso las esposas. Iban llegando coches patrulla y un policía le introdujo en uno de ellos, para llevárselo detenido.

Mario esperaba en la sala de interrogatorios, con las manos esposadas a la mesa. Saúl entró, mirándolo de arriba a abajo, mientras se acercaba a su silla. La apartó y se quedó de pie, apoyado en la mesa. Creando un clima de tensión, permaneció unos segundos mirando sin decir una palabra, hasta que decidió iniciar el interrogatorio.

—¿Tiene algo que decirnos?

—Que quiero un abogado.

—Tendrá su abogado. No se preocupe. Lo va a necesitar, sin duda. ¿Por qué se ha suicidado su mujer?

Comenzó a llorar como un niño. Le temblaba la cara y los labios chocaban entre sí, dificultando que hablara.

—No lo sé.

—Le voy a decir la razón. Usted mató a Luna Campos y ella le encubrió. No podía aguantarlo más y se suicidó. Ha conseguido matar a su mujer.

—Yo no maté a Luna.

—Suponía que no lo iba a reconocer. Pero desgraciadamente para usted, no necesitamos que lo reconozca.

Mario se quedó descolocado. No sabía exactamente a qué se refería. No había visto lo que habían encontrado cerca del cuerpo de su mujer. Saúl tenía la sartén por el mango.

—Yo no maté a Luna. Se lo repito.

—Le voy a ayudar a recordar. Su mujer ha aparecido ahorcada. A su lado, había un versículo como los que usted leyó en el libro de Daniel. Justo debajo de ella, ha aparecido una nota que su mujer le escribió a usted el día del asesinato.

Esta vez se quedó helado. No había pensado en aquella nota. Olvidó por completo que se había escrito.

—¿De qué nota está hablando?

—Una nota que escribió su mujer. Se la voy a leer, a ver si así recuerda algo: «*Siento que mi vida se ha derrumbado. Te seguí y te vi con Luna. Voy a su casa a hablar con ella para zanjarlo todo. No me va a robar lo único que tengo. Jamás pensé que podrías hacerme algo así. Isabel*»

En ese mismo instante se derrumbó. Metió la cabeza entre sus piernas y con lágrimas en los ojos, volvió a incorporarse en la silla. No podía aguantarlo más y decidió acabar de una vez.

—Tenía una aventura con Luna, pero ella no se atrevía a dejar a su marido y yo tampoco quería dejar a mi mujer. Era bastante inestable y no podíamos tener hijos. Si la dejaba, podría hacer cualquier cosa. Aquel día, llegué a casa y vi esa nota. Con todo lo que pasó, olvidé que existía. Me puse nervioso y cogí el coche. Mi mujer no conduce y fue hasta casa de Luna en transporte público. Cuando llegué, estaban discutiendo en el salón. Empezó a gritar y a volverse loca, e intenté calmarla. Luna no hablaba. Estaba muy nerviosa. De repente, perdió la cabeza, cogió una figura de un huevo que tenía Luna encima de la chimenea y la golpeó por detrás. Cayó al suelo y estuve intentando reanimarla, pero estaba muerta. Se volvió loca. No sabía lo que había hecho. Le dije que se marchara en tren, mientras yo arreglaba todo, y que la recogería en la puerta de una gasolinera que hay al lado de la estación —Saúl se dio cuenta de que no habían comprobado los trenes con minutos de antelación al asesinato—. No sabía que hacer y recordé el libro de Daniel. No estoy orgulloso de ello, pero era la forma de alejar cualquier sospecha sobre mi mujer. Fui a la cocina para ponerme unos guantes y no dejar huellas. Limpié todo, para que no encontraran las huellas de mi mujer o las mías. Cogí el libro, porque no recordaba los versículos, pero recordaba que uno de ellos podría valer. «*Hebreos 13:4*», «*Sea el matrimonio honroso en todos y el lecho matrimonial sin mancilla, porque a los inmorales y a los adúlteros los juzgará Dios*». Me pareció que, además, describía lo que había ocurrido. Yo había provocado lo que pasó. Engañé a mi mujer y me estaba guardada esa calamidad, por no haber hecho lo que debía. Fue mi culpa —su voz se entrecortaba por el estado de ansiedad—. Limpié el cuchillo de sangre y lo devolví al cajón. Cogí la ropa de Luna, por si encontraban algún pelo o una huella, y salí de allí corriendo

con una sudadera que había en una silla del salón. El coche lo había dejado en otra calle. Me subí y fui por la vía de servicio, desviándome hacia El Cantizal, por si había alguna cámara. Llegué a casa y le dije a mi mujer que guardara el huevo y lavara la sudadera. Quité las huellas al huevo y lo envolví en la sudadera. No me dio tiempo a más, porque al rato vino a buscarme Daniel. No sabía qué hacer con el huevo. Lo guardé en un lugar fuera de casa, pero unos días después, Daniel nos invitó a cenar a su casa y vi la oportunidad de dejar allí las pruebas. Lo llevé en una especie de bolso y cuando fui al baño, subí a su habitación, me puse los guantes, y lo metí en su armario. Fue idea de mi mujer. No quería hacerlo, pero ya le había implicado y sabía que, en algún momento, saldría a la luz su libro.

Saúl se quedó impresionado. No había necesitado apretarle demasiado. No aguantaba más con eso dentro y decidió acabar con todo. Ya no le importaba nada. Luna había muerto y su mujer se había suicidado por su culpa. Todo había sido por su culpa.

Se llevaron a Mario. Saúl se sentó por primera vez en la silla, con la sensación de que había salvado a un inocente. Daniel saldría de la cárcel, sin cargos y con su nombre limpio. Era una victoria.

-EPÍLOGO-

UNOS MESES MÁS TARDE...

Las ventas de «*Los Caminos de Dios*» se disparaban desde aquel suceso. Daniel salió de la cárcel gracias a la declaración de Mario. Su vida había cambiado por completo. La prensa había contado su historia, con programas dedicados a explicar lo que pasó. Derivó en ofertas de editoriales que querían publicar su novela. Sabían que era un filón hacerse con los derechos y tuvo opciones donde elegir. Era feliz.

Buscando entre sus archivos en el ordenador, dedicó un rato a leer sobre él mismo. Se vanagloriaba de lo que leía. Estaba en todas las librerías y era líder de ventas. Nunca sabría si era tan buen escritor como para vender de esa manera, o el morbo que se había creado era el único motivo. Suponía que era más bien lo segundo, pero no le importaba. Había sufrido mucho siendo acusado injustamente y se merecía el éxito. Escribió la palabra *versículo*, para ver si aparecía su libro, y se abrió una lista de búsquedas que se habían hecho desde el ordenador. Se quedó sorprendido ante el resultado. Entró para comprobar de qué se trataba y, entre otros versículos, leyó:

«*JOB 7:15-16*», «*Mi alma, pues, escoge la asfixia, la muerte, en lugar de mis dolores. Languidezco; no he de vivir para siempre. Déjame solo, pues mis días son un soplo*».

El corazón se le empezó a acelerar. No entendía nada. Miró el día en el que se buscó. El día antes a que le soltaran. El día anterior a que se ahorcara la mujer de Mario. No podía creerlo. Se acercó a la habitación de su hijo para salir de dudas.

—Nico. Acabo de ver una búsqueda que se hizo un día antes de salir de la cárcel y, entre otros, hay un versículo que me ha llamado la atención. El mismo que apareció en la muerte de Isabel. ¿Tienes algo que decirme?

Nico agachó la cabeza, avergonzado.

—Papá. Dijeron que la Policía había cerrado el caso.

—¿Qué has hecho? —preguntó, asustado.

—Cuando te detuvieron, te dije que haría lo que hiciera falta. No me había dado cuenta antes, pero cuando te acusaron de matar a Luna, recordé algo que pasó en la cena con tus compañeros. Me quedé sentado en la escalera, escuchando lo que hablabais, porque tú no me habías contado mucho. Mario hizo un comentario al que, en ese momento, no le di importancia, pero que luego me vino a la cabeza. Decía que un hombre tan mayor, refiriéndose al padre de Luna, no podría salir corriendo, y no teníais información de lo que ocurrió. Luego hizo algún otro comentario, pero cuando fue al baño me fui a mi habitación, para que no me pillaras escuchando, y vi que Mario subía con un bolso o algo parecido. Se metió en tu habitación, pero pensé que el baño de abajo estaría ocupado. Cuando apareció en tu armario el arma con el que se mató a Luna, me di cuenta de que había sido él. El día en el que apareció muerta Isabel, fui a su casa por la mañana, diciendo que era estudiante de periodismo y que estaba haciendo un trabajo para la facultad. Le dije que había entrevistado a otros vecinos y que la haría unas preguntas sobre los programas que

veía de forma más habitual. Me dejó entrar. Solo quería saber si ella estaba al tanto y me preparé unas preguntas. Me senté en un sillón individual y cedió hacia atrás. Vi que debajo había una nota y me sorprendí cuando la leí. Casi se me sale el corazón por la boca. Era la nota que ella le dejó a Mario cuando fue a casa de Luna, y me di cuenta en ese momento que esa mujer lo sabía todo.

—La búsqueda es del día anterior. Sabías lo que ibas a hacer.

Se dio cuenta que había cometido un error no borrando aquella búsqueda, y que su padre sabía a qué había ido allí realmente.

—Quería matar a ese cabrón y fui por la mañana a ver la casa y prepararlo, pero por si él también estaba allí, llevé todo. Cuando vi la nota, decidí que moriría ella y así le condenarían a él. Se lo merecían. No sabía qué hacer para que te soltaran. Fui a la cocina a por unos guantes. No había tocado nada. Ni siquiera la nota. La metí unos somníferos en un vaso de agua, que son los que dicen que tomó para no sufrir al suicidarse. Se quedó adormilada. Saqué la cuerda y vi que tenían una barra para dominadas en una puerta. La subí a una silla, la rodeé el cuello y empujé la silla.

Cada euro que generaba su libro le recordaba su fracaso como padre. No había sabido transmitir a su hijo que no todo vale en esta vida. Había condenado su vida por salvar a su padre. Nunca más sería capaz de volver a leer aquel libro. Las páginas que le romperían por la mitad en todos los aspectos. Había estado en la cárcel, pero lo que nunca saldría de su mente es que esas páginas convirtieron a su hijo en un asesino. Unas líneas de muerte. Las líneas prohibidas.

